

69



# LECTURAS GRADUADAS

LIBRO CUARTO

POR

H.M.E.

LL  
1930  
HME



00001969

COLECCION H. M. E.



Los libros de texto que componen la colección H. M. E. han sido redactados por maestros que, debido a los muchos años que han dedicado a la enseñanza y al espíritu investigador que los ha guiado, han utilizado los métodos y procedimientos pedagógicos más modernos para lograr hacer la enseñanza sumamente objetiva, eficaz y fácil.

Todos los textos están cuidadosamente impresos en excelente papel, con caracteres muy claros, y llevan mucha ilustración en negro o en colores.

Los libros que van precedidos de una estrellita (\*) tienen su correspondiente clave o libro especial para el maestro, a fin de facilitar la preparación de las lecciones y la corrección de las tareas escritas de los alumnos.

LENGUAJE

*Carteles* para guiar los primeros pasos en la lectura.

*Ecléctico*. — Libro profusamente ilustrado, para aprender a leer según el método analítico-sintético.

*Lecturas Graduadas*. — Libro primero.

- »        »        —        »        segundo.
- »        »        —        »        tercero.
- »        »        —        »        cuarto.
- »        »        —        »        quinto.

Estos seis libros forman parte de una serie cuidadosamente graduada, y cuyas lecturas han sido elegidas entre las más apropiadas a la inteligencia del escolar.





## ARITMETICA

- Nociones de Aritmética.* — Libro primero.  
\* » » » — » segundo.  
\* *Lecciones de Aritmética.* — » tercero.  
\* » » » — » cuarto.

A los textos acompañan ejercicios bien seleccionados, grabados, etc.; es decir todo cuanto puede contribuir a hacer esta asignatura más fácil y amena.

## GEOGRAFIA

*Geografía — Atlas.* — Libro segundo.

*Comprende:* La Geografía especial de la República Argentina y la descripción físico-político-económica de las cinco partes del Mundo.

Tres cualidades la colocan por encima de los textos publicados hasta hoy:

- 1º — La exacta conformidad del texto con los mapas.
- 2º — Una extremada claridad y sencillez para que el alumno aprenda deleitándose.
- 3º — La mayor actualidad en los datos estadísticos.

## RELIGION

*Compendio de la Doctrina Cristiana.* — Libro primero.

## VARIOS

*Cuadernos de tareas escolares.*

## EN PREPARACION

Dos cursos de *Catecismo.*

Tres cursos de *Gramática Castellana.*

*Cuadernos modelo para la enseñanza de la caligrafía.*





# LECTURAS GRADUADAS



LIBRO CUARTO



2/1.80

# Lecturas Graduadas

por

H. M. E.

LIBRO CUARTO

*Sección Infantil*

SEGUNDA EDICION

*[ca. 1930]*

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

EDITORIAL H. M. E.  
Buenos Aires

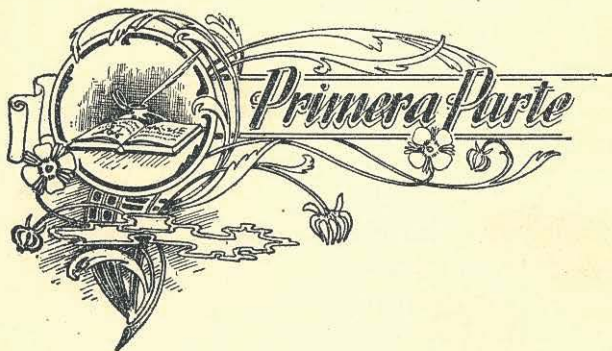
122 x 187

---

*Derechos reservados.  
Queda hecho el depósito que  
marca la ley.*

---





*El sabio aprovecha el tiempo cual si  
fuese oro, y el necio lo malgasta  
cual si fuese escoria.*

*Toda pérdida de tiempo es irreparable.  
Las horas transcurridas quedan irre-  
mediablemente sepultadas en el pa-  
sado.*

*No se conoce el valor del tiempo sino  
cuando ha pasado para no volver  
más.*



## 1. REGLAS GENERALES PARA LEER BIEN

La lectura en alta voz es la reproducción en sonidos claros y armoniosos de las palabras y



pensamientos expresados por medio de signos o letras.

Empresa difícil es dar, en forma concisa, reglas exactas para leer con perfección.

Con decir, sencillamente, que ha de procurarse leer con naturalidad, pronunciando claramente las palabras, y dando expresión y colorido a lo que se lee aunque éstas sean las condiciones esenciales de una buena lectura, no se enseña nada.

Conviene, pues, ampliar estas indicaciones con reglas y preceptos cuya observancia es necesaria para llegar a leer bien.

No basta, en efecto, pronunciar con voz clara y armoniosa, dando a las palabras

la entonación e inflexiones que requieran, según expresen ideas de dolor, de alegría, de dulzura o de cólera.

Hay que tener presente, al mismo tiempo, la posición que el cuerpo debe guardar, y la manera de moverse y accionar, que es lo que constituye el gesto.

Estando de pie, el cuerpo debe caer a plomo sobre las piernas, adelantando un poco la derecha, cuando el auditorio se halla a este lado o al frente, y a la izquierda al dirigirse a los de este lado.

Cuando se lee sentado, el cuerpo debe caer a plomo sobre la silla, adelantando un poco el pie derecho y volviendo ligeramente hacia atrás el izquierdo, cuya posición resulta natural y agradable.

El libro debe sostenerse con la mano izquierda a distancia conveniente para que la vista distinga fácilmente las palabras, un poco inclinado hacia atrás, y más bajo que la boca para que no oculte el rostro del lector, ni impida el paso del sonido.

A fin de no detenerse mucho al finalizar cada página, se toma la hoja con alguna anticipación con la mano derecha, para darle la vuelta.

Los movimientos de la cabeza y la expresión de la fisonomía son elementos importantes en la lectura; pero donde se manifiesta más claramente el alma, es en los ojos.

La acción de la mano derecha, que queda libre, debe ser moderada.

No se debe levantar, ni bajar demasiado, ni cerrarla, ni apretar los dedos, ni abrirlos mucho.

Los movimientos bruscos y los de arriba a abajo producen mal efecto.

No se puede determinar la duración de las pausas que deben hacerse en la lectura, y si bien la coma, el punto y coma y los dos puntos indican pausas más o menos largas, esto depende del buen gusto del lector.

Fuera de las causas que indican los signos de puntuación mencionados, es necesario hacer otras para tomar aliento, evitando siempre trocar el sentido de la frase.

En la manera de interpretar los signos de puntuación y admiración caben **matices** muy variados, que sólo de viva voz pueden indicarse.

El guión advierte que se ha de hacer sentir al auditorio, variando la **modulación**, el cambio de **interlocutor**.

Los distintos géneros de composiciones literarias requieren un tono y acento diferentes, y sólo mediante ejercicios se llega a dar a la voz la graduación apropiada al asunto de la composición que se lee.

*R. Monner Sans*

·NOTA. — Un consejito os daré, amados niños que leéis este libro, y es el siguiente: Procuraos en cualquier librería o papelería una libreta de esas que tienen páginas especiales para cada una de las letras del abecedario y anotad en ella, en el lugar correspondiente, toda palabra un poco difícil, y al lado su explicación. Sed hombres de apuntes: se os ocurre algo que no entendéis, apuntadlo, y a la primera ocasión, pedid explicaciones a vuestros papás o a vuestros maestros. Este es el medio de instruirse pronto, mucho y bien.

**Matices** — Variaciones de color o de sonido.

**Modulación** — Cambio en el tono de voz.

**Interlocutor** — Aquel con quien se habla.

## 2. ¡EXCELSIOR!



Cuando estudiéis, acordaos siempre del joven de la leyenda de Longfellow.

Las sombras de la noche descendían rápidamente sobre la tierra, cuando por entre las nieves y los hielos atravesaba un pueblo de los Alpes un mancebo que tremolaba un estandarte en el cual se leía: “¡Excelsior! ¡Más arriba!”

Impulsado por su deseo de saber, por el afán de ir a respirar a regiones más próximas al cielo, había conservado su alma pura de toda mancha, y quiso subir al monte San Bernardo.

En las casas del pueblo vió el resplandor dulce y vivo del hogar, y arriba, los picachos de hielo que se erguían como **espectros**, de sus labios se escapó un gemido:

— ¡Excelsior!

— No intentes subir — le dijo un anciano: — la amenazadora tormenta va a descargarse sobre tu cabeza; el torrente es profundo y ancho.

Y su voz, que parecía el eco de un clarín, repitió:

— ¡Excelsior!

— ¡Oh, detente — le dijo una joven, — y descansa un instante!



Y una lágrima brilló en sus ojos azules; pero el joven contestó:

— ¡Excelsior!

— ¡No te fíes de las ramas secas del pino!  
¡Guárdate de los terribles **aluviones**!

Tal fué la despedida del aldeano. Y una voz replicó a lo lejos desde la cumbre:

— ¡Excelsior!

Al amanecer, mientras los piadosos monjes del San Bernardo elevaban al cielo sus plegarias, una voz gritó, haciendo vibrar las capas de la atmósfera:

— ¡Excelsior!

Un viajero medio enterrado en la nieve había sido encontrado por el fiel perro de los monjes. Su mano helada oprimía un estandarte con la arrogante divisa: “¡Excelsior!”.

Allí, en el **crepúsculo** gris y frío **yace** en el suelo, sin vida, pero radiante de belleza, y desde el cielo, que los ojos del moribundo contemplaran un instante, serena y remota, bajó una voz como una estrella errante:

— ¡Excelsior!

Lo mismo que ese joven, a todas las voces de la tierra que os inviten a deteneros, responded amados niños, vosotros también: “¡Excelsior! ¡Quiero subir más, quiero llegar hasta Dios!”.

**Espectros** — Fantasmas.

**Aluviones** — Torrentes de agua o nieve que arrastran todo.

**En el crepúsculo...** **yace** — En las primeras luces del día... se ve echado, sin vida.



### 3. FE Y HEROISMO

El santuario de la Virgen de Luján estaba de fiesta.

El tercer regimiento de soldados de la patria, al mando del valiente coronel French, asistía al santo Sacrificio de la Misa, y se colocaba bajo la protección de la Madre de Dios. Era el día de Nuestra Señora de las Mercedes, el 24 de septiembre del año 1812.



Ese mismo día, mientras French y los suyos oraban a los pies de la Santa Imagen de Luján, el general Belgrano, que en su heroica piedad había puesto también sus tropas bajo la protección de la Virgen María, ganaba la batalla de Tucumán, y reconociendo en este triunfo la protección de la Madre de Dios, deponía sobre sus andas su bastón de mando.

El coronel French, después de consagrar su batallón a la Virgen de Luján, hizo jurar a sus soldados fidelidad a la bandera, formando una cruz con su espada y el asta del pabellón de la patria. Y los soldados, besando aquella cruz militar y pasando debajo de ella, juraron no desertar jamás de la enseña de la Patria, teniendo a la Virgen de Luján por testigo de su noble y sagrado compromiso.

Muchos años más tarde volvió el regimiento número 3, con su **bizarro** jefe, al santuario de María.

Llegaban conmovidos a dar gracias a su Patrona y Madre por los triunfos obtenidos y a deponer a sus pies los trofeos alcanzados, por su protección, al enemigo.

En aquellos tiempos el corazón de los servidores de la patria era como el de French y sus soldados.

Belgrano, San Martín, Saavedra, Berutti, Dorrego, Zapiola, Soler, en fin, todos los que fueron grandes e hicieron grande a la patria, invocaron siempre la protección de María y tuvieron por guía la ley de Dios.

*Rafael Fraguero*

**Bizarro** — Valiente, animoso.

## 4. ARGENTINOS:

El día de la patria es sagrado por el recuerdo de su gloria y por el deber que impone.

La patria nos dice:

Ama a tus padres. Levanta en tu sentimiento un altar de veneración a tu madre, dulce expresión de cariño.

Respetar a tu padre imitando sus virtudes.

Sé bueno con tu hermano, sangre de tu sangre y espíritu de tu estirpe.

Procura la amistad de quienes son dignos de tu estimación.

Ama a Dios creador de tu alma, y a la patria que es la obra más bella de Dios.

Educa tu energía para morir antes de **prevaricar** las leyes de tu conciencia.

Aplica la libertad para perfeccionar tus aptitudes, para elegir el gobierno capaz de promover el bienestar de todos y para castigar la **improbidad** administrativa.

Argentino:

Si cumples con esos deberes te sentirás **artífice** de la República, cuya Constitución Nacional es la gloria de la civilización contemporánea.

Extranjero:

Que descansas bajo el árbol frondoso de la Patria y gozas de la sombra bienhechora de sus leyes, averigua quién plantó el árbol y sabrás venerar la memoria de los próceres del 25 de Mayo de 1810.

**Prevaricar** — Faltar.

**Improbidad** — La falta de honestidad en el manejo del dinero.

**Artífice** — Artista, constructor.

## 5. LA RESPIRACION

*¿Respiración nasal o respiración bucal?* — El aparato respiratorio del hombre está constituido de manera que puede respirar tanto por la boca como por los tubos nasales.

El método normal de respirar es el de absorber aire a través de las fosas nasales.



Muchas enfermedades han sido ocasionadas por la respiración bucal, y numerosos casos de resfríos y afecciones catarrales reconocen el mismo origen.

Experimentos científicos hechos han demostrado que los habituados a dormir con la boca abierta están más sujetos a contraer enfermedades contagiosas que aquellos que respiran de-

bidamente por la nariz. Se cita un caso en el cual la viruela tomó carácter epidémico a bordo de un buque de guerra y las defunciones ocurridas fueron de marineros acostumbrados a respirar por la boca.



Las fosas nasales son los canales propios para conducir el aire a los pulmones por ser el aparato o filtro de los órganos respiratorios. Cuando se respira por la boca el aire es conducido directamente a los pulmones con polvo o cualquier otra materia extraña. Además esta respiración incorrecta deja pasar el aire frío ocasionando inflamación de los órganos delicados de la garganta y pulmones.

El aire cuando penetra en los pulmones es tan distinto del aire exterior como es el agua destilada diferente del agua de **cisterna**.

La complicada organización purificadora de las fosas nasales, deteniendo e impidiendo el paso de las partículas impuras del aire, es tan importante como el acto de la boca deteniendo los carozos y huesos, evitando que pasen al estómago.

**Cisterna** — Depósito subterráneo para agua llovediza.



## 6. UNA ANECDOTA CURIOSA

Yo era muy dormilón en mi juventud, — dice el sabio Buffón. — Un día, avergonzado de ver los perjuicios que por esto sufría, ordené terminantemente a mi criado que me despertase antes de las seis y le prometí una moneda por cada vez que cumpliera mi mandato.

Llegó José, mi sirviente, a despertarme a la hora convenida, y le recibí con injurias. Al día siguiente volvió, y me fastidió hasta conseguir que me levantara. Por mucho tiempo hizo lo mismo. Las monedas le resarcían mis enojos.

Un día me resistí a levantarme. Me echó entonces en la cabeza un jarro de agua y escapó. Después le llamé y le dije: —Has cumplido tu deber; toma tres francos.

De este modo y con el trabajo de la mañana yo debo a José tres o cuatro volúmenes de mi *Historia Natural*.





## 7. PLEGARIA DEL ALBA

*Soñé que allá, bajo el hogar*

[paterno

*Dormido en tu regazo, madre mía,  
Sobre mi frente pálida sentía  
El beso de tu amor, sublime y tierno.*

*Soñé que al despertar, tu dulce*

[acento

*Como un eco del cielo desprendido,  
Anidaba su música en mi oído.  
Para arrullar mi insomne*

[pensamiento.

*Soñé que tu dulcísima mirada  
Mis ojos ¡ay! acariciando abría;  
Y al levantar los párpados, veía  
El rostro de la madre idolatrada.*

*Y soñé que tu angélica sonrisa  
Rizó por mi tu venerable frente,  
Como clara y purísima corriente  
Besada por el soplo de la brisa.*

*¡Soñé! . . . , mas ¡ay! que al despertar del sueño  
Me hallé muy lejos del hogar amado  
Y tan sólo en mi espíritu grabado  
¡Tu semblante purísimo y risueño!*

*¡Ay! yo soñaba despertar contigo,  
Madre de mis hermanos, madre mía,  
Y me hallé que en un páramo dormía  
Bajo el cañón del bárbaro enemigo.*

*Alzando entonces la mirada al cielo  
Y besando tus flores perfumadas,  
Acaso con tus lágrimas regadas,  
Levanté mi plegaria de consuelo:*

*Feliz aquel que al despertar el día,  
Aunque proscrito del hogar paterno,  
Encuentre el corazón profundo y tierno  
Que responda al llamarle: ¡madre mía!*

RICARDO GUTIÉRREZ.

**Insomne** — Que no le dejaba dormir.

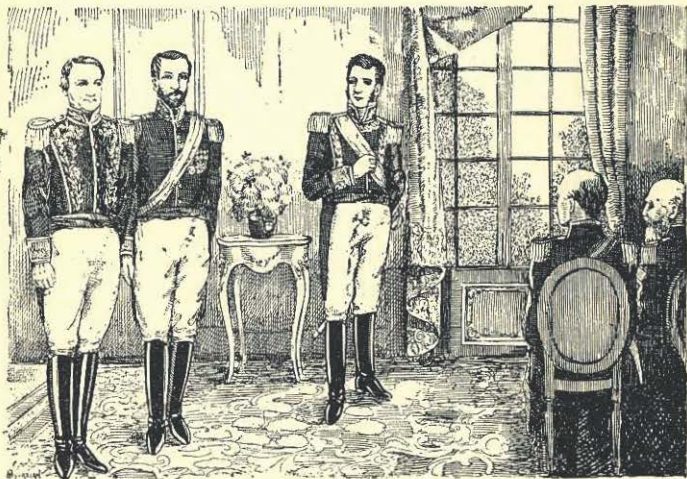
**Páramo** — Lugar desierto.

**Proscrito** — Fuera del...



## 8. DE NUESTRA HISTORIA

*Arrestos que terminan en ascensos.*



Batalla de las desobediencias, ha llamado a la de Ituzaingó, y en verdad que no le cuadra mal, pues empezando por Lavalleja, que formó donde no convenía, y terminando con Lavalle y Paz, que cargaron cuando bien les pareció, raro es el jefe que en tan ruidoso y encarnizado combate no se olvidó de que las primeras cualidades de un soldado son: la subordinación y el respeto a la disciplina.

Cuando cruzaba Paz el campamento para presentarse al general en jefe, sus compañeros de armas se acercaban a él felicitándole:

— *Esta vez, coronel, cambia el color de sus palas.*

A lo que Paz contestaba sonriendo:



— *¡Dios quiera que no me vean ustedes castigado!*

Y así fué: con palabra breve y seca, Alvear le suspendió en el mando.

Durábale aún la excitación que le produjera la contrariedad de haber tenido que aplicar un castigo a un jefe como Paz, cuando se presentó Lavalle.

— ¿Por qué, contra mis órdenes, se alejó usted del campo de batalla?

— Porque los ríograndeses son volvedores, señor general, y mientras quedaba un grupito alrededor de Bentos Manuel, volvían a rehacerse.

Alvear, muy irritado, no aceptó la explicación, y después de haber demostrado a su subordinado que con su desobediencia pudo ocasionar la pérdida del ejército, suspendióle también del mando, como antes lo hiciera con Paz.

Pasada la hora de la lista, un ayudante dió orden a Paz y a Lavalle de acudir de nuevo a presencia del general en jefe. Cumpliéronlo en el acto, hallando al superior mucho más calmado.

— ¡Señores generales! — dijo a los recién llegados, los cuales, no viendo en la estancia a Mansilla, a Soler o a Lavalleja, únicos jefes de tal graduación que había en el ejército, se miraron sorprendidos:— queda levantada la suspensión, y, como son ustedes los coroneles más antiguos, y yo tengo autorización para proponer ascensos sobre el campo de batalla, les saludo en el grado inmediato, como merecida recompensa a los que mayormente han coadyuvado a la victoria de este día.

Pasado el primer momento de desagrado, Alvear, que fué, sobre todo, un gran corazón y

un gran valiente, sintió la necesidad de aplaudir a los dos heroicos soldados a quienes con tanta severidad tratara horas antes.

#### VOCABULARIO

**Palas** — Charreteras, insignias de jefe.



### 9. UN NIÑO MARTIR

*Aureliano.* — ¿Es cierto, Agapito, lo que se dice de vos, que no adoráis a nuestros dioses?

*Agapito.* — Yo no adoro ¡oh emperador! a un pedazo de piedra o de madera.

*Aureliano.* — Respetad a los dioses inmortales si no queréis experimentar su venganza.

*Agapito.* — No temáis: no oyen, ni ven.

*Aureliano.* — Perdono a vuestra edad. Pero exijo de vos que habléis con respeto del padre de los inmortales, de Júpiter óptimo, máximo.

*Agapito.* — Ese Júpiter vuestro, ni es óptimo ni es máximo.

*Aureliano.* — Lejos de enmendaros, añadís blasfemias a las injurias.

*Agapito.* — Sois militar, y os agrada la franqueza.

*Aureliano.* — Agapito, me pondréis en la precisión de mandar que os amordacen.

*Agapito.* — Me acusan de que no adoro a Júpiter, de que le desprecio, y debo dar razón de mi conducta.

*Aureliano.* — Decid, Agapito: ¿Sois romano? ¿Cuál es vuestra patria? Me inspiráis interés.

*Agapito.* — Soy cristiano. Mi patria terrenal es Palestina, la eterna, el cielo. Nací de noble estirpe de patricios; desde la cuna me eduqué y crecí en el regazo de la santa Iglesia, madre dichosa de todos los cristianos.

*Aureliano.* — Bien veo que esa madre que decís os ha trastornado el juicio. ¿Por qué no la abandonáis y seguís la suerte de los sagrados emperadores?

*Agapito.* — Decidme más bien: ¿Por qué no renunciáis al culto de los demonios y abrazáis la fe de Jesucristo?

*Aureliano.* — ¿Yo abrazar la fe de un hombre que fué crucificado entre ladrones? Agapito, deliráis.

*Agapito.* — ¡Y murió crucificado para salvaros a vos también!

*Aureliano.* — ¿Por salvarme a mí?

*Agapito.* — A vos también, y rescataros de la servidumbre del demonio que adoráis, y libraros del yugo de los vicios a quien servís, y abriros el cielo...

*Aureliano.* — ¿Quién os ha dado licencia para hablar de este modo?

*Agapito.* — Es Dios. Vengo a dar testimonio de mi fe y a convidaros, de parte del Salvador de los hombres, a que dejéis el camino de la maldad, a que sigáis la virtud y no persigáis al nombre cristiano.

*Aureliano.* — No os perseguimos, castigamos vuestros crímenes.

*Agapito.* — ¿Cuáles? ¿Qué crímenes hemos co-

metido contra la majestad del emperador? ¿A qué ciudadano hemos injuriado? ¿Cuáles son nuestros delitos?

*Aureliano.* — No obedecéis las leyes del imperio.

*Agapito.* — Y si éstas son injustas y contra Dios, ¿tiene el emperador potestad para mandarnos? Cuando nos impone trabajos y servicios, cuando hay que tomar las armas en defensa del imperio, cuando hay que sacrificar la vida, ¿quiénes más prontos que los cristianos, más valientes que los cristianos, quiénes más fieles al emperador que los cristianos?

*Aureliano.* — Compasión me dais, Agapito. Pudierais conservar la vida y ser feliz.

*Agapito.* — Mi mayor felicidad es morir confesando a Cristo.

*Aureliano.* — ¿Por qué malográis los años de la juventud y no bebéis a raudales el placer?

*Agapito.* — Nada tan alegre como el servir a Dios; nunca se emplea mejor el tiempo que cuando se cultiva la virtud. Vivir según los sentidos y pasiones de la carne es vivir vida de bestias, indigna de los hombres.

*Aureliano.* — ¿Y eso os enseña la religión cristiana?

*Agapito.* — Eso, y otras verdades sublimes que no estáis en disposición de entender, verdades por las cuales vivimos alegres los cristianos, y damos la vida bendiciendo a Dios en los tormentos.

*Aureliano.* — A no tardar lo veremos si no cambiáis pronto de resolución.

*Agapito.* — Perdéis el tiempo si eso esperáis.

*Aureliano.* — ¿Y tan joven pensáis morir? Lo sentiré por vos; pero si persistís tenazmente en vuestra opinión, a nadie echéis la culpa sino a vos mismo. ¿Renunciáis a Jesucristo?

*Agapito.* — No, mil veces no.

*Aureliano.* — ¿Ofrecéis incienso a los dioses?

*Agapito.* — Los detesto; son imágenes del demonio.

*Aureliano.* — Pues, disponeos a morir.

*Agapito.* — Morir por Jesucristo es mi dicha.

«*Vida de Niños Santos*»

(*San Agapito*)



## 10. EL DECALOGO DEL ESCOLAR

1. Ama y respeta a la Escuela que te conduce al bien y a la verdad.

2. Venera a tu maestro que se sacrifica por ti.

3. Quiere fraternalmente a tus condiscípulos y sé leal y generoso con ellos.

4. Atiende siempre las sabias explicaciones de tu maestro, pues algunas de ellas quizás no las vuelvas a oír.

5. Concorre diariamente a clase para no perder un eslabón en la cadena de tu enseñanza.

6. Sé puntual para no interrumpir la clase ni alterar la disciplina de la escuela.

7. Cumple con tus deberes y lecciones para afianzar tus conocimientos.

8. Manifiesta en todo momento el respeto que te debes a ti mismo y a los demás.

9. Enorgullécete de los laureles conquistados por la escuela y el éxito de tus condiscípulos.

10. Recuerda con gratitud y cariño a la escuela que trató de hacer de ti una persona digna.

## 11. LA VIRTUD DEL PATRIOTISMO

La conciencia es la voz interior que dice al hombre lo que debe hacer. El hombre bueno hace siempre bien y vive tranquilo. El hombre malo no hace bien y vive amargado. El hombre feliz vive en paz con la conciencia, porque su inteligencia piensa bien, porque su corazón siente bien y su voluntad está siempre dispuesta para hacer el bien.

La inteligencia piensa bien cuando sabe lo que sabe y sabe lo que no sabe. La inteligencia que no sabe, es como el ciego: no ve, y se expone a andar mal y ser conducido mal.

El corazón siente bien, cuando se contenta con alegrías sanas. La voluntad está siempre lista en el hombre que sabe lo que debe hacer, y en el hombre que tiene el corazón dispuesto para hacer lo que la conciencia le aconseja que debe hacer.

La inteligencia dice que todos los hombres necesitamos vivir en paz; y vive en paz quien trabaja honradamente. Para vivir en paz es necesario que yo respete a los demás, y que los demás me respeten. Para trabajar honradamente necesito saber mi oficio y no estorbar el trabajo de los demás. Un pueblo formado por hombres que saben lo que les corresponde y que están dispuestos a mejorar todos los días, es un pueblo civilizado, es la patria verdadera de los hombres buenos.

El pueblo, o la sociedad, está compuesta por familias bien organizadas. En una familia organizada el padre es cariñoso, la madre es siempre

buena, los hermanos son amigos entre sí y los amigos son como hermanos. De paso recordemos que los parientes son los amigos que nos da la familia, y los amigos son los hermanos que Dios nos da.

La familia vive en el vecindario y tiene amistades, es decir, que el buen vecino y el buen amigo son como los parientes de la familia.

El sentimiento que me inclina a querer a la familia, a mis amigos y a mis vecinos, es un sentimiento humano, sociable, que me sigue a todas partes y que me recuerda la casa paterna, el barrio, el pueblo, el campo donde nací. Ese sentimiento dulce es el comienzo del amor a la patria.

Las familias viven en todos los pueblos, y esparcidas en todos los campos de la República Argentina. Para sobrellevar la vida, los parientes, los amigos y los vecinos se ven, se recomiendan, se auxilian con los parientes, los amigos y los vecinos de otros pueblos. De esta manera se



establece una comunidad de ideas, una unidad de sentimientos y una **reciprocidad de servicios** entre todos los pueblos de la República, para que yo pueda querer a todas las familias argentinas como a mi propia familia, y para que yo tenga el cariño de hermano a todos los habitantes de todos los pueblos de mi tierra.

Ese cariño desinteresado, esa disposición de ánimo para defender a todos mis parientes, amigos y vecinos de toda la República, es el sentimiento del patriotismo, que me impulsa a querer la patria como quiero a mi madre, y a defender a la patria como defiende a mi padre.

Para merecer el nombre de "argentino" se necesita, no sólo amar a la "patria", sino también cumplir con el "patriotismo". La "Gaceta de Buenos Aires", que fué el primer diario argentino escrito por los insignes patriotas de la Junta de Mayo, decía que "el patriotismo es llama sin lumbre, músculo sin vigor, mientras no se traduzca en acción generosa, en talento aplicado a la felicidad común, en sacrificio **espontáneo**, en desprendimiento personal, en cultura, en dignidad de la especie, en pasión por la verdad, en respeto a las leyes y en vocación sincera, por el bien de la humanidad". Claro es que todos amamos a la patria, pero la gracia consiste en tener patriotismo como el que tuvieron los bisabuelos que fundaron la República Argentina, como el de los abuelos que hicieron la Constitución, como los padres que civilizaron la tierra con el Trabajo, la Sabiduría y la Decencia.

Así como hay familias, unas mejores que otras, así hay patrias mejores, unas que otras. No hay



¡DEJAD QUE LOS NIÑOS VENGAN A MÍ!



Presentábanle, dice el Evangelio, los niños para que les impusiese las manos y orase. Y los discípulos, viendo esto, amenazaban a los que los presentaban, y los reñían.

Pero viéndolo el Señor, lo llevó a mal, y llamándoles, dijo:

—*Dejad que los niños vengan a Mí y no los apartéis; porque de los tales es el Reino de los Cielos.*

Y abrazándolos y poniendo sobre ellos sus manos, los bendecía.



patria mejor que la República Argentina, porque en ninguna parte de la tierra el hombre es más libre, ni goza de más derechos, ni vive mejor, ni el cielo es más hermoso, ni el suelo es más fecundo, ni la gloria más espléndida que la libertad, el cielo, la tierra y la gloria de la República Argentina...

*Manuel Carlés*



**Reciprocidad de servicios** — Que se los hacen unos a otros.  
**Sacrificio espontáneo** — Natural, nacido del buen corazón.

□ □

## 12. LUCHANDO CON UN AGUILA

### *Heroísmo de un niño*

Adolfo y Federico eran dos niños austriacos que vivían en las montañas del Tirol. Trece años tenía el primero y ocho el segundo, y se consideraban los seres más felices de la creación, pues si bien es cierto que no les sobraba la comida y que más de una vez tenían que irse a dormir sin cenar, en cambio, se pasaban en el campo

toda la estación de verano cuidando las vacas y las cabras, y Adolfo hasta había acompañado en una ocasión a su padre en la caza de **gamuzas**.

Eran los comienzos de la primavera. Todavía continuaban vestidas de nieve las sombrías hondonadas y los picachos más altos de las montañas. El invierno había sido crudo, pero ya comenzaba a sentirse la fuerza de los rayos del sol y a respirarse una brisa templada, agradable. No se haría esperar mucho la época del año en que había que llevar los rebaños a buscar en las alturas, los pastos que no crecían en los llanos. Adolfo y Federico estaban tendidos sobre la hierba, sintiendo en sus rostros las caricias del sol y forjando planes para el porvenir. Federico creía contar ya con la edad bastante para acompañar a su padre en la caza de gamuzas... Pues que, ¿no cazó hace poco una marmota, sin auxilio de nadie?

Adolfo contestaba riendo a carcajadas que las gamuzas son más grandes que las marmotas y no se dejan atrapar en **cepos** ni lazos, que es preciso buscarlas por los picachos y andar mucho.

—¡Mira! — dijo de improviso Federico, interrumpiendo a su hermano. — ¡Una águila! ¡Qué hermosa!

Efectivamente; muy lejos, en el cielo, se veía como un punto negro que se movía describiendo círculos extensos en torno de los picos más elevados. Poco a poco aumentaba el tamaño del punto negro; ya se distinguían perfectamente sus alas; se aproximaba cada vez más, y al fin **se cernió en el aire**, arriba precisamente de los dos niños.

Estos no apartaban sus miradas del ave. Poco

después, Adolfo lanzó una exclamación. El águila descendió con rapidez vertiginosa, y antes que los asombrados niños pudieran darse cuenta exacta de sus intenciones, cuando apenas había tenido tiempo para admirar lo enorme de su tamaño, cayó el águila sobre ellos, y, asiendo entre sus poderosas garras a Federico, alzó otra vez el vuelo.

El temor y el asombro dejaron a Adolfo inmóvil, el tiempo suficiente para que el águila se apartase tres o cuatro pies del suelo; pero al fin, sobreponiéndose a su espanto, atacó con su garrote al ave, y a fuerza de golpes le hizo abandonar su presa.

El águila se defendía con furia, azotando con sus poderosas alas la cara de Adolfo; pero éste no cejaba y seguía descargando golpes, y el ave, debilitada y maltrecha, se decidió al fin a alejarse.

La emocionante aventura había tenido un testigo no visto por ninguno de los que habían tomado parte en ella. Principiaba el águila su viaje de regreso a las nubes, cuando sonó un tiro que la tendió sin vida sobre la hierba. El padre de los niños, pues era él el tirador, se precipitó al encuentro de sus hijos para averiguar si habían sido heridos y también para felicitar a Adolfo por el valor con que había **arrostrado** la terrible lucha. Once pies medían las alas extendidas del águila. Ni Adolfo ni Federico olvidaron nunca su **pavorosa** aventura.

**Gamuza** — Especie de cabra montés de piel fina y muy estimada.

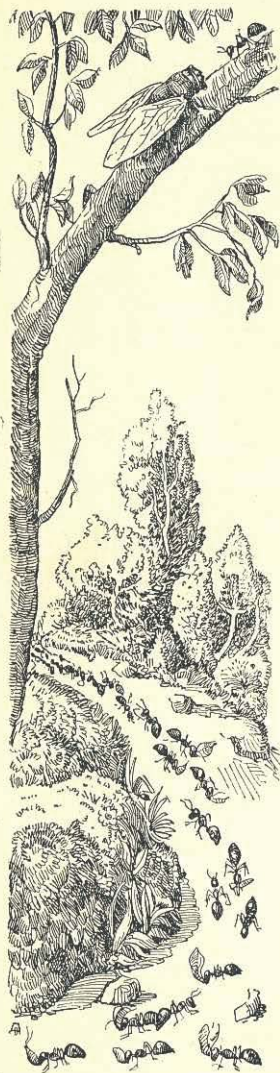
**Cepo** — Una trampa de dos hierros semicirculares que aprisionan.

**Se cernió en el aire** — Voló sobre ellos.

Había **arrostrado** — Le había hecho frente.

**Pavorosa** — Muy terrible.

## 13. LA CIGARRA Y LA HORMIGA



*Cantando la cigarra  
 Pasó el verano entero,  
 Sin hacer provisiones  
 Allá para el invierno.  
 Los fríos la obligaron  
 A guardar el silencio,  
 Y acogerse al abrigo  
 De su estrecho aposento.  
 Vióse desprovéida  
 Del preciso sustento,  
 Sin mosca, sin gusano,  
 Sin trigo y sin centeno.  
 Habitaba la hormiga  
 Allí tabique en medio,  
 Y con mil expresiones  
 De atención y respeto  
 La dijo: "Doña hormiga:  
 Pues que en vuestros graneros  
 Sobran las provisiones  
 Para vuestro alimento,  
 Prestad alguna cosa  
 Con que viva este invierno.  
 Esta triste cigarra,  
 Que alegre en otro tiempo  
 Nunca conoció el daño,  
 Nunca supo temerlo.  
 No dudéis en prestarme,  
 Que fielmente prometo  
 Pagaros con ganancias  
 Por el nombre que tengo".  
 La codiciosa hormiga  
 Respondió con denuedo,  
 Ocultando a la espalda  
 Las llaves del granero:  
 "¡Yo, prestar lo que gano  
 Con un trabajo inmenso!  
 Dime, pues, holgazana,*

*¿Qué has hecho en el buen tiempo?  
"Yo, dijo la cigarra,  
A todo pasajero  
Cantaba alegremente  
Sin cesar un momento".  
"¡Hola! ¿Con que cantabas  
Cuando yo andaba al remo?  
Pues, ahora que yo como,  
Baila, pese a tu cuerpo".*

*Samaniego*



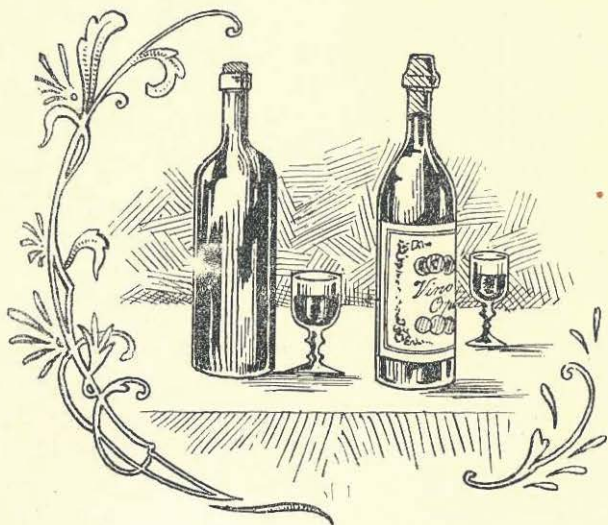
#### 14. UNA ANECDOTA DE SAN MARTÍN

San Martín, como se sabe, era propietario de una chacrita en el departamento que hoy lleva su nombre en la provincia de Mendoza.

El general, durante su permanencia en aquel estado, acostumbraba a sentar a su mesa, con frecuencia, a vecinos respetables de la ciudad, con quienes gustaba conversar sobre cosas de la patria y del lugar. Cierta día, un amigo de confianza, — que luego refirió la anécdota — entra inesperadamente al comedor más temprano de lo debido, y con la consiguiente sorpresa encuentra a San Martín colocando diversas etiquetas sobre otras tantas botellas de vino. Naturalmente, se abstuvo de indiscretas preguntas.

Poco después, al final del almuerzo, el general, que efectuaba activa propaganda en favor de la industria vinícola mendocina, ponderó con entusiasmo cierto vino del terruño que manifestó habíale obsequiado días antes y concluyó solicitando la opinión de los presentes con respecto a su calidad.

Luego de probarlo, todos a una dijeron que, por cierto, sin ser malo, el vino en cuestión de ninguna manera podía soportar comparación con el excelente producto europeo que al principio habían bebido, extendiéndose a la vez en consideraciones sobre la indiscutible superioridad de la industria europea.



—Pues, señores, sepan ustedes, — dijo finalmente el general, que había dejado despacharse a su antojo a la concurrencia, — que el “excelente vino europeo” no es más que un buen vino de mi chacra, siendo el otro, en realidad, el verdadero producto europeo... Se trata sólo de un cambio de etiquetas.

Ambos vinos se valían en efecto, y parece que la lección resultó de provecho para los concurrentes, como ojalá lo sea también su reproducción en este libro.



## 15. LA OVEJITA DE SAN FRANCISCO DE ASIS

(LEYENDA)



El **Seráfico** Padre amaba su hermosa y verde Umbría, pero de tiempo en tiempo dirigíase a las Marcas de Ancona, cuyas fértiles llanuras, comprendidas entre las altas montañas del Apenino, ofrecen no menor encanto al viajero que la espléndida playa, bañada por el Adriático en toda su longitud.

En uno de sus frecuentes viajes, después de haber predicado en Ancona, se encaminaba hacia Osimo en compañía de Fray Pablo, que había elegido Ministro Provincial de los Frailes de la misma Provincia.

Caminando y conversando de cosas celestiales, vió una manada de cabras y carneros, que pacían

en abierta campiña. Se detuvo Francisco viendo entre aquellos animales una ovejita sola, que comía la hierba, humilde y tímidamente; sintió el Santo tan fuerte dolor en el fondo de su corazón, que enternecido, casi lo hacía gemir. Mas luego adelantóse intrépido entre aquellos animales, se acercó a la ovejita y poniéndole una mano sobre la cabeza, comenzó a acariciarla dulcemente y a hablarle como a una hermana. La pobrecita que acababa de escapar de las **insidias** de los demás animales y habíase apartado un tanto para gozar un poco de tranquilidad, apenas hubo sido llamada y sintió sobre su cabeza el suave roce de la tierna mano del santo, levantó hacia él los ojos llenos de gratitud y ternura, sofocó un sentimiento de interna tristeza que desapareció cuando se convenció de la benevolencia y afecto de Francisco, del cual, con débil balido, comenzó a lamer la mano.

El Santo entonces principió a hablarle como acostumbraba hacerlo con los pajarillos y demás animales, y parecía que la ovejita le comprendiera perfectamente, pues a sus primeras palabras se le acurrucó a los pies como para oír mejor sus palabras, levantando a menudo los ojos hacia su interlocutor, rozándole el sayal con la cabeza.

Vuéltose luego Francisco a Fray Pablo: “¿Ves, le dije, esta ovejita tan mansa en medio de estas cabras y carneros? Así mismo, te digo debía caminar N. S. Jesucristo humilde y manso entre los fariseos. Por lo tanto, te ruego, hijo mío, que por amor suyo, tengas compasión de esta ovejita; comprémosla y librémosla así de la compañía de estos cabrones”. Y Fray Pablo que había com-

prendido el hablar de Francisco y visto todos los sufrimientos de la ovejita, sintió tanta pena y compasión que inmediatamente y con entusiasmo se adhirió al deseo del Seráfico Padre, de rescatarla, haciéndola libre y feliz.

Mas ellos no poseían sino los toscos hábitos que vestían y mientras, preocupados, pensaban de qué modo podrían rescatarla, pasó un mercader y ofrecióles la suma necesaria. Y ellos dando gracias a Dios siguieron a Osimo con la ovejita que caminaba segura al lado de Francisco, el cual de cuando en cuando le extendía la mano acariciándola con cariñosa protección.

Así llegaron a la presencia del Obispo, quien les recibió amorosamente, aunque quedó algo sorprendido de ver que el siervo de Dios le condujera delante una oveja y que le demostrase tanto cariño. Mas cuando el siervo de Cristo le hubo narrado una larga parábola acerca de la ovejilla, con corazón contrito dió gracias a Dios por la sencillez del Santo. Este, al día siguiente, habiendo salido de la ciudad, iba pensando qué debería hacer con la oveja, para que nadie la volviera a molestar, antes bien todos la respetasen.

Fray Pablo que amaba también tiernamente a la ovejita propuso a Francisco mandarla a cierto convento de monjas que estaba cerca de Sanseverino; allí todas le habrían de hacer la más halagüeña acogida, le darían habitación propia y olvidándose de los largos sufrimientos pasados, habría vivido tranquila y feliz.

Agradó a Francisco la propuesta y de regreso a Asís, pasaron por Sanseverino y confiaron a esas

siervas de Cristo la ovejita que fué acogida como un regalo del cielo.

Esta, con su dulzura y mansedumbre granjeóse bien pronto el cariño de todas las monjas, que disputábanse el gusto de cuidarla y prodigarle sus ternuras, considerándola como una hermana regalada por el Seráfico Padre, y por eso la llamaban con el nombre de "tata". La oveja sintiéndose llamar así, levantaba la cabeza en señal de contento y lamía las manos y el rostro de cuantos la acariciaban.

Aquellas siervas de Cristo la cuidaron siempre con cariño y más tarde tejieron con su lana un hábito que mandaron al Seráfico Padre, a la Porciúncula en tiempo de un Capítulo. El Santo la recibió con gran fiesta, se la estrechaba al pecho, la besaba, invitando a todos los presentes a regocijarse con él, que recordaba la mansedumbre y dulzura de la ovejita, su dulce hermana, la "tata" de su corazón, la cual desde entonces fué querida de todos los devotos de Francisco de Asís, de este amante de Dios, que olvidado de sí mismo, con expansión ilimitada hacia la desventura, abrazaba en su grande alma, a todos los seres que le servían de escala para ascender y sumergirse en su Criador.

**Seráfico** — Parecido al serafín.

**Insidias** — Acechanza, engaño o artificio que se hace para hacer daño a otro.



## 16. PASEANDO POR LA PROVINCIA DE SANTA FE

Ya conocéis, amados niños, la forma de la provincia de Santa Fe: es la de una bota.

Es la tercera provincia argentina por la ganadería con un total de 6  $\frac{1}{2}$  millones de cabezas entre ganado vacuno, lanar y cabrío.

Las principales industrias de la provincia de Santa Fe, son: las refinerías de azúcar, los molinos harineros, las fábricas de aceite de maní, de chocolate, de cerveza. Tiene también varios frigoríficos y grandes aserraderos.

La capital de la provincia, es Santa Fe, fundada por Don Juan de Garay en 1573.

La principal ciudad de la provincia de Santa Fe es Rosario, con más de cuatrocientos mil habitantes.

Rosario, a orillas del Paraná, es la segunda ciudad de la República por la población, el comercio y la industria.

En las barrancas del río Paraná y no lejos de la ciudad de Rosario, el inmortal Manuel Belgrano creó nuestra hermosa bandera y la enarboló por primera vez al inaugurar las baterías Independencia y Libertad en 1812.

Un poco al norte de Rosario se halla el pueblo de San Lorenzo, que nos recuerda el primer triunfo de San Martín con sus granaderos a caballo.

Son dignos de mención por su desarrollo los siguientes centros de población: Rafaela, Villa Constitución, Helvecia, Reconquista, Villa Casilda, Esperanza, San Cristóbal, Rufino, San Javier, Coronda, Sastre y Venado Tuerto.

La agricultura es la principal fuente de riqueza de la provincia. Abarca no menos de 4 ½ millones de hectáreas entre alfalfa, trigo, lino, maíz, cebada, avena y alpiste.

En los bosques del norte y centro encuéntrase: el algarrobo, laurel, quebracho blanco y colorado.

Este último se explota para durmientes de ferrocarriles alcanzando dicha explotación a 400.000 toneladas al año.

No lejos de la ciudad de Santa Fe, hállase el pueblo de Guadalupe en donde se alza el hermoso templo de Nuestra Señora de Guadalupe, cuya veneranda imagen de la Virgen del mismo nombre, patrona de la provincia, fué solemnemente coronada en el año 1928.



## 17. LA FIDELIDAD

El famoso Dionisio, tirano de Sicilia, condenó a muerte a un hombre. Lágrimas y ruegos fueron inútiles; nada fué capaz de conmover aquel corazón de piedra.

—Dionisio — le dijo entonces el reo, — te voy a pedir un postrer favor.

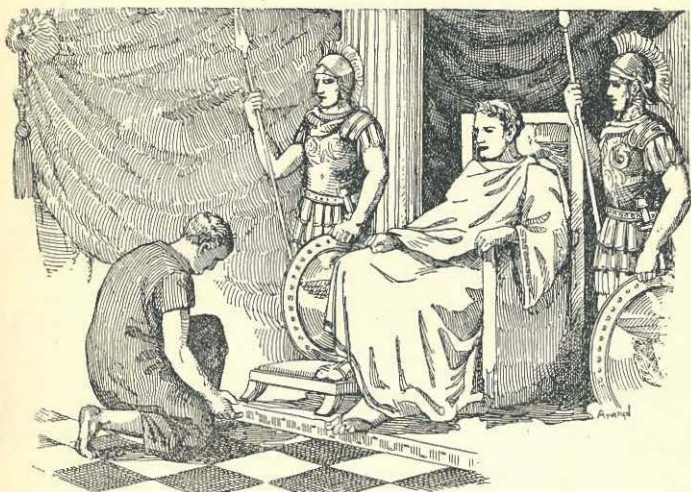
—Todo te lo concedo, excepto la vida.

—Tengo mujer e hijos; los negocios de mi casa se hallan harto confusos; mi familia quedará completamente arruinada, si no voy yo mismo a arreglarlos.

—Eso es imposible.

—Escucha, Dionisio: yo soy un hombre que cumplo mi palabra; si me concedes diez días te juro por los dioses que antes de terminar el plazo, me tendrás a tu disposición.

—Repito que no puede ser.



—Dime: si encuentro un amigo que se encierre en la prisión y responda con su cabeza de la mía, ¿me darás, ¡oh Rey! la licencia?

—Sí. Te la concedo con esa condición. ¿Cuántos días necesitas?

—Diez.

—Si hay alguno que responda por tí, te daré veinte.

Aquella misma tarde estaba el reo viajando y uno de sus amigos en la prisión; pasaron diez, doce, quince, dieciocho días; llegó el vigésimo y todo se hallaba preparado para la ejecución, sin

que el verdadero condenado se hubiese presentado.

Dionisio fué a la prisión y encontró al encarcelado cantando de muy buen humor.

—¿Sabes qué día es hoy? — preguntó el Rey sorprendido.

—Lo sé, Dionisio: es el vigésimo.



—¿Sabes a qué hora tendrá lugar la ejecución?

—A las doce.

—¿Sabes qué hora es?

—Las once.

—¿Y no temes la muerte?

—Sé que no moriré.

—¿Esperas acaso que te perdone?

—No; espero que venga mi amigo y vendrá.

Dionisio contempló lleno de asombro la fe de aquel hombre, y quedó mudo un largo rato.

Sonó la hora fatal; sacaron al reo al sitio de la ejecución, y Dionisio fué siguiendo al acompañamiento hasta el mismo cadalso. El verdadero condenado no se presentaba.



—¿Esperas todavía?

—Sí; espero.

El verdugo afilaba con una piedra la espada homicida que le había de cortar la cabeza.

De repente se oyó una voz que gritaba: ¡Espera! Y se vió a un hombre que se abría paso por entre la muchedumbre.

—Hélo aquí, dijo Dionisio. Tenías razón.

En efecto, el verdadero reo llegó al pie del caldoso.

—Señor, — exclamó postrándose a los pies del Rey: — ¡Gracias, gracias!

Después abrazó a su amigo, y dirigiéndose al verdugo, exclamó:

—Aquí tienes mi cabeza: córtala.

—No; yo os perdono a los dos, añadió Dionisio; pero impongo una condición.

—Dila.

—Sois dos amigos: quiero que en lo sucesivo seamos tres.

*A. R.*

□ □

## 18. VAYA UNA RESPUESTA

Cabalgaba un día Perico sobre un asno muy taimado y le dije: —Ten cuidado no te arroje ese borrico.

—No imagines — contestó — que el burro logre tirarme; a ingenio podrá ganarme, pero en fuerzas, venzo yo.

□ □

## 19. ESPEJO PARA EL NIÑO



¡Qué simpático es Pedro! Da gusto verle: cara, cuello y manos limpias, peinado el cabello, los vestidos sin una mancha, brillante el calzado, el nudo de la corbata bien hecho, sin afectación.

Sale de su dormitorio, de mañanita, alegre, como unas pascuas, después de haber cumplido con sus deberes de niño cristiano.

El primer saludo es para sus padres. Luego toma su desayuno y estudia todo el tiempo necesario para dar buena cuenta de sí en la clase. Estimulado por un noble amor propio, no quiere

Pedrito quedar mal delante de sus condiscípulos ni dar ocasión de enojo al maestro.

¡El maestro! ¡Oh y cómo lo respeta! Pedro sabe que el maestro, en la escuela, ocupa el lugar de sus padres, por esto le ama y le obedece, aun cuando éste le dé alguna penitencia no merecida, pensando que, otras veces, la habrá merecido y no se la ha dado. Sin su permiso, no se atreve a hablar ni a moverse del asiento.



Tiene por una falta de urbanidad, de respeto y de gratitud, como efectivamente lo es, el manchar, rayar o agujerear las paredes, mesa, bancos y demás enseres de la escuela.

De entre los condiscípulos, ha escogido por amigos a los que son más religiosos, más aplicados, más pacíficos, que no suelen reñir, ni poner sobrenombres injuriosos, que nunca se permiten hacer ni decir cosa alguna menos decente.

A los sacerdotes reverencia, como a ministros

de Dios. Por esa razón, les saluda siempre que les encuentra, recibe sus consejos y advertencias con docilidad; jamás se junta con los que hablan mal de ellos.

El templo es, en el concepto de Pedro, y no se equivoca, el sitio más digno del mundo, la casa de Dios, lugar de oración y antesala del paraíso.

—¡Con qué devoción oye la Santa Misa, los días festivos, rezando las oraciones del devocionario!

Con este **tenor de vida** ¿a quién causará admiración el que pase los días y aún las semanas y meses, sin manchar su alma con pecado alguno?

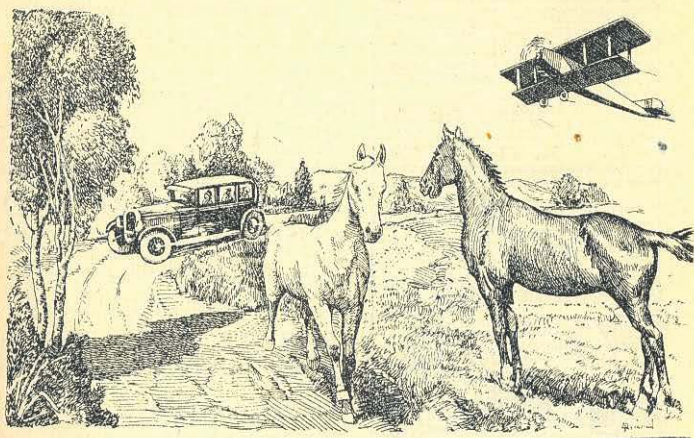
No obstante, antes de acostarse jamás deja Pedro de pedir perdón de las faltas en que haya caído durante el día; devotamente arrodillado, hace un fervoroso acto de contrición, rezando el "Pésame Dios mío"... más con el corazón que con los labios.

Obrando de esta suerte, no es de maravillar que Pedrito sea amado de sus padres, los cuales le proponen como ejemplo a sus hermanitos; apreciado de su maestro, que, al fin del curso, recompensa su conducta y aplicación con el primer premio; querido de sus discípulos, para quienes es un modelo de fieles compañeros, de buenos escolares y de niños verdaderamente cristianos.

**Tenor de vida** — Modo de vida.

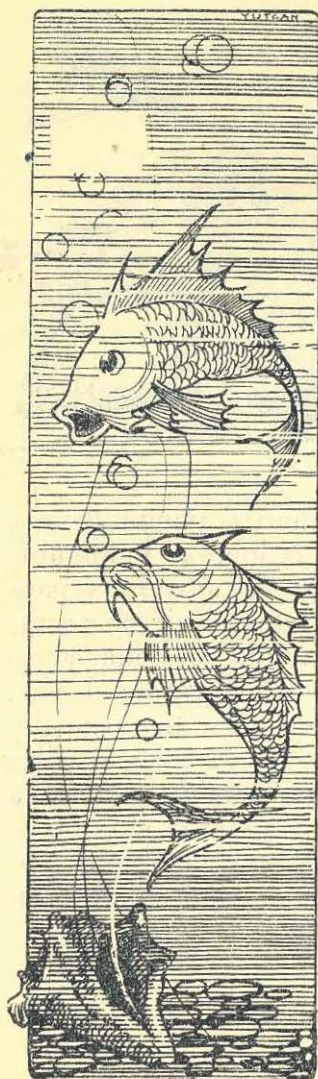


## 20. SERAS VENCIDO



Vuela el pingo por la anchurosa pampa llevando orgulloso sobre su potente lomo al indomable gaucho rey de la llanura. No hay misterios; para él no hay distancias. Los siglos lo vieron pasar. Pero vino un día; una máquina atrevida, arrojando hediondo respirar le quitó la corona de rey, le ganó la carrera. No quiere darse por vencido. Su nariz dilatada, sus crines al aire corre y corre. Inútil porfía. El ingenio del hombre ganó a la noble sangre del caballo. Mas, pronto, muy pronto, el pájaro gigantesco y feo se vengó de la máquina que se arrastra y... ganó la carrera. ¿Cuál será el invento que al fin gane?

## 21. VIAJE EN BUSCA DE LIBERTAD



*Cuento dedicado exclusivamente  
a los jóvenes*

Pues, señor, es el caso que a unos peces, que vivían libremente en sus **prisiones de zafiro y cristal**, se les ocurrió que así, como Dios les puso, no estaban bien. Que debían ser libres, más libres, abandonando su elemento nativo, y, o volar por el aire, como los pájaros, o andar por la tierra siquiera fuera arrastrándose, como las serpientes. Esto último les pareció más razonable.

Los primeros en concebir esta idea la comunicaron a otros, como los ángeles rebeldes, y fué tal la propaganda entre pececillos poco advertidos y "peces gordos", que al fin resolvieron reunirse en junta magna, para **excogitar** los medios de romper su encierro eficazmente, y, sobre

todo, de llevar a cabo la empresa con heroica resolución, pese a quien pese.

He aquí lo principal de sus exagerados discursos, según tradición.

*Un sollo.* — ¡Somos unos estúpidos! ¿Quién sino nosotros habita en un elemento que nos tiene siempre mojados? ¿A que no persuadiréis a las aves, que un tiempo estaban en el agua como nosotros, a que tornen a morar en su mansión primitiva? Más civilizadas, más sabias, han sabido progresar, y cruzan la atmósfera libremente. ¡Nosotros alzamos la vista, y las vemos, llenos de envidia, mientras nos resignamos a yacer torpemente sumergidos bajo las olas!... (Profunda emoción).

*Salmonete.* — Es imposible... ¡imposible! enumerar los peligros que nos acosan aquí por todas partes. Ya es un enorme cachalote, ya una banda de tiburones, ya un rebaño de delfines, ya, en fin, tantos y tantos peces que llaman mayores... ¡Ay! en medio minuto hacen miles y millones de víctimas, sólo para un ligero desayuno. ¡Señores! es o no inaguantable: ¿Quién no lo ve? ¡Y aun tienen agallas algunos peces para aconsejarnos el sufrimiento! (Aplausos).

*Una trucha.* — Si supieran esos borricos, más sufridos que todos los borricos la diferencia que hay de la florida tierra, al seno húmedo de los mares, no dijeran tales despropósitos.

*Muchos.* — ¡¡¡Viva!!!

*Un arenque.* — Señores: ya aquí no se puede vivir. Yo me he visto cien veces acosado con toda mi tribu por las lanchas pescadoras, que con infernales redes nos atrapan a montones. Otras

veces, apenas asomábamos la cabeza a la superficie del agua, nos perseguían a muerte las gaviotas y los patos marinos. Hoy, por milagro, estoy vivo, después de haber visto desaparecer a casi toda mi parentela... Señores: ¡Viva el liberalismo!

*Todos.* — ¡Viva! ¡Viva!

*Algunos.* — ¡Viva el abismo!

Y los oradores y el numeroso concurso que los rodeaba, marcharon intrépidos en compacta formación hacia la ribera para salvarla de un salto, y entrar en el concierto de las naciones civilizadas.

Los más diminutos eran los más audaces y entusiastas, e iban a la cabeza de aquel pelotón, o más bien inmenso banco heterogéneo, que contaba unos 120 millones, como los Estados Unidos.

Al salir a tierra los delanteros, entre el dolor vivísimo que producía en sus agallas el aire seco del medio ambiente nuevo, se sienten atrapados por multitud de muchachos, hijos de pescadores, que no parece sino que los esperaban, y con presteza los arrojan en hondos cestos. Los siguientes ven una numerosa banda de gaviotas, que estaban acechándoles y que con suma destreza los toman en el aire y se los zampan. Gran parte del resto al volverse atrás se encuentra en las fauces de los "peces gordos", que habían tenido buen cuidado de no salir del agua, y les aguardaban abiertas sus anchas bocas, y en un momento los devoraron, haciendo más estragos en la expedición que los pescadores y las gaviotas juntas.

Los pocos pececillos que escaparon, como por casualidad, de la horrorosa matanza, buscaron



en lo más hondo del **piélago** un escondite, echando mil pestes contra el liberalismo y sus libertades de perdición. Y ha sido en vano que los peces gordos hayan tratado posteriormente de **soliviantar** sus ánimos.

**Prisiones de zafiro y cristal** — Se entiende por las aguas del mar.

**Zafiro** — Una piedra preciosa.

**Excogitar** — Discurrir, meditar.

**Piélago** — Océano, mar.

**Soliviantar** — Inducir a la revuelta.



## 22. LA EXAGERACION

José de Maistre escribió una frase que copiamos sin comentarios: "*La exageración es la mentira de la gente honrada*".

Alguien dijo irónicamente de la exageración, que ella es un *exceso* de sinceridad. Claro está que es indicio de falta de sinceridad.

Para las personas exageradas todo es *superlativo*.

Si cae la lluvia, es la más torrencial que jamás se haya visto. Cada día, según la estación, es el más caluroso del verano o el más frío del invierno. Si concurren unos bobos a un acto social cualquiera, la concurrencia era la más selecta, o bien, *todo el mundo* estaba presente. Si la abundante cena de la noche ha sido causa de una ligera pesadilla durante el sueño, se pregona a los cuatro vientos que no se ha dormido cinco minutos en toda la noche. Se hacen cinco minutos de espera, y se publica a todos que han sido dos horas. Un prójimo ha cometido un desliz, y se dice de él que se ha entregado a todos los diablos... Y así por el estilo.

No seáis nunca exagerados en vuestras afirmaciones.

## 23. LAS FLORES A LA VIRGEN DE LUJAN

*Son tuyas. La admirable primavera,  
Para ti las produce.  
El amor que le inspiras lo traduce  
De tan grata manera!*

*Son tuyas, sí, las flores, que a millares  
Se abren, ricas de galas.  
Que volarían si tuvieran alas  
A adornar tus altares,*

*Que convierten la brisa en incensarios  
De sus aromas puros,  
Para que vayan a besar los muros  
De tu bello santuario...*

*Son tuyas, sí, las flores; ni siquiera  
Un pétalo de rosa  
Sin consagrártelo, ¡Virgen gloriosa!,  
Deja la primavera.*

*Tuyas, muy tuyas, son todas las flores...  
Pero, las almas santas  
Son las flores que triunfan, entre tantas  
Y roban tus amores!*

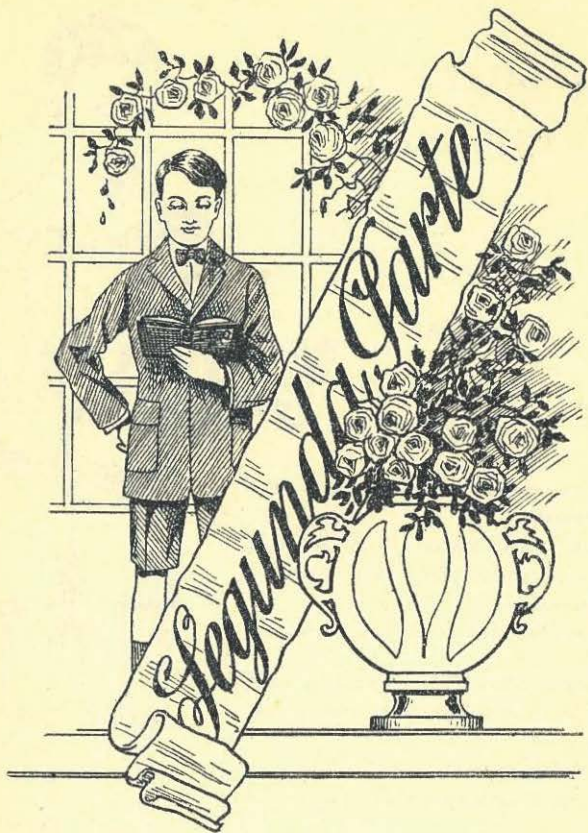
SILVIA FERNÁNDEZ



## 24. CONSEJOS DE HIGIENE

Abrid las ventanas lo más a menudo y el mayor tiempo posible. Dejad entrar el sol. No os coloquéis en la parte oscura de la habitación; debe trabajarse cerca de la ventana.

De vez en cuando, mientras esté la ventana abierta, estirad los brazos y al mismo tiempo, echaos hacia atrás, apoyándoos en el respaldo de la silla y haciendo profundas aspiraciones por la nariz.



*Sólo los grandes corazones conocen la gloria que hay en ser buenos.*

FENELÓN

*El placer de la virtud es el único que no fastia.*





## 25. MIRANDO AL CRUCIFIJO



A UN NIÑO

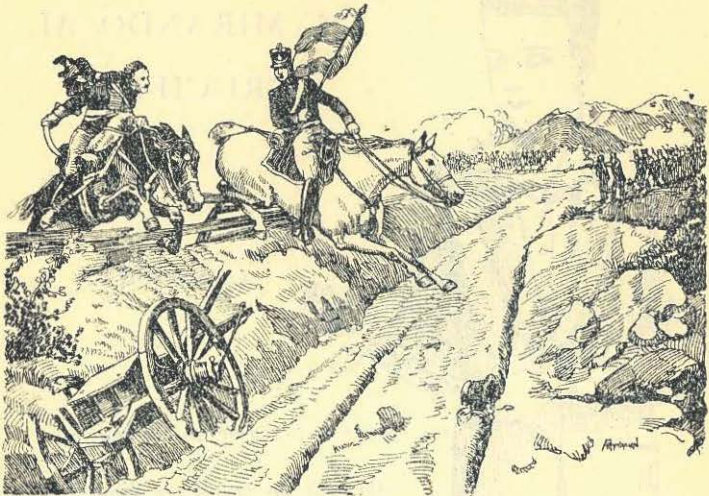
*Si yo te pregunto que cuánto me  
[quieres,  
Abriendo los brazos me dices: "Así".  
Les gusta a los niños medir los  
[quereres,  
Y esa es tu medida: cuanto cabe en tí.*

*Mira el Crucifijo. Tu corazoncito,  
Que es muy comprensivo para el  
[padecer,  
Ya tiene intuiciones de amor infinito...  
A inmensos ideales despierta tu sér...*

*Contempla a un Dios hombre, que  
[amando redime...  
Pregúntale cuánto te quiere él a tí...  
Abriendo los brazos, el Mártir sublime  
Sobre ese madero, diríate: "Así".*

SARA MONTES DE OCA  
DE CÁRDENAS.

## 26. LA BANDERA DEL BATALLON DE "CUZCO"



Cuando en el campo de Castañares ya sólo resistía el centro del ejército real, el alférez que sostenía la bandera del batallón del Cuzco, la agitó gallardamente con un movimiento que era a la vez de aliento para los soldados que combatían a su sombra y de reto para los que atacaban.

Don Mariano Benítez, que formaba parte del célebre cuerpo de caballería patriota los "Decididos de Salta", **enardecido** por la lucha y el entusiasmo, se lanzó a gran galope sobre las filas enemigas y aprovechando el instante de estupor que su arrojada acción causó en los realistas, arrebató la bandera de manos del **alférez** que la agitaba.

No bien la tuvo en su poder, cuando un oficial español, reaccionando y deseoso de recuperar la

enseña perdida, levantó el brazo y asestó una terrible cuchillada al atrevido patriota, produciéndole una profunda herida en la cabeza.

Benítez, al sentirse alcanzado por el arma de su contrario, partió rápidamente a reunirse a los suyos, seguido de su fiel asistente, un negro, esclavo de su familia, que sentía gran cariño por su amo.

Los españoles, viendo que se les iba de entre las manos, hacíanle un fuego terrible, mientras que los argentinos al verle avanzar, lleno el rostro de sangre y en alto la bandera que tan audazmente había conquistado, le tomaron por un enemigo y le recibieron a tiros, a pesar de las grandes voces que daba el negro, gritando: ¡No tiren, no es enemigo; es mi amo, don Mariano Benítez, más patriota que todos ustedes!

El jefe del batallón más avanzado, don Manuel Dorrego, lo conoció al fin y le gritó bien alto: ¡Benítez, oiga, abata esa bandera! pero aquél, ya fuera porque no le oyera o por otra causa, no obedecía. Dorrego, para sacarle de la posición peligrosa, se le fué encima, tomó la enseña, y partió a ofrecerla a Belgrano, a tiempo que Benítez caía desmayado del caballo, debilitado por la emoción y la pérdida de la sangre.

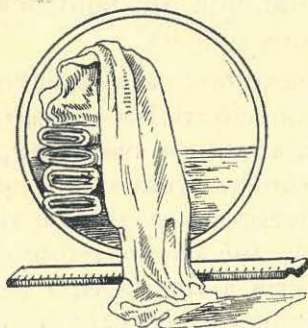
Días después, Belgrano le envió los despachos de capitán, que Benítez devolvió agradecido, diciendo: que como no pensaba seguir la carrera militar, pues sólo había tomado las armas para ayudar a vencer al invasor del suelo natal, renunciaba al grado que se le ofrecía y que no podía utilizar, quedando suficientemente pagado, "con

haber tenido el honor de haber derramado su sangre por la patria”...

Benítez, que tenía un negocio de tienda en Salta, al dejar la espada, volvió a tomar la vara para atender a sus parroquianos. Jamás **mentó** su acto de heroísmo, y cuando alguna vez se hacía referencia a su hazaña, él, modesto en extremo trataba de quitarle importancia, diciendo que sólo el trastorno producido en su naturaleza por el olor de la pólvora pudo lanzarle a ejecutar un acto que de seguro no hubiera realizado a haber gozado de su natural serenidad.

¡Así eran aquellos hombres!

*J. M. Aubín*



**Enardecido** — Excitado mucho.

**Alférez** — El oficial que lleva la bandera.

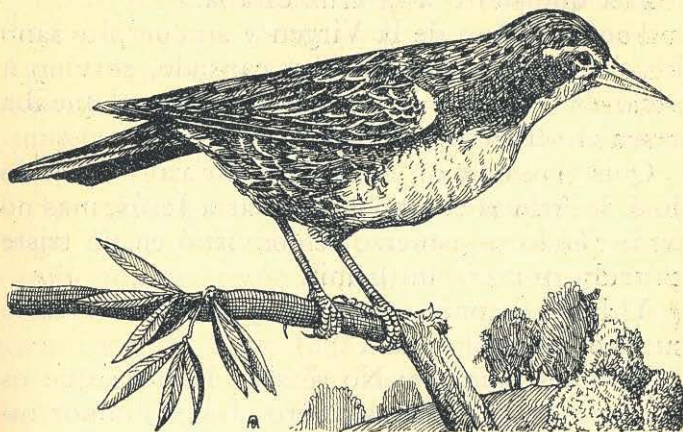
**Mentó** — Hizo mención.

□ □



## 27. EL PAJARITO DE PECHO COLORADO

(LEYENDA)



Era una tarde triste, triste, como la tristeza de Dios.

En Jerusalén las calles estaban rebotando de judíos, que iban y venían envueltos en sus túnicas con la cabeza baja, la desesperación en sus semblantes, las barbas en desorden.

Los pájaros de los contornos ensayaban en sus arpas armoniosas las más tristes canciones.

**A la vera** del camino donde Jesús cayera, cantaba, posado sobre un **terebinto**, un cántico muy triste un precioso pajarito de plumaje negro y brillante. Estaba frente a Jesús, que desde otro árbol donde pendía, por nuestro amor crucificado, elevaba al cielo su plegaria de perdón.

Las tinieblas le sorprendieron a él también, ¡pobre avecilla!, en medio de su triste **elegía** y... azorado voló sin rumbo fijo.

Y en su vuelo chocó su pechito contra una de las espinas del divino Jesús. Dió un gemido triste de dolor y fué a caer sin sentido al regazo de María que junto a la cruz estaba.

Tocó la mano de la Virgen y su cuerpito sanó y voló de nuevo hasta que, cansado, se vino a posar en un olivo de los que rodeaban el que iba a ser el sepulcro del Señor.

Quiso ensayar un nuévo y triste canto cuando José de Arimatea vino a enterrar a Jesús, mas no pudo. Todo su esfuerzo se convirtió en un triste chirrido que era un gemir.

Y desde entonces viste el pajarito del Calvario su "pechito colorado".

Lectores amables: No sé si la historia que os he contado sucedió así, pero sí sé del amor infinito de Jesús a los hombres, y sé que a vuestras almitas, que Jesús tanto ama, ha dejado su huella desde el bautismo, la sangre de Jesús.

Como la del "pechito colorado", esa huella es indeleble. Mirad que no la profanéis, que no la manchéis con el pecado.

*Vere*

**Leyenda** — Una historia que no es verdadera.

**A la vera** — A la orilla.

**Terebinto** — Arbolito del Oriente.

**Elegía** — Canción corta y triste.



## 28. VISITANDO LA PROVINCIA DE ENTRE RÍOS

Entre Ríos, situada entre los grandes ríos Paraná y Uruguay, forma parte de la Mesopotamia Argentina, junto con Corrientes y Misiones. El aspecto de esta provincia es el de una llanura sumamente fértil que ha merecido se la llame, el "Jardín del Litoral".

Sus principales producciones vegetales son: trigo, lino, maíz, alfalfa, avena, cebada, abarcando una extensión de 570.000 hectáreas.

En el reino animal, Entre Ríos ocupa el segundo puesto entre todas las provincias argentinas; en ella se crían en efecto, no menos de 12 millones de cabezas de ganado.

La fruticultura: naranjos, mandarinos, durazneros, vid, etc., ocupan unas 15.000 hectáreas.

No menos de 120 bodegas y varias fábricas de aceite, cremerías y molinos harineros constituyen una buena fuente de riqueza.

Hállanse también en esa provincia canteras de yeso, cal y piedras de construcción.

La capital de Entre Ríos es Paraná, sobre el río del mismo nombre, frente a frente de Santa Fe.

Un viajero dice que Paraná es, de todas las ciudades argentinas, la que ofrece un aspecto más hermoso al ser contemplada de lejos.

Fué capital de Las Provincias Unidas del Río de la Plata, desde 1854 hasta 1861.

En una de sus plazas se eleva la hermosa estatua del General don Justo J. de Urquiza, el más ilustre hijo de Entre Ríos, que fué el primer pre-

sidente de la República Argentina y el vencedor de Rozas en la memorable batalla de Caseros (1852).

Los poetas Olegario V. Andrade y Gervasio Méndez fueron también naturales de esa provincia.

La principal industria de Entre Ríos es la ganadera con sus derivados: frigoríficos y **curtidurías**.

El comercio de esta provincia se hace por medio de los ríos Paraná y Uruguay y de sus ferrocarriles, los cuales empalman con los de Buenos Aires por el ferry-boat de Ibicuy a Zárate.

**Curtiduría** — Donde se prepara el cuero para hacer calzado.



## 29. ¿POR QUE SE ENCIENDEN LOS FOSFOROS?

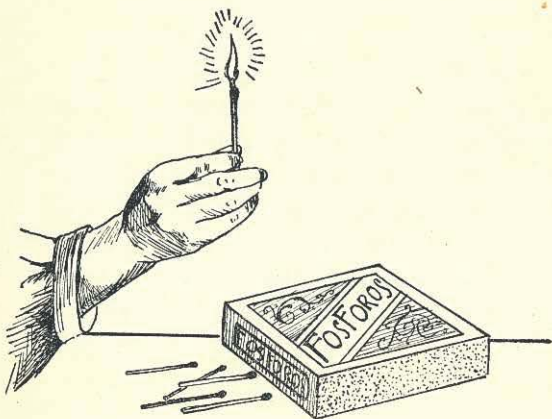
Los fósforos son muy útiles y muy interesantes al mismo tiempo. Mucho hay que hablar acerca de ellos; pero ante todo, contestemos a la pregunta inmediatamente. Un fósforo se enciende porque se calienta al frotarlo.

Sabemos perfectamente que para que la frotación sea más fuerte hay que rozar el fósforo contra algo que sea áspero. Esta aspereza contra la cual se frota el fósforo, entorpece el movimiento del mismo, y esto es lo que queremos significar por frotación, la cual calienta el fósforo.

Fácilmente podemos comprobarlo, frotando la

yema del dedo contra la ropa; a los pocos segundos sentiremos calor en la parte frotada del dedo.

Ahora bien, toda cuestión acerca del fósforo estriba en que su cabeza está formada por una mezcla de materias a las cuales nada sucede si se conservan en estado fresco; pero que tan pronto como se calientan suficientemente, se encienden, es decir, se combinan con el oxígeno del aire y arden.



Nuestro objeto es obtener una mezcla especial que puede sostenerse en el extremo de un trozo de madera o de cosa parecida y encenderse calentándola como si fuese por frotación.

Hace ya unos cien años, apareció el primer **mixto** de frotación y de ellos, los mejores necesitaban ser frotados un buen rato en dos tiras de papel de lija para obtener fuego. Más tarde comenzó a usarse el curioso elemento llamado fósforo, que significa, “portador de luz”, y se fabricaron mixtos muy parecidos a los que usamos

ahora. La propiedad **peculiar** del fósforo es que se inflama en el preciso momento en que lo necesitamos. Sin embargo, hay en él otras sustancias y especialmente una conteniendo oxígeno, que puede suministrarlo para arder mucho más pronto que el oxígeno del aire.

Por eso se produce una pequeña explosión al frotar un fósforo. Claro está que hay cierto peligro en tener materias fácilmente inflamables, y así, si llevamos fósforos sueltos en el bolsillo, nos exponemos a que, por efecto del roce, se inflamen. Por eso se ha estudiado la forma de fabricar una clase de fósforos que pudiesen encenderse a voluntad, sin el peligro de inflamarse casualmente. Hace ya cincuenta años, se inventó esa clase de mixtos, que se llamaron de seguridad. La propiedad que tiene es que sus cabezas carecen de fósforo, hallándose éste en la parte exterior de la caja y de esta suerte no pueden encenderse hasta que se los frota en ella.

**Mixto** — Fósforo, cerilla.

**Peculiar** — Particular.



### 30. LA TEMPESTAD APACIGUADA

En uno de sus viajes apostólicos, el Maestro se detuvo un día a orillas del lago de Genezaret. Sentado sobre la blanda hierba, entre la cual empezaban a brotar las primeras flores primaverales, enseñaba al pueblo los misterios del reino de Dios.

Una luz suave y vaga se extinguía lentamente. Las sombras de la noche caían sobre el lago y se **esfumaban** las cimas de las montañas de Galilea. Una poesía infinita lo invadía todo. Monótonas y lentas, las olas iban a morir a la playa.

Cristo había callado. Silenciosa y recogida, la multitud esperaba.



De repente levántase el Salvador.

—Pasemos a la otra orilla — dice.

Los discípulos obedecen. Rápidamente largan la vela. Jesús salta a la barca.

El lago está tranquilo y liso como un espejo, en el cual se refleja el firmamento. Los remos se levantan y vuelven a caer cadenciosamente, abriendo surcos blanquecinos. A impulso de una brisa embalsamada que viene de tierra, la embarcación avanza rápidamente.

El día había sido de prueba para el Maestro. Sentado a popa, con la cabeza apoyada en un almohadón, no tardó en dormirse.

Al cabo de unos instantes, sin que nada lo hiciese prever, se desencadenó una fuerte tempestad. Las olas se encrespaban, se alzaban imponentes como verdaderas montañas. La mísera embarcación se hallaba a merced de las ráfagas de viento y de los caprichos de las aguas.



Familiarizados desde hacía muchos años con el lago, que en su rudo oficio de pescadores cruzaban constantemente en todos los sentidos, los Apóstoles no habían visto todavía una tempestad tan violenta.

Se asustan, tiemblan. Una racha de viento podía hacerlos **zozobrar** o arrojarlos contra los arrecifes. A cada instante aumentaba el peligro.



Y mientras ellos hacen esfuerzos desesperados para conservar el equilibrio y luchar contra el huracán, el Maestro duerme tranquilamente.

Creyéndose perdidos, los discípulos, aterrados, le despiertan. ¡Maestro, Maestro, sálvanos! ¡Perecemos!

Entonces Jesús, se levanta. Con el ademán amenaza al viento, y El, soberano de los elementos, dice al lago:

—¡Cesa de rugir! ¡Sosiégate!

A su voz el viento y las olas obedecen cual dóciles servidores.

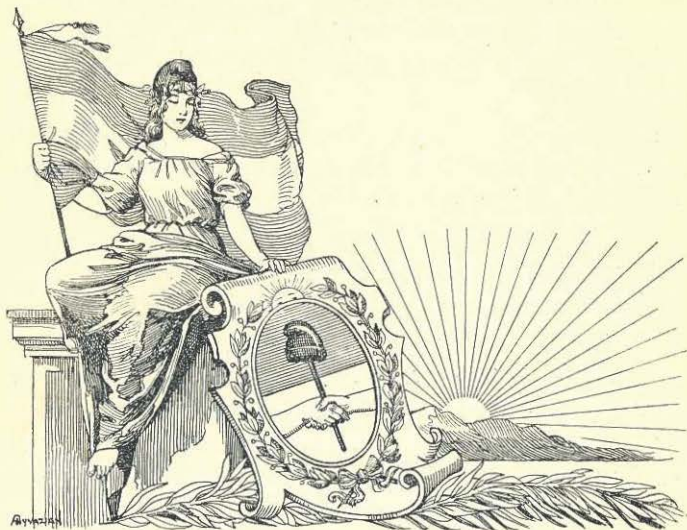
Queda de nuevo una noche serena, hermosa. Las nubes se disipan. Las estrellas brillan con vivísimo fulgor. La luna acaricia con sus trémulos y pálidos rayos las apacibles aguas y pone en el lago argentados reflejos.

Amados niños y jóvenes, cuando os sintáis amenazados por algún peligro, llamad a Jesús que acudirá en vuestro auxilio y os ayudará a triunfar. Si Jesús está con vosotros, podréis desafiar al universo entero: nada ni nadie será capaz de desviaros de vuestro deber, del camino del bien y de la virtud.

**Se esfumaban** — Se iban desvaneciendo poco a poco.

**Zozobrar** — Darse vuelta la embarcación y perderse.

## 31. LA ARGENTINA



*Es mi patria la Argentina  
Fértil región de la tierra,  
Y en sus entrañas encierra  
Fecundos frutos de amor.  
Es la estrella más hermosa  
De este cielo americano,  
Cuyo brillo soberano  
Subyuga por su esplendor.*

*Muy grande es la patria mía,  
Rica, noble, generosa;  
Es la nación más gloriosa  
Del hemisferio del Sud.  
Y en el campo del combate,  
Luchando por sus hermanos,  
Supo destrozar tiranos  
Con homérica virtud.*

*Bella, majestuosa, altiva,  
Veloz como el pensamiento  
Cruza el azúl firmamento  
Donde tomó su bandera;  
Y los hombres de la tierra,  
Con fraternales anhelos,  
Se abrazan en este suelo,  
Patria de la fe sincera.*

*Grandes, soberbias montañas  
La guardan por Occidente;  
Al Norte el trópico ardiente,  
Al Este y Sud el Atlante.  
En su faz risueña ostenta  
Magnos bosques seculares,  
Con sus ríos como mares  
Y su pradera gigante.*

*Heredamos del ibero  
La bravura, la porfía,  
La castellana hidalguía,  
La constancia y el valor.  
Y la audacia americana,  
La precoz inteligencia,  
Prométenos de la ciencia  
Su providencial favor.*

*Sus héroes, ¡quísolo Dios!  
En cien batallas probados,  
No fueron jamás atados  
Al carro del vencedor.  
Y con esfuerzo inaudito,  
Con inspirados ideales,  
Derramaron a raudales  
Su sangre por el honor.*

*¡Manes de mi patria amada,  
Guerreros, sabios, soldados,  
Estadistas, magistrados  
De la región inmortal!  
Velad por este gran pueblo  
Que vuestro nombre venera,  
A fin de que nunca muera  
Esta nación colosal.*

*Tú, mi Dios, poder sublime,  
Que das leyes al destino,  
Haz que este pueblo Argentino  
Victorioso siempre sea;  
Y que invocando tu nombre,  
Con piadosa gratitud,  
Alcance la plenitud  
Que de grandeza desea.*

ISAAC LARRAIN

**Subyuga** — Atrae y domina.

**Homérica** — Muy grande, casi increíble.

**Atlante** — Océano Atlántico.

**Seculares** — De siglos.

**Hidalguía** — Nobleza generosa.

**Inaudito** — Nunca oído.

**A raudales** — En gran cantidad.

**Manes** — Dioses protectores.

□ □

## 32. PRESENCIA DE ANIMO

En un camino desierto, un ladrón, revólver en mano, avanza contra un ciclista.

—¡La bolsa o la vida!

—Mire usted, llevo en el bolsillo unos dos mil pesos, pero son de mi patrón. Si os los doy, deberé pasar por ladrón. Para poder demostrar palmariamente que he sido agredido, dispáreme tres tiros contra este ala del abrigo; ahora tres contra esta otra... otros tres al sombrero... otros...

—Os aseguro que no me queda ninguna bala más.

—Eso es lo que yo quería, ni más ni menos; con que ¡adiós! y recuerdos.

### 33. COMO SE HACE LA PESCA EN LA REPUBLICA ARGENTINA



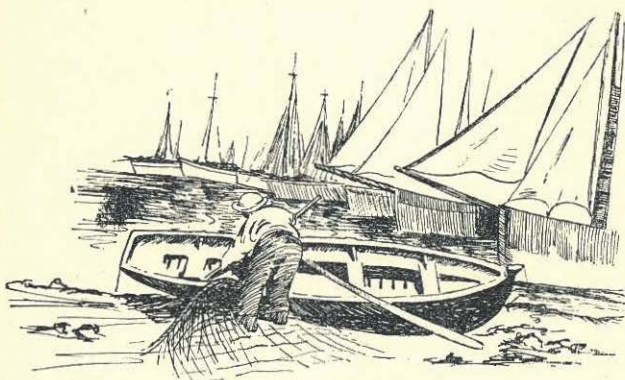
Cuando debe efectuarse la pesca mayor, un viaje dura alrededor de seis días, de los cuales casi tres se ocupan en el recorrido de ida y vuelta a los lugares señalados en el Océano, para ese trabajo.

En el sitio ya designado, generalmente a larga distancia de las costas, se alistan las redes de dimensiones considerables. Las que emplea en la actualidad la sociedad anónima Gardella, en sus vapores de pesca, tienen generalmente veinte metros de diámetro por cincuenta de largo, presentando en la parte superior dos especies de brazos, por los cuales están sostenidas; en el cen-

tro una gran abertura, y en el fondo una tram-

pa en la cual entran los peces al meterse en la red, siéndoles imposible salir de allí.

Las redes están sujetas por fuertes cabos a máquinas a vapor, que son las destinadas a darle mayor arrastre y profundidad y retirarlas en los momentos que sea necesario.



El sistema empleado para la pesca es por demás curioso. Las horas que generalmente se emplean para obtener el mejor resultado, son las del amanecer y las últimas de la tarde, es decir, en los momentos aquellos en que existe una especie de media luz. La tripulación de los barcos actualmente destinados a estos trabajos, está constituida por una totalidad de 15 a 20 hombres, de los cuales sólo media docena se dedican al trabajo de la red.

Llegado el momento, todo el enorme aparejo se lanza al mar en lugares profundos y de los que son más señalados para esta clase de labor.

Por medio de las máquinas de a bordo se amplía la extensión del cabo que sostiene la red, y

se pone en movimiento al barco en la dirección más propicia.

Cuando ya se ha caminado una milla, la red ha llegado a las 50 ó 60 **brazas** de profundidad, circunstancia en la cual se imprime mayor velocidad al buque.

El personal ya no se ocupa mayormente de ese trabajo por un espacio de dos horas, y cuando se calcula que ya la red puede estar cargada con un buen número de peces, sin parar la marcha, se empieza a recoger los cabos que la sostienen.

Esta medida es tomada por el hecho de que si el barco se detuviera, una buena parte de los peces podrían salir fácilmente de su prisión.

Cuando los cabos ya están en su totalidad enrollados y la parte superior de la red queda a la vista, entra en funcionamiento la grúa, en la cual aquélla es enganchada, y se empieza a efectuar la extracción total, con los consiguientes cuidados, pues al menor descuido puede malograrse la labor de muchas horas.

De esta manera es extraída la totalidad de la red, la cual, con todo el producto de la pesca, es lanzada en la cubierta especialmente dispuesta para ello.

Los prácticos tripulantes abren los extremos inferiores del depósito de la red, que antes de echarla al agua es atada fuertemente con cabos y minutos más tarde decenas de miles de pescados saltan en todas direcciones y se muerden entre sí, en la lucha titánica que deben sostener, entre la vida y la muerte por asfixia.

Imposible de describir resulta, en verdad, la cubierta del barco llena por completo de las más raras y diversas variedades, desde la más vulgar hasta la desconocida y reclamada por los museos o los centros de historia natural.

Con una rapidez asombrosa, ese grupo de hombres que forman parte de la tripulación, da de inmediato comienzo a la tarea de seleccionar las especies aceptables y las que no tienen entrada en el mercado.

Las primeras se distribuyen por orden de clases y categorías y a medida que son seleccionadas se las coloca en los cajones, dentro de los cuales deben ser conducidas hasta el mercado consumidor.

Las clases que no tienen aceptación, son devueltas al agua y esos peces que aún vivos habían pasado angustiosos momentos, a la espera de la sentencia de los "jueces", vuelven coleteando al líquido elemento; una vez en él saltan a la superficie como con el propósito de dar una última mirada al barco en el cual estuvieron a punto de encontrar la muerte y después se sumergen en la profundidad de las aguas.

Mientras esta operación se realiza nuevamente es arrojada la red y el buque se pone en marcha otra vez para dar margen a la segunda recolección de peces.

En pocas horas las distribuciones se han terminado y los pescados aun vivos y coleteando son llevados a la cámara frigorífica, pues hay varias especies de ellos que pueden resistir esa situación por varias horas.

De la misma manera se continúa la labor du-

rante los tres o cuatro días que se destinan a la recolección, hasta que una vez con la cantidad neta, se dispone la vuelta a nuestro puerto.

*Anuario de "La Razón", 1922.*



NOTA. — No confundan los alumnos **braza**, que es una medida marina de longitud del valor de dos varas o sea próximamente 1 metro 50 centímetros, con **brasa** que es un pedazo de leña o carbón encendido: la primera palabra se escribe con **z** y la segunda con **s**.

□ □

## 34. EL MENSAJERO DE SAN MARTIN

El general don José de San Martín leía en su despacho algunas cartas. Terminada la lectura, se volvió para llamar a un muchacho que estaba de pie junto a la puerta. Debía tener éste unos 16 años; era delgado, fuerte, de ojos brillantes y fisonomía franca y alegre. Cuadrado como un



pequeño veterano, soportó tranquilamente la mirada del general.

— Voy a encargarte una misión difícil y honrosa. Te conozco bien: tu padre y tres hermanos tuyos están en mi ejército y sé que deseas servir a la patria. Lo que voy a encargarte es peligroso, pero eres de una familia de valientes. ¿Estás resuelto a servirme?

— General, sí — contestó el muchacho sin vacilar.

— ¿Lo has pensado bien?

— General, sí.

— Correrás peligros.

— Como todos nosotros, señor general.

San Martín sonrió a esa respuesta, pues veía que el muchacho se contaba muy decididamente entre los patriotas.

Debes tener presente que en caso de ser descubierto, te fusilarán — continuó, para conocer la entereza de aquel niño.

— General, ya lo sé.

— Entonces ¿estás bien resuelto?

— General, sí.

— Muy bien. Quiero enviarte a Chile, con una carta que por nada, ¿entiendes? ¡por nada! debe caer en manos ajenas. Si llegaras a perderla, costaría la vida a muchas personas. La entregarás al abogado don Manuel Rodríguez, en Santiago, quien te dará la contestación para traérmela con las mismas precauciones. Si te vieras en peligro, la destruirás; y si por desgracia fueras descubierto, supongo que sabrás guardar el secreto. ¿Me has entendido, Miguel?

— Perfectamente, general, — respondió el mu-

chacho; y esta contestación sencilla y firme, satisfizo al insigne conecedor de hombres.

Dos días después, Miguel pasaba la cordillera en compañía de algunos arrieros. Llevaba la carta cosida en un cinturón debajo de la ropa; tenía el aire más inocente y despreocupado del mundo y nadie hubiera sospechado que pensara en otras cosas que no fueran niñerías, pues durante el viaje no hizo sino cantar, silbar y bromear. Refirió a sus compañeros que iba a la finca de unos parientes al otro lado de la cordillera, y todos le cobraron afecto por su buen humor. Cuando se separaron en territorio chileno, fué despedido cariñosamente.

Miguel ignoraba que el señor Manuel Rodríguez, destinatario de la carta, era uno de los chilenos que más activamente contribuía a preparar la revolución patriota para cuando invadiera San Martín con su ejército. Ignoraba asimismo que él sólo era uno de los innumerables agentes y espías que el general tenía para llevar y traer correspondencia secreta, sembrar noticias, verdaderas o falsas, según la conveniencia, y tenerle al corriente de cuanto ocurriera en Chile y pudiera serle útil. El general le había honrado con su confianza y debía justificarla. Eso le bastaba.

Llegó a Santiago de Chile sin contratiempos; halló al doctor Rodríguez, le entregó la carta y recibió la respuesta, que guardó en el cinturón secreto.

—Mucho cuidado con esta carta — le dijo también el patriota chileno. — Eres realmente muy niño para un encargo tan peligroso; pero debes ser inteligente y guapo, y sobre todo buen

patriota, para que el general te juzgue digno de esta misión.

Miguel volvió a ponerse en camino lleno de placer y de orgullo con este elogio y resuelto a merecerlo cada vez con mayor razón...

El viaje de Miguel se había efectuado sin tropiezos; pero tuvo que pasar por un pueblo cerca del cual se hallaba una fuerza realista bastante considerable, al mando del coronel Ordóñez. Se aproximó al caer la tarde, ignorando que hubiera allí un campamento, pues éste no era visible desde el camino. Alrededor se extendía la hermosa campiña chilena, fresca, verde y ligeramente **ondulada**. Un arroyo correntoso bajaba a la izquierda. En sus márgenes se levantaban las chozas del pueblecito, grises, tristes, silenciosas, envueltas ya en las primeras **penumbras del crepúsculo**, y dominándolas, cerrando el horizonte, la cordillera gigantesca e imponente subía en gradas cada vez más grandiosas, semejante a una escalinata estupenda, rematada en los maravillosos nevados teñidos de oro rosado por los últimos rayos de luz. Las faldas de la montaña estaban ya en la sombra, y sus huecos y quebradas envueltos en tintes oscuros mientras el esplendor fantástico de las cumbres se destacaba de un cielo claro y transparente.

Miguel, poco sensible a las bellezas de la naturaleza, se sintió de pronto impresionado por aquel cuadro mágico; mas un acontecimiento inesperado vino a distraer su atención.

Dos soldados a quienes pareció sospechoso el muchacho que viajaba solo y en dirección a las sierras (ya que cualquier cosa era sospechosa en

aquellos tiempos), se dirigieron hacia él al galope. En el sobresalto del primer momento, cometió la imprudencia de huir, lo que naturalmente avivó las sospechas de los soldados, quienes cortándole el camino, consiguieron prenderlo.



— ¡Hola! — gritó uno de ellos sujetando el caballo por la rienda; — ¿quién eres y a dónde vas?

Miguel, recobrando su sangre fría, contestó humildemente que era chileno, que se llamaba Juan Gómez y que iba a la hacienda de sus padres; mas por su manera de hablar, los soldados conocieron que era cuyano, es decir, nativo de Cuyo, o por extensión, de la región al oriente de los Andes, y le condujeron al campamento, a pesar de sus súplicas. Allí lo entregaron a un sargento, y éste a su vez a un oficial superior.

Interrogado, respondió con serenidad, ocultando su temor de que lo registraran y encontraran la carta.

Después del interrogatorio, lo llevaron a una carpa, donde se hallaba, en compañía de varios oficiales, el coronel Ordóñez.

— Te acusan de ser agente del general San Martín, — dijo el coronel sin preámbulos. — ¿Qué tienes que contestar?

Miguel habría preferido declarar orgullosamente la verdad; pero la prudencia le hizo renunciar a esta idea y como antes, negó la acusación.

— Oye, muchacho, — agregó el coronel, — de nada te sirve negar. Más vale que confieses francamente, así quizá pueda aliviarte el castigo, porque eres muy joven.

Miguel no se dejó seducir y repitió su declaración; pero a Ordóñez no se le engañaba tan fácilmente.

— ¿Llevas alguna carta? — le preguntó de improviso.

— No — contestó Miguel; pero mudó de color y el coronel lo advirtió.

— Regístrenlo.

En un abrir y cerrar de ojos dos soldados se apoderaron del muchacho y mientras el uno lo sujetaba, el otro le registraba; no tardando en hallar el cinturón con la carta.

— Bien lo decía yo — observó Ordóñez, disponiéndose a abrirla; pero en ese instante Miguel, con un movimiento brusco e imprevisto, saltó como un pequeño tigre, le arrebató la carta de las manos y arrojóla en un brasero allí encendido.

Todos permanecieron estupefactos ante tal audacia. Luego, algunos quisieron castigarle; pero el coronel, deteniéndoles, dijo con una sonrisa extraña:

— Eres muy atrevido, muchacho. Quizá no sepas que puedo fusilarte sin más trámites.

Miguel no contestó; pero sus ojos chispeantes y sus mejillas encendidas, indicaban claramente que no tenía miedo. Ahora podían hacer de él lo que quisieran, la carta ya no existía y jamás sabrían de su boca a quién iba dirigida ni quién la enviaba.



— Hay que convenir en que eres muy valiente — continuó Ordóñez. — Aquel que te ha mandado sabe elegir su gente. Ahora bien, puesto que eres resuelto, quisiera salvarte y lo haré si me dices lo que contenía la carta.

— No sé, señor.

— ¿No sabes? Mira que tengo medios de refrescarte la memoria.

— No sé, señor. La persona que me dió la carta no me dijo lo que contenía.

El coronel reflexionó un momento. Le pareció creíble lo que decía Miguel, pues no era de supo-

ner estuviera enterado del contenido de la carta que llevaba.

— Bien — dijo, — te creo. ¿Podrías decirme al menos de quién provenía y a quién iba dirigida?

Miguel calló. Sólo ahora comenzaba la verdadera prueba.

— Contesta — ordenó el coronel.

— No puedo, señor.

— ¿Y por qué no?

— Porque he jurado.

— ¡Oh! Si no es más que eso, un sacerdote te desligará del juramento.

— Podría hacerlo; no por eso sería menos traidor.

El coronel Ordóñez admiró en secreto a ese niño tan hombre; pero no lo demostró. Abriendo un cajón de la mesa sacó una gaveta y tomó de ella un puñado de monedas de oro.

— ¿Has tenido alguna vez una moneda de oro? preguntó a Miguel.

— No, señor — contestó el muchacho, cuyos ojos se fijaron involuntariamente en el metal reluciente.

— Bueno, pues, yo te daré diez onzas, ¿entendés? ¡diez onzas! si me dices lo que quiero saber. Vamos ¿te decides? Piensa: ¡diez onzas de oro! Una fortuna. ¡Cuántas cosas podrás comprar con tanto dinero, y cómo te envidiarán! Y eso, con sólo decirme dos nombres.

Sobre Miguel el oro obraba una fascinación funesta. ¡Cómo brillaban y con qué dulce retintín las hacía escurrir entre sus dedos y las dejaba caer suavemente en la gaveta! ¡Diez onzas de oro! Para él una fortuna **inaudita**.

— Puedes decírmelo despacio — prosiguió el coronel, observando con atención el efecto que el metal brillante hacía en Miguel. — Nadie sino yo lo oirá.

Entonces, por fin, Miguel logró vencer la terrible fascinación del oro, y apartando con un esfuerzo los ojos, repitió estas tres palabritas que exasperaron al coronel:

— ¡No quiero, señor!

Ordóñez le miró de una manera particular.

— ¿Has oído alguna vez hablar de San Bruno? — preguntóle.

Al oír ese nombre, que era pronunciado con espanto en Chile y en Cuyo, Miguel se estremeció.

— A él te entregaré si no confiesas — prosiguió el coronel. — En tus propias manos está tu suerte: si contestas a mi pregunta, te doy la libertad, y si no... No terminó su frase; pero trunca como estaba, era terriblemente **explícita**.

Miguel bajó los ojos y permaneció callado.

Esta resistencia pasiva irritó más al realista.

— A ver — ordenó, — unos cuantos azotes bien dados a este muchacho.

Lleváronle afuera y en presencia de Ordóñez, de sus oficiales y muchos soldados, dos de éstos le golpearon sin piedad. El muchacho apretó los dientes para no gritar. Sus sentidos comenzaron a turbarse a medida que los golpes llovían sobre su cuerpo; sus ideas se confundieron bajo la influencia del dolor; ante sus ojos flotaron aun como una visión las cumbres nevadas que ahora resaltaban con blancura **lívida** de **sudario** en el cielo **diáfano**, y luego, perdió el conocimiento.

— Basta — dijo Ordóñez — enciérrenle por



esta noche. Mañana confesaré, y agregó hablando con los oficiales, — si no lo hace, tendré que mandarlo a Santiago. Y sería lástima que muchacho tan guapo fuese a parar a manos de San Bruno. No debemos perder este hilo de la trama que está tejiendo mi astuto ex-amigo San Martín.

Entre los que presenciaron la flagelación se encontraba un soldado chileno, que como todos sus compatriotas, simpatizaba con la causa de la libertad. Tenía dos hermanos, agentes de San Martín, y él mismo esperaba la ocasión propicia para abandonar las filas realistas. El valor y la constancia del muchacho, tema de las conversaciones en el campamento, le llenaron de admiración, haciéndole concebir el deseo de salvarle si fuera posible. Resolvió exponerse para darle libertad al prisionero y facilitarle los medios de huir.

Miguel estaba en una choza, donde lo habían dejado bajo cerrojo, sin preocuparse más de él.

A media noche el silencio más profundo reinaba en el campamento. Los fuegos estaban apagados y sólo los centinelas velaban con el arma al brazo.

Cuando Miguel despertó de su largo desmayo, no pudo recordar bien lo que había sucedido; pero al sentir el escozor de los cardenales que le cubrían todo el cuerpo, no tardó en darse cuenta. El pobre muchacho, débil y dolorido, solo y prisionero, se sintió desfallecer. ¡Al fin, sólo era un niño! No pensaba en la fuga, porque le parecía imposible, y esperaba el día para salir de la terrible incertidumbre.

Entonces, en el silencio de la noche, percibió un ruido suave, cual el de un cerrojo corrido con precaución. La puerta se abrió despacio y apa-

reció la figura de un hombre. Miguel se levantó sorprendido.

— ¡Quieto! — susurró una voz. — ¿Tienes valor para escapar?

Miguel enmudeció de asombro. De repente no sintió dolores, cansancio, ni debilidad; estaba fresco, ágil, y resuelto a todo, con tal de recobrar la libertad. Siguió al soldado y los dos se deslizaron como sombras por el campamento dormido, hacia un pequeño corral, donde se hallaban los caballos del servicio. El de Miguel permanecía ensillado aun y atado a un poste. Lo llevaron a la orilla del arroyo que corría espumoso entre las barrancas.

— Este es el único punto por donde puedes escapar — dijo el soldado, — el único lugar donde no hay centinelas. Ten cuidado porque el arroyo es traicionero. Pronto, ¡a caballo, y buena suerte!

Aturdido por el cambio repentino de los sucesos, el pequeño héroe obedeció, y despidiéndose de su generoso salvador con un apretón de manos y un “¡Dios se lo pague!”, bajó la barranca y entró en el arroyo cruzándolo con felicidad. Luego, espoleó su caballo y huyó en dirección a las montañas, para mostrar a San Martín, con las llagas de los azotes que desgarraron sus espaldas, cómo había sabido guardar un secreto y servir a la Patria.

**Ondulada** — Con ondas como el mar.

**Penumbras del crepúsculo** — Las primeras sombras de la tarde.

**Inaudita** — No oída.

**Explicita** — Clara, bien explicada.

**Blancura lívida de sudario** — Blanca como la ropa que envuelve a un cadáver.

**Diáfano** — Muy claro.

## 35. CHOLIN EL VALIENTE



“ Comed arvejitas  
 ¡Qué ricas que son!  
 Comed arvejitas,  
 Y rabie el patrón. ”

Así hablaba Cholín, el más atrevido y valiente gorrión que vió **alero** de tejado o hueco de pared.

Y su piquito se llenaba de la dulcísima substancia de las arvejitas tiernas de un alegre jardín.

Pero, ¡ay! “Su gozo en un pozo”.

Se abre con fuerza la puerta de la casa y Cholín ve que algo así como un monstruo extraño, que él jamás viera, penetra por la abertura. Era como un hombre doble, o un hombre de veras que tenía sobre sus hombros a otro más grande, espantable, con chambergo de pobre y garrote de ladrón.

¡Qué miedo, qué espanto, qué horror, uf!... y en menos que se cuenta, todos los pajaritos

estaban en lo más escondido del tejado vecino. (Y **diz** que algunos todavía vuelan)

¡Qué horror, qué espanto, qué miedo!

Nadie salió en todo el día. ¿Y la noche? ¡Qué noche aquella! Indigestiones, dolores de cabeza, **insomnios**.

Cholín temblaba y rabiaba de ira. ¡Cómo, él tener miedo! Y sin embargo, él tenía miedo...

Pero no habían apuntado aun los primeros rayos de la rubia alborada, que estaba ya Cholín en la punta más saliente del tejado, ansioso de ver y desafiar a "quien quiera y cuando quiera".

Pero, ¿qué vió? Vió... un hombre más feo que las viruelas, rígido, amenazante, con el garrote fenomenal en su diestra y al parecer dispuesto a desplumar a todos los pájaros del universo mundo, aunque se llamaran Cholín.

Dió un saltito y media vuelta, y fué a contar, **cabizcaído** y **cejijunto**, a sus compañeros enfermos, todo lo que había visto. Todos consintieron en morir de hambre antes de presenciar semejante calamidad.

Pero no había de ser así. No y no.

El iría más cerca y lo miraría y vería al tío aquel, a ver qué pulgas gastaba.

Dicho y hecho. Cerró los ojos y se "largó" de cabeza al alambrado más... lejano de la extraña efigie.

En caso de apuro buenas las tenía él para volar aunque fuera una eternidad.

La efigie amenazaba y Cholín miraba.

Otro vuelo más y se posó en un más próximo alambrado, pero a respetable distancia. Una rá-

faga de viento movió el espantajo entero y Cholín, prudentemente, se batió en retirada.

Cholín se había puesto ya entre ceja y ceja que aquello que estaba delante era "gato por liebre" o espantajo por persona.

Y de saltito en saltito, se puso de patitas en el mismísimo jardín.

Un picotazo y una mirada rápida al enemigo común le convenció de que aquello era bastante despreciable; otro picotazo y otro y en un momento se había puesto media docena de arvejititas entre pecho y espalda.

Nada ni nadie le asustaba ya y de un vuelo audaz se plantó en la punta del sombrero del **estafermo**.

Como grito de victoria lanzó un chirrido formidable, y en un instante viéronse las dulces y tiernas arvejititas atacadas sin cuartel ni compasión por todos los gorriones disponibles.

Entre tanto él jugaba al escondite que era una delicia. Se metía por las mangas, por las botas.

Se le paraba en el hombro, en la nariz, y... en el propio y mismísimo garrote.

Y para colmo, allí no más, resolvió hacer su dulce nido en los sesos del mismo espantapájaros.

¡Oh, jóvenes, que hoy seguís el camino del bien y de la virtud, imitad a Cholín y sed valientes contra los espantajos que se os pondrán delante: el respeto humano y el qué dirán!

*Vere*

**Alero** del tejado — Parte que sobresale.

**Insomnios** — Privación de sueño, desvelos.

**Cabizaído** y **cejijunto** — Con la cabeza caída y las cejas juntas en señal de mucho enojo.

**Y diz** — Y dicen y cuentan.

**Estafermo** — Muñeco armado con un palo y movable en su eje.

## 36. PROVINCIA DE CORRIENTES

Subamos, amados niños, hasta Corrientes. Estamos todavía en la Mesopotamia argentina y en una vasta llanura cubierta en parte por grandes lagunas y bañados, (así se llaman los terrenos bajos y pantanosos).

La laguna Iberá, que ocupa una cuarta parte de la provincia, encierra varias islas cubiertas de hermosa vegetación, habitadas tan sólo por fieras, como el yaguararé o por reptiles, como el yacaré y la boa.

La ganadería constituye la principal riqueza de esta provincia, con unos 6 millones de cabezas de ganado. Tiene multitud de animales salvajes: tigres, tapires, osos hormigueros, caimanes y boas.

En esta provincia hallamos vastas extensiones de naranjos, algunos muy frondosos, que producen hasta 3 y 4.000 naranjas cada uno.

Se cultivan también las producciones de los climas cálidos como: la yerba mate, el maní, el tabaco, la caña de azúcar, la mandioca.

La provincia de Corrientes es la patria de nuestro inmortal San Martín, el hombre más grande y célebre que hubo jamás en Sud América y cuyas hazañas son de todos conocidas.

Lo fué también de aquel valiente y abnegado Sargento Cabral, que en San Lorenzo salvó la vida a San Martín sacrificando la suya propia.

Merece ser citada la ciudad de Corrientes, capital de la provincia, edificada frente a la confluencia del Paraguay con el Paraná, y los pue-

blos de Yapeyú, hoy San Martín, por haber sido cuna del Libertador; Curuzú Cuatiá, fundado por Belgrano, de paso para su campaña al Paraguay; Goya, renombrado por sus quesos, e Itatí, donde se halla un célebre santuario de la Virgen.

Terminemos hoy nuestro paseo a los pies de la Virgen de Itatí, y pidamos a tan buena Madre, que bendiga a nuestra amada Patria y la haga cada vez más grande y gloriosa.



### 37. COMO ENCUENTRAN SU CAMINO LAS HORMIGAS

Muchos han observado a las hormigas en el momento de abrir un camino y atravesar un cuadro de césped, por ejemplo. Maravillados de su labor se han preguntado: "¿Cómo este minúsculo insecto puede entrar por este laberinto y tornar seguramente a su hormiguero? Mira, por fuerza, en el viaje, la **característica** del terreno, y recuerda una ramita caída aquí, una piedrecilla allá, que pueda servirle de indicación en su viaje de vuelta.

Muchos observadores dicen que la hormiga vuelve al nido aun cuando las características del terreno se hayan cambiado.

Beth, profesor alemán, sostiene que la hormiga retorna al hormiguero como el perro sobre la pista de una zorra, por el olor, por el rastro de su olfato.

Cornetz, **naturalista** suizo, que ha estudiado

un centenar de viajes en las hormigas, asegura que el sentido del olfato para nada interviene.

La hormiga tiene la curiosa facultad de acordarse de la dirección de su camino, no obstante tenga que salvar obstáculos superiores, y tenga que desviarse a derecha e izquierda para acercarse a su agujero.



Cornetz cita el caso de una hormiga que, en el acto de volver al hormiguero, fué transportada mucho más allá por el viento, que la arrebató en una hoja y, sin embargo, volvió a encontrar la misma dirección que había emprendido.

El viaje de retorno al hormiguero es siempre paralelo al de ida.

**Característica** — Particularidad.

**Naturalista** — Que estudia la naturaleza.



## 38. LOS PAJAROS

Había un alegre pueblecito, cuyo contorno se hallaba poblado de frutales. Durante la primavera, los árboles cubiertos de flores que embalsamaban el aire con sus perfumes suaves, ofrecían una perspectiva encantadora; durante el otoño, sus ramas aparecían cargadas de manzanas, peras, ciruelas y otras frutas deliciosas.



Multitud de pájaros hacían sus nidos en los troncos y ramas de los árboles, y llenaban el aire con las dulcísimas melodías de sus trinos y gorjeos.

Las personas mayores amonestaban frecuentemente a los niños diciéndoles:

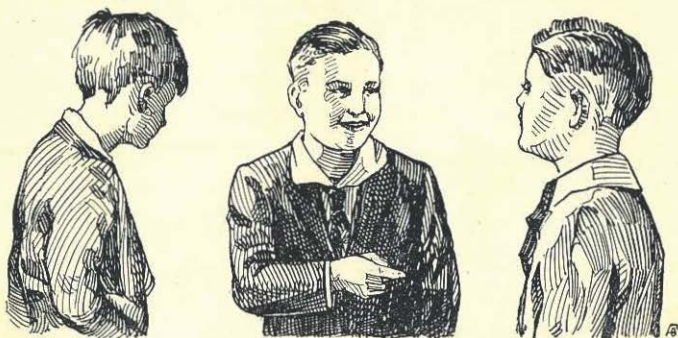
“Guardaos bien de causar el menor mal a esos lindos y pequeños seres, y no toquéis sus nidos por temor de ofender al que dispensa a los lirios del valle su espléndida vestidura y a los pájaros su cotidiano alimento, pues el amor de Dios hacia nosotros es el que ha dado a las flores sus vistosos matices y delicados perfumes, y a los ruiseñores su canto tan armonioso y sublime”.

Sin embargo, algunos malos muchachos, desatendiendo los sanos consejos de los maestros y de sus padres, comenzaron a sacar y a destruir los nidos. Los pájaros se disgustaron, y poco a poco fueron desertando de un lugar en que tanto se les maltrataba. Ya no se oía uno solo de sus cantos en las huertas y praderas, de suerte que la población había quedado triste y silenciosa.

No paró en esto el daño; la maldad de aquellos niños aviesos tuvo consecuencias aun más deplorables. Las orugas que tanto daño causan a la vegetación y que antes eran destruídas por los pájaros, se multiplicaron sobre manera y empezaron a devorar las hojas y las flores. Bien pronto los árboles quedaron desnudos como en pleno invierno, y los malos niños que, en tanto no ejercitaron sus funestas travesuras, disponían de frutos exquisitos en abundancia, no pudieron en lo sucesivo, regalarse siquiera con una manzana.

*Can. Schmid*

## 39. ¿QUE SERE YO?



*Pedro* — Buenos días Ramón.

*Ramón* — Buenos días, Pedro; ¿vas a la escuela?

*Pedro* — Sí; ¿y tú?

*Ramón* — Claro que voy; pues mi papá me ha dicho, que me aplique, sino no podré ser doctor.

*Pedro* — Pues qué, ¿vas a ser doctor?

*Ramón* — Sí, voy a ser doctor; lo ha dicho mi papá, y no me falta más que crecer y ser grande; pero tendré que estudiar mucho.

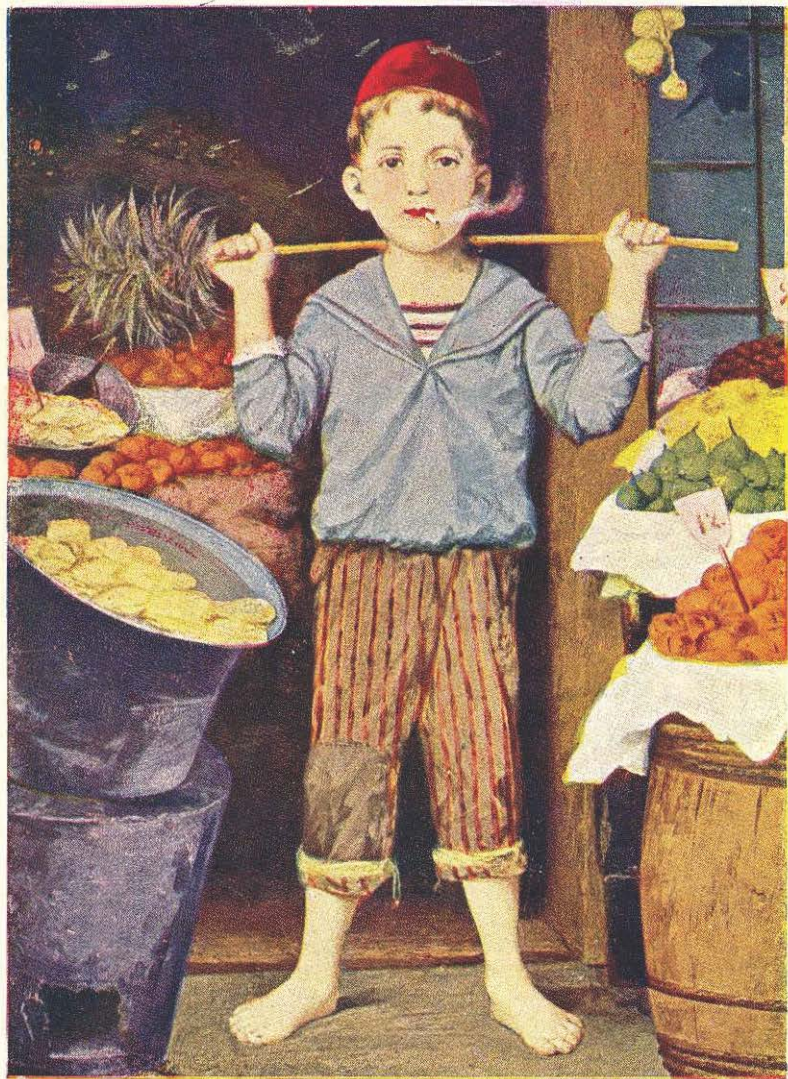
*Pedro* — Pues a mi no me gusta ser doctor.

*Ramón* — Entonces ¿para qué estudias?

*Pedro* — Yo estudio para general; a mi me gusta llevar un uniforme muy lindo, con galones de plata y oro y mandar a muchos soldados.

*Ramón* — ¿Y no tendrás miedo a las balas?

*Pedro* — Si he de decir verdad, eso es lo que menos me gusta, pero ya procuraré acostumbrarme a ellas; tengo un tío que es coronel, y dice que en las primeras batallas se tiene mucho miedo, pero que después ya no hay cuidado.



¡QUÉ SIMPÁTICO EL CHIQUITÍN!

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

*Ramón* — Y tú, Luis, ¿qué es lo que vas a ser cuando tengas muchos años?

*Luis* — ¿Cuando yo tenga muchos años?

*Pedro* — Sí, eso es, responde.

*Luis* — Cuando tenga muchos años... seré muy viejo.

*Ramón* — No es eso lo que te pregunto, lo que deseamos saber es a que oficio o carrera piensas dedicarte para ser útil a la sociedad el día de mañana.

*Luis* — ...No lo sé, nunca he pensado en eso. Mi papá quiere que sea zapatero, pero a mí no me gusta este oficio.

*Ramón* — Y ¿cuál es el que te gusta?

*Luis* — Cualquiera, menos estudiar, porque tengo mala memoria. Pero todavía no he pensado en ello; cuando yo sea más grande, ya veré.

*Ramón* — Muy mal hecho, y para que te convenzas de que es preciso pensar en el día de mañana, no tienes más que fijarte en el papel desairado que harás entre tus mismos compañeros. Desde hoy vamos a aplicarnos mucho para ser luego hombres de provecho. Aquí tienes a ese que quiere ser doctor, yo general, y los demás todos piensan en lo que serán cuando hombres. ¿Qué vas a ser tú entonces? ¿Vas a mezclarte entre nosotros sin participar de nuestras legítimas esperanzas?

*Luis* — Reconozco, amigo, que tengo el deber de pensar a qué ocupación u oficio he de dedicarme pronto, pero no se me había ocurrido hasta hoy, como a mis compañeros; se lo voy a decir a papá, y él, que me quiere mucho, me dará un consejo oportuno que yo seguiré gustoso.

## 40. JURAMENTO DE LA PRIMERA BANDERA

El 13 de febrero de 1813, hallábanse reunidos en el río Pasaje todos los cuerpos del ejército del Norte, en marcha contra las tropas realistas que ocupaban la ciudad de Salta.

El general Belgrano les había hecho salir de Tucumán por separado, con orden de reunirse allí; había decidido, antes de empeñar otra batalla, enarbolar, por orden superior, la bandera bicolor de sus ensueños, la que tuvo que arriar en el Rosario y Jujuy, y que, al fin, sancionaban **a una** el gobierno y el pueblo.

El ejército vencedor de Tucumán hallábase formado en orden de parada.

El espectáculo era imponente. El general Belgrano, después de pasar revista a sus soldados, sacó su espada y colocándola horizontalmente contra el asta del pabellón querido, formó la cruz militar, por la cual debía jurar el ejército fidelidad a la gloriosa Asamblea Constituyente y a la bandera celeste y blanca.

La ceremonia duró muchas horas.

Uno a uno fueron desfilando oficiales y soldados bajo la cruz militar, marcial emblema del **íntimo consorcio** de la Religión y de la Patria, que iban besando todos al formular el juramento.

En memoria de este hecho, el mismo general Belgrano, que había inventado la bandera, cambió al río su nombre de Pasaje, por el de Juramento, con que es conocido desde entonces.

¡Qué satisfacción y qué júbilo en el alma del héroe! ¡Qué marcial entusiasmo en sus soldados!

Ya tenían un pabellón que defender en los combates, en espera de una Patria independiente. Ellos la iban haciendo.

De allí marcharon al glorioso campo de Castañares, donde derrotaron nuevamente al general Tristán, tomando, en seguida, posesión de Salta.

*Rafael Fraguero*

**A una** — A un tiempo.

**Intimo consorcio** — Unión muy estrecha.



#### 41. HERMOSO RASGO DE AUDACIA

En un sereno y soleado día del año 1750, una tropa de agrimensores estaba comiendo en un bosque del Norte de Virginia, cuando de pronto oyeron un espantoso grito de mujer, seguido de otros en el mismo tono. Los agrimensores se encaminaron presurosos, hacia donde resonaban las voces, y vieron a la mujer que sujeta por varios hombres, hacia ellos venía, y dirigiéndose a uno de los agrimensores, joven de dieciocho años, pero de porte y estatura varoniles exclamó:

— ¡Oh! señor. Seguramente haréis algo por mí. Decid a estos mis compañeros que me suelten. Mi hijo, mi pobre hijo se está ahogando y me impiden que vaya a salvarlo.

A esto repuso uno de los hombres que la sujetaban:

— Fuera locura: Se echaría al río, y la rápida corriente la destrozaría en un momento.

Sin decir palabra, el joven aludido se quitó el saco y corriendo hacia la margen del río, después de echar una escudriñadora mirada a las rocas y a la **atorbellinada** corriente, se lanzó al agua en dirección al paraje donde había visto flotar las ropas del niño.



La madre exclamó:

— A Dios gracias, salvará a mi hijo. Allí está. ¡Oh! hijo mío, querido hijo mío. ¿Cómo pude yo dejarte?

Todos se precipitaron a la orilla y todas las miradas se clavaron en el joven que, con esforzado corazón, movido por la esperanza luchaba contra el **vertiginoso** remolino de la corriente. Por un momento pareció como si el ímpetu de las aguas lo fuese a estrellar contra el saliente de una roca, en cuya masa deshacía la espuma, o que de un instante a otro se lo tragara el remolino, de cuyas fauces parecía imposible escapar. Por



dos veces desapareció de la vista del niño y reapareció después muy cerca del paraje más peligroso del río, donde el formidable empuje de las aguas amenazaba destrozar a quien osara acercarse allí, aunque fuese en bote. El joven redobló entonces sus esfuerzos. Tres veces estuvo a punto de asir al niño por las ropas y otras tantas se lo arrebató la corriente. Por fin, en un esfuerzo supremo, pudo levantarlo en alto con el brazo derecho. Pero al punto exhalaban los espectadores un múltiple grito de horror. El joven y el niño habían desaparecido bajo las espumantes aguas de la catarata. Al cabo de un instante exclamaba la madre, delirante de alegría:

— ¡Allí están! ¡Mirad! ¡están salvos! ¡Gracias, Dios mío, gracias!

Efectivamente, salvador y salvado, habían surgido ilesos del espumante torbellino, y en pocos minutos ganaron un **bajío** de la orilla, donde al punto se vieron rodeados de sus amigos. Estaba el niño todavía vivo, aunque sin sentido, y el joven completamente **extenuado**. La madre, agradecida, dijo solamente al salvador de su hijo:

— Os lo pagaré Dios, y, en recompensa de la obra de este día, os colmará de favores. Además de la mía, os aguarda la bendición de miles de madres.

Aquel joven era Jorge Wáshington.

**Atorbellinada** — Que gira con rapidez.

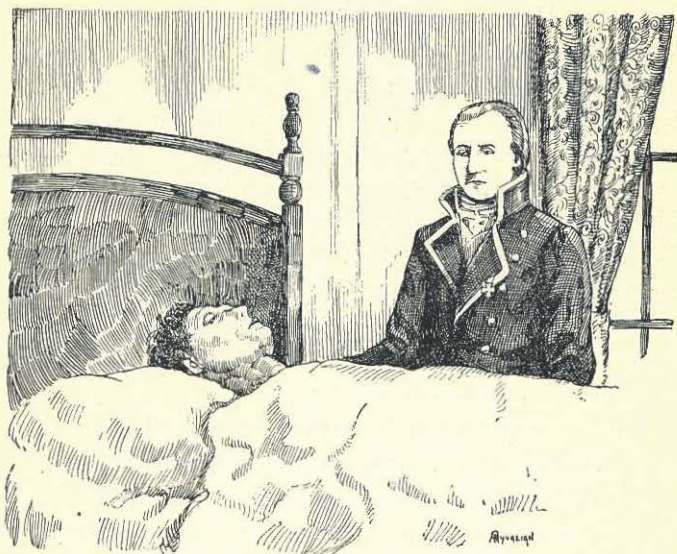
**Vertiginoso** — Rapidísimo, que causa vértigo, mareo.

**Bajío** — Banco de arena.

**Extenuado** — Cansado, sin fuerzas.

## 42. EL ÚLTIMO DESEO DE UN VALIENTE

Luchando como un león, cayó mortalmente herido el coronel inglés Pingston, tiñendo con su sangre "las sendas de la muerte", expresivo nombre dado por los británicos a las calles de Buenos Aires.



Levantado del suelo por los caballerescos vencedores, fué conducido a la casa de la señora de Perichón, donde fué atendido con cariñosa solitud.

Sintiendo próximo su último instante, el herido, con voz débil, pero firme, dijo a Liniers, que velaba al pie de su cama.

— General, ¿quiénes son unos soldados de porte altivo que visten de azul y blanco y ciñen al cuerpo airosa faja?

— Los Patricios — contestó el virrey.

— Batiéndome con ellos fuí herido y me complazco en reconocer que jamás un militar **pundonoroso** pudo hallar más dignos y valientes enemigos.

Calló un momento, y prosiguió:

— ¿Seríais señor, tan generoso que concedierais un preciadísimo don a un enemigo desgraciado?

— Concedido, señor coronel, si está en mi mano hacerlo.

— Pues bien: permitid que se me entierre en el cuartel de esos Patricios. “Moriré feliz sabiendo que voy a dormir mi último sueño bajo la protección de esos valientes!”.

**Pundonoroso** — De mucho honor.



### 43. UNA HAZAÑA DE JUAN EL TUERTO

Un día cazó Juan el Tuerto una lechuza en su granero. Acababa de clavar al pájaro vivo, en la puerta de su casa, como bandido de la peor especie, que convenía exponer a las burlas de todo el mundo, y dejarlo secar allí mismo, para que sirviera de espantajo. Juan estaba muy orgulloso de su hazaña, se reía de los chasquidos del pico,

del desesperado rodar de los ojos del animal crucificado; las contorsiones y muecas del pajarraco, los sobresaltos de las alas, atravesadas de gruesos clavos, y los accesos de impotente rabia de las garras crispadas, le divertían mucho.



Los chicos del barrio, crueles sin saberlo, como se es a su edad, más crueles todavía cuando el hombre les da triste ejemplo, se habían agrupado ante la puerta, y reían también de las torturas de la lechuza. Juan les contó que su vecina la vieja Anita, había muerto hacía dos semanas, porque la lechuza había ido tres veces seguidas a cantar en el tejado de su casa. “Estos animales — decía — son aves de mal agüero; por las noches entran en las iglesias a beber el aceite de las lámparas; van a los tejados de los enfermos a predecir su muerte, y metidas en algún agujero

del campanario se regocijan cuando las campanas doblan a muerto”.

Los niños estaban aterrados.

— Mira — decía el más pequeño apretándose contra su hermano — mira, cómo nos amenaza con sus ojos colorados.

— Es tan feo. . . — decía otro —; castiguémoslo de veras; eso le enseñará a no regocijarse de la muerte de las personas y a no beber el aceite de las lámparas santas. Juan, revientale los ojos con este palo puntiagudo, porque ¡nos mira de una manera! Pónle este pedazo de vidrio entre las garras: así se cortará él mismo los dedos.

Y cada cual iba echando su maldición al paciente; todos se ingeniaban en encontrar un refinamiento de tortura. Luis pasó por allí y lo llamaron para presenciar el suplicio; pero más accesible a la piedad que sus compañeros, y especialmente desde que frecuentaba la casa del tío Pablo, retiró la vista de aquel horroroso espectáculo y rogó a Juan que acabara con el pobre animal, en lugar de hacerlo agonizar en horribles torturas. Pero como no pudo conseguirlo, se fué de allí con el corazón afligido.

Y mientras se alejaba de aquel lugar, acudieron a su memoria unas palabras de Pablo, dichas con motivo del murciélago: “Cuando la multitud ignorante conviene en decir que una cosa es negra, hay que informarse primero, porque bien podría suceder que fuese blanca”. Ahí está Juan — se dijo Luis —; Juan el Tuerto, conocido en todo el pueblo por su crasa ignorancia; que jamás ha abierto un libro y hace gala de ello; que es incapaz de escribir su nombre en el papel, y se resiste con

la testarudez de un mulo, a toda buena idea. En este momento está amotinando a los niños contra la miserable lechuza que acaba de clavar en su puerta. Para dar aspecto de razón a su barbarie, les dice que es el ave de los cementerios, ave funesta que trae desgracia a las personas. A juzgar



por lo que dice, la lechuza es un animal malhechor lleno de malicia, que no merece compasión. Hay que vengarse de su perversidad; hacerle padecer mucho para que sirva de ejemplo a los demás; destruirlo sin misericordia. ¿Y si por casualidad fuese todo lo contrario? ¿Y si la lechuza fuese un animal inofensivo, hasta muy útil y digno de nuestra protección? Habrá que informarse.

Esta fué su primera pregunta aquella noche en casa de Pablo, quien por la descripción del muchacho, supo de qué ave se trataba.

*Pablo.* — El ave que Juan ha creído que era su deber clavarla viva en la puerta es la lechuza. La desventurada criatura por nada merece el trato que le han infligido; me da lástima que haya caído en manos crueles por ignorancia. Bruto y malo, dicen, y es cierto. El que no sabe, es fríamente cruel, y es feroz si obedece a necias ideas. Rumores extravagantes han corrido poco favo-

rables a las lechuzas; Juan, que lo sabía por otros, los repetía y los trasmitía a los muchachos que querían sacarle los ojos al animal. Es falso que las lechuzas entren en las iglesias a beberse el aceite que arde día y noche en el santuario; es falso que se regocije cuando las campanas tocan a muerto; es falso que su canto en el tejado de una casa anuncie la muerte próxima de uno de sus habitantes. Son falsos todos los cuentos sobre su influencia maligna, sobre sus lamentables presagios, y es renunciar al sentido común, el dar crédito a patrañas tan absurdas. Nuestros destinos, hijos míos, están en las manos de Dios; él sólo sabe nuestra última hora. Compadecemos a los pobres de entendimiento que creen que la lechuza posee el formidable secreto de nuestro fin; compadezcámoslos, pero jamás hagamos a la razón la injuria de creer que una lechuza que expresa a su manera la alegría de haber tomado un ratón, anuncie con su lúgubre voz los inexorables decretos del destino. Los sobrinos del tío Pablo no deben detenerse ante semejantes suposiciones. Prosigamos.

¿Qué diríais de Juan si se le hubiera ocurrido hacer expirar a su gato, clavado en la puerta por las cuatro patas?

*Luis.* — Yo diría que ha perdido la cabeza, y que si alguna vez se lo comen las ratas, lo tiene bien merecido.

*Pablo.* — Pues lo que le has visto hacer es casi lo mismo. Torturaba a uno de los mejores destructores de ratones, ave por su estructura, gato por sus costumbres. La lechuza se había metido en el granero para defender contra las

ratas las bolsas de trigo del pobre hombre, que, dominado por odios supersticiosos e ignorando los servicios que le presta, se ha apresurado a clavar en la puerta a tan preciosa ave.

¿Por qué singular extravío del espíritu todos en general estamos inclinados a destruir los animales que más nos ayudan? Casi todos nuestros auxiliares son perseguidos. Firme debe ser su buena voluntad, cuando nuestros malos tratos no los han alejado ya de nuestras viviendas y cultivos. Los murciélagos nos libran de multitud de enemigos: proscriptos; el topo y la musaraña purgan el suelo de gusanos: proscriptos; el erizo hace la guerra a las víboras y a los gusanos blancos: proscriptos; la lechuza y las diversas aves nocturnas son finos cazadores de ratas y ratones: proscriptos; otros de los que os hablaré más tarde, hacen trabajos de los más útiles para nosotros: proscriptos, todos proscriptos. Son feos, dicen, y, sin más razón, los matan. Pero, ciegos matadores, ¿llegaréis a comprender alguna vez que sacrificáis a vuestros propios defensores por repugnancias infundadas? Os quejáis de los ratones, y claváis la lechuza en la puerta, dejando secar al sol su armazón, horroroso trofeo; os quejáis de los gusanos blancos y aplastáis al topo cada vez que la azada lo saca a la luz; reventáis al erizo y azuzáis a los perros contra él sólo por divertirlos. Os quejáis de los destrozos de la palomilla y de la polilla de nuestros graneros, y si cae el murciélago en vuestras manos raras veces lo perdonáis. Os quejáis, y a todos los que están para defenderos los tratáis como malditos. ¡Pobres ciegos, matadores pésimamente inspirados!



Sólo en sus intereses Juan acaba de hacer un lastimoso trabajo, más lastimoso aun teniendo en cuenta los sufrimientos impuestos al pobre animal. Regocijarse en torturar a un pobre animal no es de hombres sino de brutos. Es un acto impío altamente reprobado por la moral; la ignorancia lo explica, pero no puede excusarlo. Si el animal es nocivo matémoslo en buena hora; pero guardémonos de suscitar inútiles dolores, en hacerle padecer con el solo objeto de hacer padecer. Esto sería secar en nosotros uno de los más nobles sentimientos: la compasión; sería despertar feroces instintos, que con sobrada frecuencia conducen a las espantosas consecuencias del crimen. Quien se complace en torturar a los animales, no puede compadecer las miserias de sus semejantes: es un corazón duro, inclinado al mal.

¡Cuánto os compadezco, pobres niños, que habéis presenciado, riéndoos, el horroroso suplicio de la lechuza, y que, excitados por el ejemplo del hombre, os disponíais a arrancar los ojos al ave miserable! ¡Cuánto os compadezco!



#### 44. PROVINCIA DE MENDOZA

A mil kilómetros de Buenos Aires está situada la "perla andina", Mendoza, capital de la bella provincia limítrofe con Chile. A cien kilómetros de ella está San Juan y para alcanzarla desde Buenos Aires hay que pasar por San Luis. Mu-

chas leguas al Sur encontraríamos el Neuquén, el de los bellos lagos. Trasponiendo la alta cordillera en pocas horas de tren llegaríamos a Chile. Así, la hermosa ciudad mendocina, parece estar, acurrucada como paloma, contra la gran muralla de los Andes, construída por Dios, que eleva al cielo sus grandes picos nevados, como el Aconcagua, Tupungato y el Plata, dignos émulos de los más elevados del mundo.

El Mendoza, el Blanco y el Atuel riegan sus fértiles llanuras. La industria de los hombres inteligentes y laboriosos que la habitan ha construído canales, derivados de dichos ríos, que, como las arterias en el cuerpo humano, riegan gran parte de la provincia haciendo maravillosamente fértiles sus tierras.

La viña es el cultivo casi exclusivo, pero tan intenso y tan inteligente que causa maravilla. Nada tiene que envidiar a los mejores viñedos de Europa, al contrario, podría servir de modelo a muchos.

Los grandes y hermosos racimos sirven de exquisito postre en las mesas de argentinos, uruguayos y brasileños, y, trasponiendo los mares, se presentan orgullosos en las populosas ciudades de Norte América.

Aparte de eso tiene la uva para vinificar o hacer vino. Esa es llevada a las innumerables bodegas que pueblan su suelo, y, con grandes máquinas modernas es convertida en el exquisito vino que se sirve abundante en nuestro país y también en Uruguay y Brasil.

Nos da también abundantes y variadas frutas, de las más renombradas y de las mejores especies

que se conocen. La manzana de Tunuyán, que ha comenzado a competir con la de California. El durazno y la ciruela de San Rafael. Peras, higos, naranjas, etc.

La cebada se cultiva ahora con intensidad, para abastecer a la gran fábrica de cerveza de la Carrodilla.

Mendoza tiene un clima ideal. Es seco, llueve pocas veces y durante los meses de invierno casi nada. El bello sol mendocino hace espléndidos casi todos los días de la estación invernal. De vez en cuando los temblores de tierra vienen a hacer trepidar su suelo; pocas veces llegan a ser verdaderos terremotos. Por eso la edificación tiene que ser "contra temblores".

Mendoza ha escrito su bella página de historia cuando San Martín acudió a su patriotismo para cruzar los Andes, libertar a Chile y Perú y sellar así la libertad de Sud América.

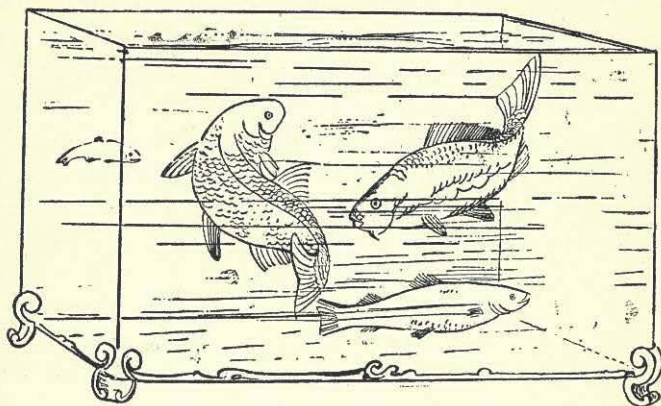


#### 45. ¿BEBEN LOS PECES?

Toda criatura viviente, privada de agua en absoluto, o muere o se paralizan sus fuerzas, hasta que pueda beber nuevamente. Todos los seres vivientes necesitan beber de una manera o de otra. Sabemos también que el agua **ingerida** se elimina pronto y que es preciso ingerir nueva cantidad de ella; el hombre puede vivir sin tomar

alimento durante cuarenta días, pero sólo resiste diez sin tomar agua.

Los peces beben, y claro es que, como viven en agua salada, no tienen otro remedio que beber agua salada. Pero no debemos suponer que los peces estén bebiendo cuando, al contemplarlos en un acuario, los vemos mover la boca, como si tragasen agua. Los peces necesitan, no sólo beber, sino respirar también; y como viven dentro del agua, tienen que respirar el oxígeno que contiene en disolución el agua en que ellos habitan.



Cuando los vemos ejecutar el movimiento indicado, lo que hacen es respirar, dejando pasar el agua a través de sus **agallas**, que substituyen en ellos a los pulmones. Esta agua no hace más que ceder a la sangre de los peces el oxígeno que contiene; pero no pasa a sus estómagos.

Cuando los peces beben, tragan el agua por la boca, lo mismo que nosotros.

**Ingerida** — Tragada.

**Agallas** — Organos respiratorios colocados detrás de la cabeza.

## 46. UN DETECTIVE IMPROVISADO

Pues, señor, acaeció una vez que como quisiera un pobre **leñador** atravesar un charco, mojáronsele las medias, y temeroso de la humedad, quitóselas, y, dejándolas junto a un cañaveral, al sol para que se secasen, tendióse a dormir sobre unas hierbecillas, las cuales, por ser ya llegados los primeros días de otoño, comenzaban a pali-decer.



Luego que durmió largo rato, abrió los ojos, y, como quiera que no hallase sino una de las dos medias que cerca de sí dejara, vino el buen hombre en pensar que algún ladrón habíasela robado al hallarle dormido, pues, que siendo la mañana

calurosa y apacible, no era posible culpar al viento la falta.

Acertó a pasar por allí el tío Cascajo y al tener conocimiento de lo acaecido, díjole:

— Veníos a casa de Pedro Díaz el barbero, que él y ningún otro es el autor de la hazaña.

— Hombre — dijo el robado, — ¿cómo creéis que pueda Pedro Díaz ser quien me robó la media, si es muy grande amigo mío y el más leal y honrado de cuantos hombres hay en este lugar?

— Dígote que él es el ladrón, y no temas acompañarme, que pronto conocerás ser cierto lo que te digo.

Partiéronse de allí, y llegados que fueron a casa del barbero, dijo el tío Cascajo:

— Pedro Díaz, pocas horas ha, que cuando saliste de tu casa, entró en ella un ladrón; y como yo lo vi entrar, y sé de cierto que de ella no ha salido, desde que entró, no será malo, hiciésemos entrega de él a la justicia.

— Entrad, dijo el barbero, y quiera Dios, **topéis** con él como decís, que no es bien que la tal gentuza ande suelta por el mundo.

Comenzó el tío Cascajo a registrar por los rincones de la casa, y ya desconfiaba de salir lucido de su empeño, cuando en el fondo de una tinaja vacía que había en la cocina, halló escondida la media que buscaba; y haciendo de ella entrega al leñador, díjole alegre y orgulloso:

— Tomad, buen hombre, vuestra media, y ved cómo no erré diciendo que era el barbero quien os la había quitado.

Muy maravillado el leñador, tomóla y preguntóle:

— ¿Podréis decirme, tío Cascajo, cómo lo habéis podido adivinar?

— Toma, muy fácilmente; si el ladrón, pudiendo tomar las dos medias no lo hizo, bien mostró ser rengo, pues, se conformaba con una; y siendo Pedro Díaz el único hombre del lugar que tiene quebrada una pierna, vine en sospecha de que nadie sino él habría tomado la media, y así ha sido.

El barbero, pidió a su amigo el leñador que le perdonase, e hízole promesa de no tomar jamás, cosa que no le perteneciera, muy convencido de que el ladrón de más seso, al robar, deja siempre un cabo sin atar.

**Leñador** — Que gana su vida cortando leña.

**Topéis** — De topar, encontrarse con...



## 47. LAS ESTACIONES DEL AÑO

### I — La primavera

El año está dividido en cuatro estaciones de tres meses cada una.

La primera que es la primavera, empieza en el mes de setiembre, en tiempo en que los días son de igual duración que las noches.

Como los días son más largos que en invierno y el sol calienta más, se deshacen las nieves y los hielos, y así se aumentan las aguas de los ríos y arroyos, que riegan y fertilizan los campos.

Ya empiezan éstos a verdear; en algunas partes está muy crecida la hierba, que sirve de pasto a los ganados, y bastante altas las **sementeras** que han de dar alimento al hombre.

Es la primavera la estación de las flores, que entonces brotan por todas partes y derraman en los montes y en los prados un olor muy suave. Son tantas y tan hermosas las que Dios ha creado, que no tienen número, ni hay monarca que con todo su poder sea capaz de hacer una sola.

También brotan los árboles y empiezan a cubrirse de hojas, al paso que las aves vuelan regocijadas y cantan con dulcísimos trinos y gorjeos; de manera que no parece sino que al venir la primavera el universo se alegra y se engalana para celebrar a su Creador que lo saca de la especie de **letargo** en que yacía y le da nueva vida.

**Sementeras** — Sembrados de trigo, lino, etc.

**Letargo** — Sueño profundo.

## II — El Verano

El verano es la segunda estación del año, y principia a fines de diciembre, cuando ya los días son muy largos y las noches más cortas.

Empieza entonces a sentirse vivamente el calor, que aumenta después y llega a ser molesto durante una parte del verano, llamada propiamente la canícula.

De resulta de tener más fuerza los rayos del sol y de estar éste más tiempo sobre el horizonte, sucede que en aquella estación se secan muchas



fuentes y arroyos, y que, por lo común, traigan menos agua los ríos.

Por tanto, los campos presentan en verano un aspecto menos frondoso y florido que en primavera; pero, en cambio de esta desventaja, con la fuerza misma del calor maduran los frutos, y llegan a sazón las sementeras.

Así es que el labrador recoge en aquella estación la principal recompensa de sus afanes amontonando los **haces** en sus **eras**, y llenando sus **trojes** para atender durante todo el año al sustento de su familia.

Buen ejemplo le dan a su vez las **próvidas** hormigas, pues las vemos atarearse, guardando entre ellas admirable orden y concierto para acarrear el grano y ponerlo a cubierto debajo de la tierra, antes que pase la estación del verano, y las sorprendan las lluvias y los fríos.

**Haces** — Gavillas.

**Eras** — Lugares donde se trilla y saca el grano.

**Trojes** — Graneros.

**Próvidas** — Cuidadosas, diligentes.

### III — El Otoño

El otoño es la tercera estación del año: principia a fines de marzo, cuando los días vuelven a ser iguales a las noches, lo mismo que al principiar la primavera, pero con la diferencia de que en otoño los días son los que van acortándose, al paso que crecen las noches.

Es la estación del otoño templada y apacible, porque han pasado ya los calores excesivos y aun no se siente el rigor del frío.

Con las primeras lluvias, que recibe con gusto

la tierra **agostada** y seca por los ardores del verano, son más abundantes los pastos, los árboles ostentan su verdor, y el campo vuelve a aparecer fresco y **lozano**.

Muy ricos y abundantes frutos se recogen en esta estación, porque en ella se verifican las vendimias, para exprimir el mosto de las uvas y convertirlo en vino; y poco después se efectúa la cosecha del aceite, prensando las aceitunas que dan los frondosos olivos.

Así es que no hay estación del año más alegre y regocijada para los que disfrutan de la vida del campo, siendo además muchas y sabrosas las frutas con que el otoño contribuye al regalo del hombre.

Pero todo va mudando insensiblemente de aspecto a medida que se va concluyendo aquella estación; los días son ya demasiado cortos, y el sol se muestra menos encendido y brillante; empiezan a caerse las hojas de los árboles y no hay nada más triste que verlas arremolinadas por el viento, o pisarlas secas cuando recorremos un bosque.

No parece sino que recuerda al hombre que así pasan todas las cosas y muy especialmente su vida.

Al ir ya de vencida el otoño abandonan las golondrinas y otras aves nuestro hermoso suelo, donde se habían refugiado huyendo del calor excesivo del norte, y vuelven a aquel clima.

Su instinto las trajo, y su propio instinto las lleva. Hasta en las cosas más leves hay que admirar la mano de la Providencia.

**Agostada** — Casi seca.

**Lozano** — Abundante en pastos.

#### IV — El Invierno

El invierno es la cuarta y última estación del año: principia a fines del mes de junio, en el punto mismo en que los días son más cortos y las noches larguísimas.

Los árboles se presentan desnudos de hojas y los prados sin verdura ni flores; pero en esta estación se labran y abonan los campos, para que den a su tiempo abundantes mieses y frutos.

Dios ha dispuesto en su infinita sabiduría que la tierra descanse algún tanto para producir luego más, y que el hombre la riegue con el sudor de su frente antes de recoger sus tesoros.

En el invierno son, por lo común, más frecuentes las lluvias que en ninguna otra estación, por lo cual los arroyos suelen venir crecidos, los ríos salir de madre, y correr impetuosamente los torrentes por los montes y los valles, que aparecían secos en verano.

Como los rayos del sol tienen menos fuerza en el invierno, al paso que el cielo suele estar entoldado con nubes y **celajes**, esta estación es triste y melancólica, aunque no falta de cierta majestad y grandeza, como sucede siempre que se descubre el poder del Altísimo...

Pocas cosas hay más hermosas que los campos cubiertos de nieve y pocos espectáculos tan sublimes como una tormenta: porque sobrecogido el hombre por una especie de temor religioso, reconoce su pequeñez, y naturalmente eleva su ánimo a Dios que dispone del trueno y del rayo.

En medio del rigor del invierno, parece como que se aprecia más y se agradece a Dios disfrutar

un hermoso día, cuando el sol se muestra radiante, infundiendo calor y vida; así como no puede menos de admirarse el poder del Creador al contemplar en una noche de enero la apacible luz de la luna, que sigue majestuosamente su curso por un cielo sembrado de estrellas.

**Celajes** — Nubecillas tenues y desgarradas.



## 48. EL MERCADO CENTRAL DE FRUTOS

El Mercado de Frutos, gigantesco depósito de la producción nacional y los molinos elevadores de granos emplazados en el puerto, son otras de las curiosidades que ofrece Buenos Aires. Una poderosa maquinaria eléctrica hace entrar el trigo por los elevadores y lo pasa de sección en sección, hasta que sale convertido en harina.

Nada tiene esto de extraordinario, pues maquinarias iguales se ven en muchas partes; pero lo que asombra es la enorme cantidad de grano que pasa por aquéllas.

El Mercado de Frutos únicamente puede describirse diciendo que es un edificio monstruosamente enorme. Algunos autores lo reputan como el mercado mayor del mundo. Su edificación de cuatro pisos, toda de hierro, cubre una superficie de 150 mil metros cuadrados, y costó 4 millones y medio de pesos oro a la sociedad constructora. Al mismo tiempo que un depósito, funciona como

una gran Bolsa de Comercio, pues en él se efectúan las compras y las ventas de los productos del país.

En ningún otro monumento de Buenos Aires se ve con tanta claridad como en este edificio la grandeza económica de la República: 72 grúas y ascensores a vapor se mueven en los diversos pisos; numerosas vías férreas unen entre sí las **vastas** dependencias del mercado; prensas hidráulicas, motores de esencia y máquinas de vapor funcionan dentro de él.

Todo el mundo vive, se agita, discute, **regatea**, examina, enfarda, compra, vende, gana y pierde, bajo la misma techumbre. Se amontona la lana en cantidades gigantescas, formando blancas y muelles colinas de **vedijas** que equivalen a millones y millones de kilogramos. Junto a este producto de los inmensos rebaños argentinos, se apilan las pieles de cordero, los cueros de caballo y de vaca, los paquetes de plumas de avestruz. De este mercado, grande como un pueblo, sale una parte de la lana que nos abriga y que se exporta a Europa, y del cuero que defiende nuestros pies. En otras secciones se amontonan bolsas de cereales y toneles de grasas. Más de mil vagones cargan o descargan en las épocas de cosecha.

### V. B. I.

**Vastas** — Grandes, extensas.

**Regatear** — Ofrecer menos de lo que se pide.

**Vedijas** — Porciones de lana apretada y enredada.



## 49. EL MENDIGO

*¡Cómo lo recuerdo! se acercó a mi puerta,  
me tendió su mano toda encallecida,  
y con voz doliente, triste y querellosa  
me contó la historia de todas sus cuitas.*

*Era su semblante, pergamino seco,  
manzana cubierta de estrías y arrugas,  
donde puso el hambre todos sus horrores  
y el dolor las lacras de sus fieras uñas.*

*Brillaban sus ojos en aquella cara  
tal como dos ascuas sobre un negro manto,  
y eran sus miradas, dagas y puñales,  
que el alma partían con agudos tajos.*

*Me pidió limosna por su Dios bendito  
con acento trémulo, con lenguaje rudo,  
y en aquella mano que hacia mi tendía,  
después de besarla, coloqué un mendrugo.*

*Me miró con ojos apacibles, tiernos;  
de sus labios cárdenos brotó una sonrisa;  
¡Dios mío, qué pronto se consuela al pobre,  
dándole limosna de cariño ungida!*

*Y se fué rezando santas bendiciones,  
Y allá cuando estaba muy lejos..., muy lejos,  
moviendo en los aires su rugosa mano,  
como un tierno niño me mandaba un beso.*

*¡Ángel de mis penas, mendigo harapiento,  
que Dios ilumine tu errante camino;  
yo también soy pobre que voy por el mundo  
pidiendo limosna de dicha y cariño!*

**Querellosa** — Quejosa.

**Cuitas** — De todas sus penas.

**Estrías** — Rayas.

**Lacras** — Heridas.

**De cariño ungida** — Que a la limosna unió el cariño.

## 50. TARTARIN DE TARASCON

Era un desierto salvaje, erizado de plantas muy extrañas, de esas plantas orientales que parecen animales bravos. Con la escasa luz de las estrellas, su sombra se agrandaba, estirándose por el suelo en todos sentidos. A la derecha se veía la masa confusa de una montaña, el **Atlas**, quizá. A la izquierda se oía el mugido de las olas. Era un sitio que debía atraer las fieras.

Con un fusil delante de él y otro en las manos Tartarín de Tarascón hincó una rodilla en tierra y esperó. Esperó una hora, dos, ¡y nada! Entonces recordó haber leído en sus libros favoritos que los grandes matadores de leones no iban nunca a cazarlos sin llevarse un cabrito, que ataban a algunos pasos de sí y que hacían balar tirándole de las patas con un piolín. No teniendo cabrito, el tarasconense imaginó imitar a ese animal y se puso a balar con voz lastimera: “¡Be! ¡Be!” Primeramente lo hizo muy bajito, porque tenía algún miedo de que el león lo oyese; después, viendo que no venía, baló con más fuerza: “¡Be! ¡Be!” Nada, todavía. Lleno de impaciencia, chilló más y repitió muchas veces: “¡Be! ¡Be! ¡Be!” con tanta fuerza que su balido parecía el mugido de un toro...

De repente, a algunos pasos delante de él vió un bulto negro y grande que se movía, olía el suelo, saltaba, se revolcaba, echaba a correr, luego volvía, y se paraba de pronto.

No había duda: era el león. Ya distinguía per-

fectamente sus cuatro patas cortas, su espesa melena y sus ojos que relucían en la sombra.

¡Apunte! ¡fuego! ¡pum! ¡pum! Era cosa hecha. Había matado a un león. Su gloria estaba ya asegurada. Todo Tarascón se regocijaría al saberlo, vestiría sus mejores galas, habría gran fiesta entre los tarasconenses, y al regresar triunfante, sus convecinos le llevarían en andas.

Imposible es relatar el estado de alma de Tartarín al pensar que había dado caza a un león en pleno desierto africano. Estuvo a punto de sufrir un desvanecimiento, efecto del gran placer que experimentó en el momento de salir el tiro. . . . Pero se repuso inmediatamente, y calculando que la fiera acaso no estuviese sino herida, nuestro héroe dió un salto hacia atrás y desenvainó su cuchillo de monte; en efecto, un quejido especial, pero imponente, que al bravo cazador pareció un rugido espantoso, respondió al tiro.

¡Está herido! exclamó Tartarín; y con el cuerpo recogido y el cuchillo dispuesto para blandirlo con **pujante** fuerza, se preparó a recibir el ataque de animal tan fiero; pero éste, en vez de atacar, huyó. Sin embargo, él no quiso moverse, pues esperaba la hembra.

Desgraciadamente, ésta no vino, según solía acontecer en semejantes casos, a juzgar por lo que él había leído en las relaciones de los más intrépidos cazadores, y después de tres o cuatro horas de espera, el valiente Tartarín se cansó.

La tierra estaba húmeda, la noche fresca y la brisa del mar empezaba a soplar.

— Si echara un sueño mientras llega el día, se dijo.



Y para evitar el resfrío, recurrió a la tienda de campaña. Pero, ¡qué demonio! Era ésta de un sistema tan ingenioso y lo había ensayado tan poco, que le fué imposible abrirla.

Por más esfuerzos que hizo, sudando a mares, la condenada tienda permaneció cerrada. Nuestro héroe la largó al suelo y se echó encima, jurando como verdadero **provenzal**.

— ¡Taratá, tará... taratá!

— ¿Qué es eso? — dijo Tartarín despertándose alarmado.

Eran los clarines de los cazadores de Africa que tocaban **diana** en los cuarteles de Mustafá.

Nuestro matador de leones, estupefacto, se restregó los ojos. ¡El que se creía en pleno desierto! ¿Sabéis en donde se hallaba? Pues en un plantío de alcachofas, de coliflores y de remolachas. Su Sahara tenía verduras.

Muy cerca de él, en la linda colina de Mustafá de Arriba, se veían hermosas quintas **argelinas**, blancas como palomas y que brillaban con el rocío.

El espectáculo burgués y plácido de aquel paisaje admiró mucho a nuestro hombre y le puso del más pésimo humor. Después fijando más la mirada en el sitio teatro de su hazaña:

— Esas gentes están locas, se decía; plantar alcachofas donde moran los leones, porque yo no he soñado. Han venido hasta mí. ¡Bien clara está la prueba!

Dicha prueba eran algunas manchas de sangre que el animal, huyendo, había dejado detrás de sí. Inclinado sobre aquellas huellas sangrientas, con ojo **avizor** y revólver en mano, el valiente

tarasconense llegó de alcachofa en alcachofa hasta un campo de avena. Vió allí la hierba pisoteada, un charco de sangre y en medio de éste, echado sobre el costado, con una tremenda herida en la cabeza, divisó un... ¡Adivinad qué!

— Pues, ¿un león?

— No; un borrico, uno de esos borriquillos tan comunes en Argelia.

*A. Daudet*

**Atlas** — Cadena de montañas del norte de Africa.

**Pujante** — Que tiene fuerza, vigor.

**Provenzal** — Natural de Provenza, provincia de Francia.

**Diana** — Toque militar al amanecer.

**Argelinas** — De Argel o Argelia.

**Avizor** — Que acecha.



## 51. UN EPISODIO DE NUESTRA HISTORIA

*Previsión de Mitre*

El día de la gran batalla de Tuyutí, en el momento **álgido** del combate, acercóse a las filas argentinas, en actitud pacífica y mostrando una completa desorganización, un regimiento de caballería enemiga.

Los batallones argentinos, que habían formado cuadro, suspendieron el fuego al observar que los jinetes sufrían el fuego, calladamente y sin hacer la menor señal de resistencia.

— ¡Son pasados! ¡Son pasados! — dijeron varias voces en el cuartel general.

— ¡Son pasados! — cundió por las filas de los infantes argentinos.

El general Mitre, que estaba cerca del lugar del suceso, miraba impassible el avance de los enemigos.

Con mucha calma, llamó a uno de sus ayudantes, y, en voz baja, le dió una orden, hecho lo cual volvió a su primera actitud.



De súbito, y cuando los primeros jinetes estaban ya sobre las bayonetas argentinas, sonó un clarín, y los supuestos pasados, organizados en un instante, se precipitaron sobre los cuadros de nuestra infantería, agitando al aire las brillantes hojas de sus pesados sables.

Una descarga cerrada hecha a quema ropa, les contuvo un instante; pero, rehechos en un minuto, volvieron a la carga con empuje loco, increíble, **tenaz...**

Las cargas, cada vez más violentas, se sucedían sin interrupción, poniendo en serios apuros a las fuerzas argentinas, cuando sonó el cañón por uno de los **flancos** de los asaltantes.

Era la batería de campaña del comandante Maldones que, oportunamente advertida y enmascarada por un palmar, exterminaba a metrallazos el restos de aquellos valientes, dignos de mejor suerte y de sostener más digna causa.

La destrucción de aquella fuerza detuvo a la infantería enemiga que avanzaba al trote, contando con la brecha que suponían abierta por sus jinetes.

El ejército argentino, entusiasmado, vivaba a Mitre, cuya previsión había evitado una sorpresa bien concebida y mejor ejecutada.

Un jefe superior se acercó al generalísimo y, después de saludarle, le expuso que reconocía el error en que había estado, suponiendo que aquellos fanáticos del valor hubiesen abandonado sus filas para pasarse a las nuestras.

Mitre, sonriente, y con su habitual calma, contestó:

— Para hacer la guerra se necesita indudablemente soldados, armas y dinero: pero, antes que todo, se necesita conocer el carácter del enemigo que se va a combatir. ¡Los paraguayos no se pasan nunca! ¡No lo olvide jamás!

Y sereno como siempre continuó observando el curso de la acción, tan impassible y tranquilo que nadie hubiera creído que aquel hombre superior estuviera rodeado por la muerte.

*J. M. Aubín*

**Algido** — El más intenso, el más fuerte.

**Tenaz** — Constante, que no cede.

**Flanco del ejército** — Una ala, un costado.

## 52. PASEANDO POR TUCUMAN

Visitemos hoy, amados niños, la provincia de Tucumán, la tierra de los naranjos y sobre todo de la caña de azúcar, la provincia mejor regada de la República y por lo tanto una de las más ricas, y la más poblada en relación con su extensión.

El aspecto del suelo es tan pintoresco y tan ameno que se ha llamado a esta provincia "Edén Americano" y "Jardín de la República".

Las principales producciones en el reino vegetal, son: la caña de azúcar que ocupa no menos de 85.000 hectáreas, el maíz, trigo; tabaco, café, arroz y gran cantidad de árboles frutales; especialmente el citrus, con sus especies y variedades de naranjos, pomelos, limones, limas, toronjas, etc.

La ganadería se desarrolla poco a poco, mas no proporciona todavía lo suficiente para las necesidades de la población.

Los bosques de las sierras del norte y del oeste, producen maderas de construcción muy estimadas: cedros, nogales, quebrachos, algarrobos.

Si con el tiempo se llega a explotar sus minas y canteras, se tendrá otra gran fuente de riqueza, pues abundan el oro, la plata, el cobre, el plomo y los mármoles.

El cultivo de la caña de azúcar y su industrialización absorbe todas las energías vitales de la provincia, descuidándose lastimosamente las demás actividades a que el hombre puede recurrir; por eso todas las explotaciones de que hemos hablado se encuentran limitadas.

La capital de la provincia es la ciudad de Tucumán, cuya población pasa de 100.000 habitantes. Sabéis todos, amados niños, los dos grandes acontecimientos acaecidos en esta ciudad el 24 de septiembre de 1812 y el 9 de julio de 1816: la victoria de Belgrano y la proclamación de la Independencia respectivamente.

Después de saludar las estatuas de Belgrano y del insigne escritor Juan B. Alberdi, entremos en la iglesia de la Merced y veneremos dos reliquias históricas: las dos banderas tomadas por Belgrano a los realistas en la batalla de Tucumán, y el bastón de mando que el insigne militar ofreció a la Virgen en acción de gracias por la gran victoria alcanzada. Postrados a los pies de la Virgen de las Mercedes, como lo hizo en 1812 don Manuel Belgrano, pidámosle que siga bendiciendo a nuestra amada Patria y la guíe siempre por el sendero del progreso, del honor y de la verdadera grandeza que consiste en el valor moral de sus habitantes.



### 53. SE IGNORA EL PRECIO

De la primera comunión.

De la sonrisa primera de un niño.

De un hombre que reza el rosario.

De un consejo oportuno para el prójimo.

De la corrección de un padre prudente.

De las lágrimas de una madre.

De haber sabido callar.

De haber hablado con entereza católica.

De haber protestado contra la calumnia.

De haber propagado un periódico católico.



*El hombre compasivo para la aflicción  
ajena, revela un corazón semejante  
al noble árbol que, herido, mana el  
bálsamo.*

BALMES

*La sonrisa es la floración de un alma  
en paz.*







## 54. MI BANDERA

Es blanca y celeste la bandera de mi patria; blanca, como la nieve que corona las crestas de los Andes, celeste, como el **diáfano** firmamento que cubre la tierra en que se meció mi cuna; es blanca como la cándida **veste** de una virgen, celeste como las aguas del inmenso mar.

¡Qué majestuosos me parecen los Andes, ostentando su **nívea** corona; y el cielo azul, qué hermoso me parece en las apacibles tardes de primavera! ¡Qué linda es una virgen cubierta con el blanco ropaje de la azucena; y la mar azulada que se dilata inmensamente, ocultándome sus confines, qué grandiosas ideas fomenta en mi alma, cuando la contemplo desde las playas de mi tierra, que ella besa con cariño, o furibunda, azota!

Es blanca y celeste la bandera de mi patria; y al mirarla con ese loco **frenesí** que nace del amor cuando es inmenso, descubro en ella, en sus simbólicos colores, toda la majestad y belleza de la patria mía.

La nieve de los Andes, la veste de la virgen, el firmamento azul, la mar inmensa, prestáronle sus colores, como augurio de felicidad y grandeza para el pueblo que había de crecer a su sombra, cuya gloria sería tan encumbrada como el firmamento, tan inmensa como el mar; tan pura como la nieve de los Andes.

¡Qué nobles ideales guiaron al inmortal Bel-

grano al escoger los bellos colores de mi patrio pabellón!

Yo los beso con cariño, con delirante entusiasmo; y al besarlos de rodillas, pido al Dios de las naciones que la gloria de mi pueblo sea siempre tan encumbrada y pura como los colores de su bandera.

Es blanca y celeste la bandera de mi patria; ni una mancha la deslustra. Al desplegarla a los vientos, contemplan las naciones su inmaculada belleza, y formando grandioso coro entonan a su gloria esta estrofa inmortal:

*¡Al gran pueblo argentino, salud!*

No hay manchas en la bandera de mi patria; jamás la salpicó el **fango** vil; el fango que no llega al azulado firmamento, ni mancilla tampoco la nieve que corona los gigantescos Andes.

Esas manchas rojas, muy rojas, que diviso, constituyen su gloria más querida; son manchas que mi bandera conservará eternamente y mostrará a los hijos de este suelo como ejemplo de civismo y de valor.

La **púrpura** que tiñe el blanco y azul de mi bandera es la sangre de los bravos que pelearon a su sombra: cayeron a su pie, y al inclinarse mi bandera para cubrir sus heridas, los héroes de la patria dejaron en ella, estampadas con su sangre, las pruebas de su heroísmo.

¡Oh, noble bandera, que te yergues ufana ostentando a la faz del mundo entero la historia gloriosa que en tus pliegues escribieron tus valientes! ¡Oh, invicta bandera, que jamás humillaron las cadenas del vencedor!

¡Oh bandera inmortal que brillas, más por tus hazañas que por el sol que irradia tus colores! ¡Oh, hermoso pabellón, recibe en este día el homenaje de la Patria! ¡Que a tu sombra no se oculte jamás la cobardía! ¡Que vivan junto a ti la virtud, el valor, el heroísmo! Que los hijos de este pueblo, al recordar las hazañas de sus padres y al contemplar tus glorias, añadan a tus laureles otros nuevos, y antes que empañar tu brillo, caigan a tu pie como invencibles, y descansen en tus pliegues.

**Diáfano** — Limpio, lleno de luz.

**Veste** — Vestidura.

**Nívea** — De nieve.

**Frenesí** — Exaltación grande del ánimo.

**Fango** — Lodo espeso, barro o cieno.

**Púrpura** — Color rojo.



## 55. PATRIA

Escribe un autor contemporáneo:

“El amor de la Patria, con el amor de la Iglesia, es el sentimiento más sagrado del corazón del hombre; uno no es incompatible con el otro. *La Patria es nuestra iglesia del tiempo, como la Iglesia es nuestra patria de la eternidad.*

Ambas tienen el mismo centro, *Dios*; el mismo interés, la *justicia*; el mismo asilo, la *conciencia*; los mismos ciudadanos, que son los cuerpos y las almas de sus hijos”.

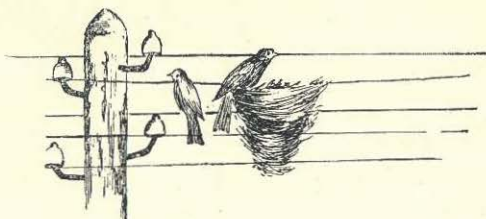
*¡Iglesia y Patria!* Tal ha de ser el lema de todo buen argentino.

## 56. CIENCIA AMENA

*Instinto curioso de los pájaros*

No es en gran manera el de cierta especie de las numerosas que pueblan las **selvas** del Brasil.

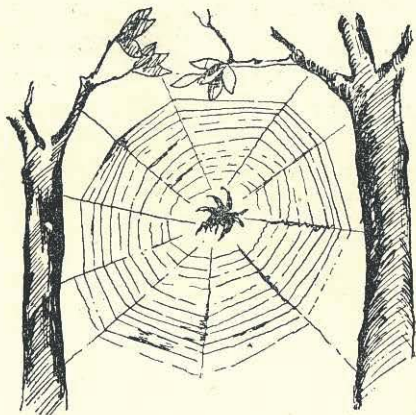
Esos pájaros, tienen la singular **manía** de colgar su nido de los alambres telegráficos.



Salta a la vista las perturbaciones que ello origina en el envío y transmisión de despachos. De aquí que los obreros telegrafistas componedores de las líneas, le tengan al bicho ese, por el mayor de sus enemigos, y no sin razón, por cuanto, apenas ve destruído su nido, empieza sin gran demora a construir otro semejante. Antes lo efectuaba en los árboles, pero cierto día el maravilloso instinto de que le dotó el Creador le impulsó a hacerlo en los alambres, debido también a que su nido estaba allí a cubierto de la peligrosa vecindad de las serpientes, sus más terribles enemigos. Eso y la ingeniosa manera de adoptar y sujetar el nido a los alambres, colocan a esos pájaros en la serie de los de instinto realmente curioso e interesante. ¡Hay que ver las maravillas que en grande y en pequeño ha sembrado, como al azar, en el mundo, la solícita providencia del Señor!

*Otra rareza.* — Esta vez, no es ya un ave, sino una araña de Madagascar la que ha excitado vivamente la atención de los naturalistas que la han contemplado en su trabajo.

En el punto medio de su tela pone este insecto muy sujeta por uno de sus extremos, una especie de cuerda o bramante bastante grueso, de un blanco brillante, y doblado en zigzag. Por largo



tiempo se preguntaron los sabios el motivo de ello y su utilidad, que al parecer era innegable, por cuanto apenas se le destruía, empezaba la araña a confeccionar otro parecido. Al cabo, el observador y sabio **naturalista**, doctor Winson, halló la clave del **enigma**.

Era la centésima vez que el incansable doctor contemplaba y observaba con suma atención los movimientos del insecto, y ya casi desconfiaba de hallar la solución, cuando ella vino del modo más inesperado.

Cayó una langosta en las telas y con sus movimientos empezaba a destruirlas, cuando he

aquí, que la araña acude al instante, y tomando la extremidad suelta del cable empieza a atar con él a la langosta, para quien eran demasiado débiles y frágiles los hilillos ordinarios de la tela.

Como esos hilos, o cuerdas, o cables, son muy resistentes, se ha ensayado con éxito su empleo en la confección de... vestidos. Así tal cual suena. ¡Qué cosas! Vivir para ver. ¿Quién sabe las sorpresas que nos depara la Naturaleza y el ingenio humano! A lo mejor vamos a vestirnos algún día, con los tenues hilillos de las telas de araña. ¡Quién sabe...!

**Selvas** — Bosques tupidos y salvajes.

**Manía** — Costumbre rara.

**Naturalista** — Que estudia la naturaleza.

**Enigma** — Misterio.

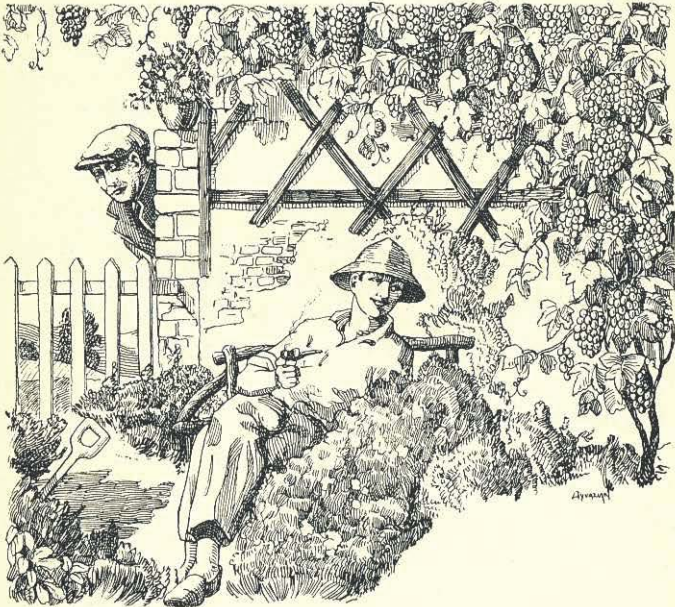


## 57. NO SEAS ENVIDIOSO

Un **hortelano**, que era muy inteligente, cultivaba en su terreno las más hermosas hortalizas y las mejores frutas. Se levantaba muy temprano, se acostaba tarde, y trabajaba todo el día.

Había en el vecindario otro hortelano no menos inteligente, pero que tenía envidia de la prosperidad de su prójimo. Cada vez que veía que los árboles y las demás plantas del primero daban buenas esperanzas, estaba inquieto, y era mucho peor cuando estas esperanzas se realizaban; entonces estaba desconsolado. Un año había notado

que la parra de su vecino anunciaba una cosecha soberbia, mientras que la suya no prometía nada bueno, sin duda porque estaba menos expuesta al sol. No pudiendo resistir al deseo de satisfacer su envidia se levantó por la noche y cortó todos



los sarmientos más hermosos de las cepas de su vecino: marchóse luego sin que le vieran y al día siguiente supo con gozo que aquél estaba sumamente afligido.

Ahora bien, en aquel tiempo no se conocía el arte de podar la viña; no se sabía que para obtener uvas hermosas y buenas es preciso quitar a cada cepa la mayor parte de los sarmientos nuevos. Causó pues mucha admiración el ver que la parra,

lejos de sufrir, producía uvas en grande abundancia y exquisitas.

El envidioso sintió tanta pena que cayó enfermo. Pero su vecino, que reflexionó sobre este acontecimiento, comprendió que era porque, **cercenando** una parte de los sarmientos, toda la savia de cada cepa había aprovechado al fruto.

De esta observación dedujo el arte de podar la viña, que llegó a ser para él un manantial de riqueza. El envidioso murió de **despecho**.

La envidia es una tenia que consume al que la alimenta.

Por envidia Caín mató a su hermano Abel.

No confundir *envidia* y *emulación*: ésta es un deseo de igualar a los demás y aun de superarlos, si es posible; aquélla quiere rebajarlos y arrebatárselos lo que tienen. La emulación enaltece, la envidia envilece.

**Hortelano** — Que cultiva la huerta.

**Cercenar** — Cortar.

**Despecho** — Rabia.

□ □

## 58. MI PATRIA

Imaginad un **patrimonio** espléndido, una tierra nobilísima, en la que Dios ha sembrado riquezas y hermosuras sin cuento, una tierra encantadora, que tiene cielos de **luminoso zafiro** y alfombras de reluciente esmeralda; un suelo virginal donde crecen las flores más delicadas y



en cuyas selvas anidan los pájaros de trinos más melodiosos, de gorjeos más llenos de ternura... esa tierra fértil, cuna de virtuosos y esclarecidos varones, esa es la República Argentina, esa es mi patria.

¡República Argentina! ¡Qué nombre tan armonioso y dulce, tan agradable y suave, compendio de todo lo grande, de todo lo santo, noble y majestuoso!

Patria es el hogar donde vimos la primera luz de la aurora, donde aspiramos el aire impregnado de los **efluvios** de los jardines, donde recibimos las caricias, que sellan la ternura de las madres...

Patria es el templo augusto en que elevamos a Dios nuestra plegaria; es la fe que nos fortalece; la esperanza que nos alienta; la caridad que nos eleva; los **panoramas** de incomparable belleza; el esplendor del claro cielo; las páginas brillantes de la historia; la hermosa **enseña** que flamea, en lo más alto de nuestras murallas, es... todo lo grande que hay sobre la tierra.

¡Cuán bella eres, patria mía! Yo te amo con todo mi corazón; no alcanzo a comprenderte en toda tu grandeza, pero te amo y me siento orgullosa de haber nacido de ti, de llamarme hija tuya.

¿Cómo no he de amarte, si en ti están el dulce hogar donde desperté a la vida, el santuario donde Dios me escucha, la escuela donde se modeló mi espíritu y también las tumbas benditas de mis más queridos seres... ¿cómo no he de amarte?

¡Oh, santo y dulce hogar de los argentinos!

¡Oh, patria mía, tierra querida, donde di los primeros pasos, donde recibí las primeras caricias, donde vertí mis primeras lágrimas, donde espero

exhalar mi último suspiro para volar a la tierra de la felicidad eterna. . .

¡Bendita seas!

*María Mercedes Señorans.*

**Patrimonio** — La herencia del padre.

**Luminoso zafiro** — Del color de esta piedra preciosa.

**Efluvios de los jardines** — Aromas que de ellos salen.

**Panorama** — La vista de una parte de campo.

**Enseña** — Bandera.



## 59. EL MENSAJERO

— ¡Mamá, mamá! hoy he ganado diez centavos.

— ¿Tú? ¿Cómo?

— Muy fácil, fuí a llevarle a la señora Carmen los tomates que para ella compras. Me preguntó cuanto valían, y al darme los diez centavos, me dió veinte.

— Y al dártelos, qué te dijo?

— Me dijo. . . dijo: “Toma los diez centavos y dáselos a tu mamá. ¡Ah! y dile que gracias”. De manera que bien claro se ve que se equivocó; creyó darme diez y me dió veinte. ¡Como es medio ciega!

— ¿Y tú crees que estos centavos son tuyos?

— ¡Claro!

— Turbio, digo yo. Si la pobre señora se equivocó, tu deber era devolverle en el acto los diez centavos que te daba de más.

— ¡Pero si era una sola moneda!

— Cambiarla en el almacén, y darle en seguida a la señora Carmen lo sobrante; ya que no lo

hiciste entonces, ahora, iremos a devolverle lo que es muy suyo.

Así se hizo en efecto; y como la señora era pobrísima agradeció mucho el acto de Albertito.

Pobres eran también los padres de Albertito pero como tenían clara idea de la honradez, iban educando a su hijo en el saludable respeto a la propiedad ajena.

El hecho anteriormente narrado, contribuyó como veréis, a labrar el porvenir del muchacho.

Pasando días y creciendo Alberto, fué necesario buscarle una ocupación, abundando los buenos empleos, con disgusto de todos, y con especialidad de la madre, solicitó y obtuvo al fin **una plaza** de mensajero en una de las acreditadas agencias de la ciudad.

Al principio Albertito llegaba a su casa con los pies llagados, pues si bien en la Agencia le daban centavos para pagar los tranvías siempre que podía repartía los mensajes a pie. ¡Qué modo de caminar! Pero regresaba a su casa satisfecho, pues al modesto sueldo que ganaba, podía añadir, no sólo los centavos que recibía como propinas sino los que sus piernas economizaban.

Una noche, a eso de las nueve, tuvo que ir Albertito con un mensaje, y de allí a llevar la contestación a otra casa; fué el chico a la primera, recogió la respuesta y, ligero como un **gamo** se dirigió a la segunda. En el zaguán, poco alumbrado de la casa, lo recibió un señor joven que le tomó la carta, y enterado de que debía abonar setenta centavos, metió mano en el bolsillo y le entregó a Alberto un peso diciéndole: "Guárdate el vuelto".

Como una propina de treinta centavos no es frecuente, y el muchacho no quería decir a la Agencia el regalo que le habían hecho, resolvió cambiar el billete en un almacén.

Pero he aquí que al penetrar en el almacén para obtener cambio, advirtió que lo que en la mano llevaba era un billete de cinco pesos, y no de uno, y ¡oh saludable poder de la buena educación! en aquel momento vino a su memoria el recuerdo de los diez centavos de la señora, y como avergonzado, salió a la calle otra vez con los cinco pesos en la mano.

No tuvo que reflexionar mucho Albertito para saber lo que tenía que hacer, y aun presintiendo que su patrón le reñiría por la tardanza, desanduvo lo andado, dirigiéndose de nuevo, donde, por equivocación le habían dado aquel billete.

Salió a recibirle el mismo caballero, alargando la mano por suponer, al ver al muchacho, que traía un nuevo mensaje; pero el chico, con la gorra en una mano, y el billete en la otra, expuso, medio **balbuciente**, el motivo de su visita que no era otro que el devolverle los cuatro pesos que le había dado de más.

Sorprendió al caballero aquel acto de honradez en un chico de su edad y condición; le dirigió varias preguntas referentes a él y a su familia, y ya impuesto de todo, le dijo que esperase un poco, pues iba a escribir una carta que llevaría en seguida.

A los pocos minutos volvió el caballero con una carta que entregó a Alberto, diciéndole: "Llévala ahora mismo", y dándole una palmadita en el rostro añadió: "Creo que nos veremos ahora con

frecuencia; eres un buen muchacho, anda con Dios”.

Firmó el mensajero la carta y, no fué, voló a donde le indicó el señor. Decía así la misiva:

“Querida madre: el chico por quien te interesabas para **lacayo**, ni ha vuelto, ni se dónde vive, pero en cambio te presento este que aun creo mejor. El que te mando es el mismo mensajero que te lleva esta carta. Llámale, hazle hablar, y dile que te cuente lo que ha hecho conmigo. Su relación te explicará el por qué se interesa por él, tu hijo Antonio”.

El resto ya se supondrá.

La señora hizo venir a su presencia a Alberto, escuchó lo ocurrido, y, alabando su buena acción le dijo: “Di a tus padres que vengan mañana a hablar conmigo, pues tal vez te tome a mi servicio. Aquí trabajarás menos y ganarás más. Ahí tienes el precio del mensaje y un peso de propina para tí”.

Al día siguiente fué la madre de Alberto a hablar con la señora, y al ser las proposiciones que le hicieran más aceptables, el muchacho dejó la agencia para trocarse en ayudante del chófer.

Como el chico era inteligente y bueno, pronto se **captó** las simpatías de sus patrones, y gracias a su apoyo, pudo hacer el aprendizaje de chófer, rendir examen, y obtener con su patente, un oficio lucrativo y honroso.

*R. Monner Sans.*

**Una plaza** — Un puesto, el empleo.

**Gamo** — Una especie de ciervo que corre muchísimo.

**Balbuente** — Que apenas acierta a hablar.

**Lacayo** — Que acompaña para abrir y cerrar las puertas.

**Se captó** — Se atrajo, se granjeó, se ganó.

## 60. HOJEANDO NUESTRA HISTORIA

*Presbítero Dr. Manuel M. Alberti*

Nació en Buenos Aires el 28 de mayo de 1763 y murió en la misma ciudad el 2 de febrero de 1811. Cursó sus estudios en el famoso colegio de San Carlos y se doctoró en la Universidad de Córdoba. Ocupó honradamente varios curatos, tanto en la Banda Oriental, como en Buenos Aires. Fué



un entusiasta partidario de la Revolución de Mayo y tomó parte en los cabildos abiertos que precedieron y prepararon al 25 de Mayo.

En vista de su ardiente patriotismo y gran influencia fué elegido miembro de la primera Junta de Gobierno.

Amigo y admirador de don Mariano

Moreno, lo acompañó en la redacción de la Gaceta, mas no asintió a la muerte de Liniers que creía innecesaria y contraproducente y una solemne ingratitud hacia un hombre de tanto mérito.

El doctor David Peña, hablando de la influencia del clero en la independencia argentina se expresa del modo siguiente:

“Hábil y justa fué la designación que se hiciera de un sacerdote, como miembro de la junta, honor que recayó en el cura rector de la parroquia de San Nicolás, doctor don Manuel Alberti, que, por haber fallecido al año siguiente, no dejó ningún recuerdo de su acción gubernativa. Que era hombre de luces dícelo la función que le acordó en el seno de la junta, a indicación de Moreno: recibir y revisar todas las publicaciones destinadas a remover el patriotismo y en general, los asuntos encaminados a la organización del nuevo estado...”



## 61. PASEANDO POR LA RIOJA

Prosiguiendo nuestras excursiones, visitaremos hoy a La Rioja. Es una de las provincias más pobres de la República. La región del este es árida por carecer de agua. En los valles hay buena vegetación. Cultívanse en particular la vid, unas 5.000 hectáreas, el trigo, el maíz, la cebada, la avena y algunos árboles frutales: el olivo, el manzano, el nogal, el naranjo, la higuera.

Al recorrer esa provincia, hállanse vestigios reveladores de que en otro tiempo La Rioja era una de las regiones más productivas entre todas las provincias andinas. Mas pasaron por allí las montoneras del feroz Quiroga, de Peñaloza, el Chacho, y de los demás caudillos y tiranuelos que todo lo asolaron, que todo lo saquearon y destruyeron.

Han de transcurrir todavía muchos años antes de que La Rioja vuelva a su pasada prosperidad. Quiera Dios que los gobernantes de esta provincia, pongan todo su empeño en fomentar el desarrollo o la implantación de unas industrias florecientes en otro tiempo y que han desaparecido ya casi por completo.

Las regiones de Vinchina y Guandacol, al noroeste de la provincia, son un lugar de pastoreo para los rebaños de otras provincias de paso para Chile.

La ganadería no alcanza a 400.000 cabezas. Abundan como en las demás provincias andinas, las mulas y los asnos que sirven para el acarreo.

La Rioja es una de las provincias argentinas mejor provistas de minerales: tiene oro, plata, níquel, cobre, estaño.

Para llevar el mineral, desde las minas en donde se lo extrae, hasta Chilecito, estación del ferrocarril Argentino del Norte, se utiliza el alambre carril. Es un sistema ingenioso que consiste en hacer deslizarse las vagonetas cargadas de mineral a lo largo de un alambre suspendido de unos postes.

Nació en la provincia de La Rioja el sacerdote don Pedro Ignacio de Castro Barros, ardiente patriota que tomó parte en la Asamblea Constituyente de 1813 y en el Congreso de Tucumán que presidió varias veces.

Como tantos otros, fué desterrado por el tirano Rozas y murió en Chile: ¡Honor a su memoria!

Sus restos fueron repatriados en 1925 y descansan ahora en la iglesia catedral de La Rioja.



## 62. EL MEJOR FIADOR

En el momento en que el visitante fué introducido, don Andrés cerró el libro que estaba leyendo y se levantó a recibir al recién llegado. Pocos minutos después se entabló el siguiente diálogo:

— Malas nuevas, señor don Andrés; no ha sido posible conseguir el fiador, y comprendo que usted no puede hacer por mí más de lo que me ofreció anoche. Yo he venido a casa de usted, sin más derechos que los de su reconocida bondad; he venido a pintarle mi dolorosa situación: mi honra comprometida, mi esposa enferma, mis hijos desnudos, y al lado de este cuadro, la suerte que por primera vez me sonrío, pudiendo mejorar toda mi vida. . . pero, para eso, necesito ese capitalito en calidad de préstamo.

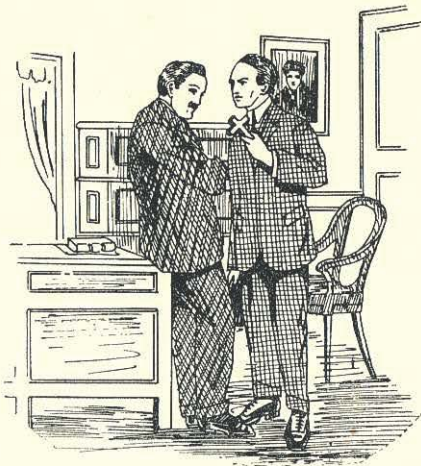
— Y yo se lo he ofrecido por el tiempo que usted me diga que lo necesita, y se lo doy sin interés ninguno; pero en cambio le he pedido un fiador, el que usted pueda conseguir.

— Pues bien, señor don Andrés, cansado de buscar la firma de un amigo que poder ofrecerle, sin haber logrado que ninguno de los que me conocen me fíe, porque ante la miseria muchos olvidan la honradez de los años anteriores, no me ha ocurrido sino presentarle a uno que me conoce, que sabe lo que soy, pero que no sé si éste tendrá las condiciones que usted desea.

— ¡Oh! yo no exijo mucho — contestó el señor don Andrés: — quiero prestarle a usted un

servicio, pero deseo que haya dos personas responsables en vez de una; más claro, quiero no tanto un fiador como un testigo, pero traído por usted.

— Aquí tiene usted el único que puedo presentarle — dijo el solicitante con voz medio ahogada por las lágrimas, — y al decirlo sacó debajo de la capa un Cristo de madera, y dándolo al señor don Andrés agregó:



— Como testigo, es el mejor que puedo presentar, como fiador es el único que puede responder por mí, porque es el único que ve mi corazón y mi miseria.

— ¡Oh! es mucho más de lo que yo pedía — dijo don Andrés, enternecido.

Un momento después le entregó en oro la suma que solicitaba y quiso devolverle el Cristo.

— No; guarde usted el fiador: yo lo rescataré

cumplidamente, lo mismo que él me permite hoy rescatar mi honra y el pan de mis hijos.

Algunos meses más tarde el mismo individuo volvía a casa del señor don Andrés, no cabizbajo y meditabundo, como la primera vez, sino con aire contento, dejando adivinar en su fisonomía la dicha que rebosaba en su corazón. Al verlo, don Andrés quedó pagado con usura de su buena obra, porque él encontraba en el bien que hacía la recompensa de haberlo hecho.

[Después de manifestarle todo el agradecimiento que positivamente sentía, devolvió la suma que había recibido en préstamo, aumentada no con intereses, sino con todas las bendiciones de una familia honorable, salvada a tiempo. Inmediatamente el señor don Andrés, descolgó el Cristo del lugar donde lo había colgado desde la noche en que lo recibió como fiador, y devolviéndolo al dueño le dijo:

— Estamos en paz: con fiadores como los que usted tiene, raro será que la suerte no le sea propicia, y que él no lo redima a usted en cualquier aflicción, tan puntualmente como usted lo rescata hoy.

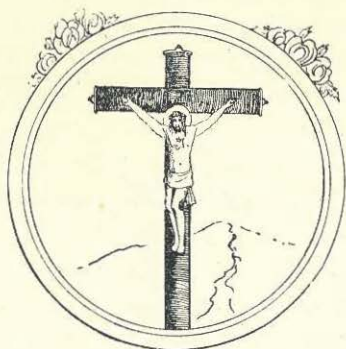
— Así lo espero, señor don Andrés; mi suerte ha variado ya: una obra de caridad como la que usted hizo ha sido para mí la salvación: pero complete usted su servicio y mi alegría, no devolviéndome el único fiador que tuve el día de la desgracia; consérvelo usted como el recuerdo de la gratitud de una familia y como un recuerdo para sus hijos.

Los nietos de don Andrés conservaron con ve-

neración el Cristo, que entró a su casa como fiador aceptado por su patriarca, y que la desgracia consolada dejó en ella como recuerdo.

*Ignacio Gutiérrez Ponce.*

(Colombiano)



**Fiador** — El que responde por otro.



### 63. EL TAMBOR DE TACUARI

*Es un grupo de argentinos  
El que marcha a combatir;  
Es la Patria quien los mueve  
Y es Belgrano su adalid.  
Con la bala y con la idea  
Traen de Mayo el boletín;  
Y las selvas paraguayas  
Van abriendo al porvenir  
Mientras juega con sus chismes  
El Tambor de Tacuarí.*

*Rompe el aire una descarga,  
El cañón entra a crujir,  
Y un vibrante son de ataque  
Los empuja hacia la lid.  
Bate el parche un pequeñuelo  
Que da saltos de arlequín,  
Que se ríe a carcajadas  
Si revienta algún fusil,  
Porque es niño como todos  
El Tambor de Tacuarí.*

*Es horrible aquel encuentro:  
Cien luchando contra mil;  
Un pujante remolino  
De humo y llamas truena allí.  
Ya no ríe el pequeñuelo;  
Suelta un terno varonil,  
Echa su alma sobre el parche  
Y en redoble lo hace hervir,  
—Que es muñeca la muñeca  
Del Tambor de Tacuarí. —*

*¡ Libertad ! ¡ Independencia !  
Parecía repetir  
A los héroes de dos pueblos  
Que entendiéndole por fin,  
Se abrazaron como hermanos.  
Y se cuenta que de ahí  
Por América cundieron  
Hasta en Maipo, hasta Junín  
Los redobles inmortales  
Del Tambor de Tacuarí.*

RAFAEL OBLIGADO.



**Adalid** — Jefe.

**De Mayo el boletín** — La noticia de la revolución de Mayo.

**Chismes** — Los palillos del tambor.

**Parche** — el cuero del tambor.

**Terno** — Juramento.

## 64. UN NIÑO HA NACIDO

*Ha nacido en un portal  
Llenito de telarañas,  
Entre la mula y el buey,  
El Redentor de las almas.*

**Gloria a Dios en las alturas...**

He aquí un himno que en cuatro mil y más años no había escuchado nunca el mundo, y que hace diez y nueve siglos, como un eco del cielo, se va repitiendo por toda la redondez de la tierra.

Cuatro mil y más años en que desde el fondo de este valle de lágrimas no se levantaba más que este no interrumpido lamento: ¡Señor, compadeceos! ¡Señor, compadeceos! Diez y nueve siglos que se repite en el mundo: ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!

Pocos son cuatro mil y más años para lograr, a fuerza de lamentos, que Dios se haga hombre.

Pocos son diez y nueve siglos de alabanzas y de himnos de júbilo, para agradecer, a un Dios-Hombre, la dignación de habitar con los hombres.

Este "gloria a Dios en las alturas", resonó por vez primera en medio de la obscuridad de una noche de invierno, allá en los campos en que siglos atrás pastoreó David a los rebaños de Isaí, su padre, donde **a la sazón** se solían apacentar los corderos y las víctimas para los sacrificios de Jerusalén. Resuena hoy en los corazones de los fieles el canto alegre de la celestial muchedumbre, y parece que tiene virtud, no sólo para adormecer nuestras penas, sino hasta para regocijarnos.

Espectáculo consolador ver en estas pascuas de Navidad reunirse todavía a las familias en torno de esos monumentos infantiles que se llaman “Nacimientos”, para cantar alegres como niños a un Niño Dios recién nacido.



Todavía suspenden sus ocupaciones, interrumpen sus graves quehaceres, los hombres de este siglo indiferente, y delante de esos “Nacimientos”, tan llenos de desproporciones artísticas, como de

piadosos **anacronismos**, toman parte en la pastoril armonía de desapacibles instrumentos, y alternan en las estrofas de los villancicos.

“Un niño ha nacido”, parecen decir todos, y todos tornándose por el gozo niños, se regocijan y cantan. Un mismo niño hermosísimo y amabilísimo nace en el seno de todas las familias cristianas a un tiempo, y todos tienen derecho a llamarle su Niño. De ahí la universal alegría y los cantos de júbilo, a imitación de los ángeles y de los pastores.

**A la sazón** — En aquel tiempo.

**Anacronismos** — Cosas antiguas.



## 65. EL PERRITO DE LA RECOLETA

Un señor de Buenos Aires, tenía un perrito blanco, completamente blanco. El **can** era muy inteligente, y quería a su amo con pasión: le seguía a todas partes, haciéndole fiestas, moviendo la colita, saltando para acariciarle las manos. Su amo que era un hombre de buen corazón, le quería mucho, muchísimo y le prodigaba toda clase de cuidados. Una mañana, el amo se sintió enfermo, tanto que no pudo levantarse en este día, ni en los siguientes.

El perrito, entre tanto, no salía del dormitorio de su amo. Eran inútiles los esfuerzos que hacían para que se quedara en el patio en compañía de



otros **gozquecillos**, juguetones y traviesos. A cada momento el noble animal ponía las patitas en el borde de la cama para lamer las manos del enfermo. La dolencia continuó su obra destructora, y los médicos deshaucieron al paciente: el infeliz murió después de una prolongada y penosa agonía.

El pobre perrito con las patitas en el borde de la cama mortuoria, lanzaba aullidos lastimeros al ver que el amo no respondía a sus cariños.

Colocaron el cadáver en el ataúd y lo rodearon de cirios para velarlo. El fiel perrito se echó al lado del **túmulo** y permaneció allí todo el día y toda la noche.

Llegó el momento del entierro: los deudos y amigos íntimos sacaron el **féretro** a la calle. El noble animal iba detrás.

Llegaron los restos a su última morada y se depositaron en un nicho. Amigos y parientes, cumplido este triste deber, se retiraron de la Recoleta.

El perrito no los siguió, a pesar de la insistencia cariñosa con que lo llamaban; y se echó lleno de tristeza al lado del sepulcro de su amo. ¡La escena era sublime! ¡La escena era conmovedora! ¡Cuántos, cuántos se enternecieron, hasta derramar lágrimas! ¡Hasta el sepulturero, el insensible sepulturero, tan familiarizado con los dolores humanos, por razón de su oficio, se sintió conmovido ante esa extraordinaria escena!

Los parientes del muerto insistieron en llevar el perrito; pero todo fué inútil; el perrito se quedó

en el cementerio y pasó la noche al lado de la tumba de su dueño.

Al día siguiente, muy temprano, los parientes del muerto volvieron a la Recoleta para llevarse el perrito: se proponían cuidarlo como a un miembro de la familia, porque reconocían, emocionados, que la sublime acción de la víspera lo hacía acreedor a un afecto sin límites.

El abnegado perrito estaba allí. ¡No se había separado un instante del sepulcro de su amo! ¡Los parientes no pudieron contener las lágrimas! Intentaron llevar el perrito por varios medios; todas sus tentativas fracasaron ante su incomparable obstinación.

Entonces resolvieron dejarlo, pensando sensatamente que el empleo de la violencia o de la fuerza, importaría un ultraje a la memoria del muerto.

Pasaron los días, las semanas y los meses; pasaron los años con sus inviernos crueles y sus lluvias inclementes; y el extraordinario perrito, modelo de fidelidad y gratitud, continuaba al lado de la tumba de su amo.

La mamá terminó la lectura conmovida. Yo misma, agregó cerrando el libro, vi y acaricié muchas veces el perrito, que ya estaba muy viejo. Los empleados del cementerio lo cuidaban con toda solicitud y jamás le faltó la comida y el agua.

En toda la ciudad se hablaba con admiración y cariño del perrito.

Miles y miles de personas fueron expresamente al cementerio para conocerlo y acariciarlo.

Un poeta italiano le dedicó unos versos hermosísimos.

— Mamá — dijo el niño, — si yo hubiera vivido en esa época te habría pedido permiso para llevarle de comer todos los días.

La mamá estrechó al nene sobre su corazón y lo besó con ternura infinita.

*Victoriano E. Montes.*

**Can** — Perro.

**Gozquecillos** — Perritos, muy chiquitós.

**Túmulo** — La especie de altar que se forma para colocar el cadáver y velarlo.

**Féretro** — El cajón con el muerto.

□ □

## 66. IVON EL GRUMETE

Entre la **bruma** nevada y fría que pesa sobre las aguas de Irlanda, la *Marinette*, del patrón Juan Le Gall, de Trigastel, estaba anclada a algunas millas de la isla sombría y desolada. Partidos hacía tres meses de Bretaña, los hombres de la *Marinette* pescaban el bacalao en aguas irlandesas. Para aumentar sus probabilidades de trabajar y sufrir menos la competencia de los demás buques, se habían alejado hacia alta mar y allí, solos, entre el cielo y el agua, lejos de todos los ruidos humanos, pescaban sin descanso, trabajando a veces, hasta 24 horas seguidas.

La vida a bordo de la *Marinette* era más triste y más dura que en los demás barcos. Aspero, de

corazón duro y sin piedad, Le Gall no sentía por sus hombres ese afecto que endulza las horas más penosas. Despreciativo y grosero con todos, era particularmente brutal con los débiles; y el **grumete**. Ivón, a pesar de su buena voluntad, con mucha frecuencia, y casi siempre sin razón, recibía puñetazos y otros castigos que dejan señales en su cuerpo. Los marineros odiaban a su patrón, Este lo sabía y reservaba sus simpatías para los dos peores, Guégou y Tervick, sus cómplices en maldad y que por complacerle, se **ensañaban** en el grumete. En cuanto a los demás... ¡había que oírlos!

— ¡Maldito avaro! — decían. Apenas si nos da la ración suficiente para que no muramos de hambre.

— Sí; pero en cambio no economiza las injurias. Si los insultos alimentaran, pronto se engordaría en la Marinette.

— Esa es comida difícil de digerir. En cuanto regresemos a Europa, lo voy a denunciar a los tribunales marítimos.

— Aun tenemos que esperar tres meses, suspiró Ivón.

— ¡Pobre muchacho!

— Si nos atreviéramos...

Nadie recogió estas palabras. En el fondo todos pensaban lo mismo; pero no se atrevían.

Al cabo de algunos días escaseó el bacalao; los bancos parecían desaparecer; Le Gall redoblabla sus injurias y sus netos instintos. Luego, como la situación no mejorara, una mañana hizo armar el bote y llamó a Guegóú y a Fersik.

— Vamos a hacer sondajes, les dijo. Y aunque

BUENOS AIRES PINTORESCO



EL ROSEDAL



el diablo se empeñe, hemos de descubrir algún banco.

Y volviéndose a los que quedaban a bordo, agregó:

— Esta noche estaremos de vuelta.

El bote se alejó.

— ¡Buen viaje!, murmuró el contramaestre. Día de fiesta para nosotros.

Apenas habían transcurrido dos horas, cuando se levantó algo de bruma y el mar empezó a agitarse.

— Ya empieza el mal tiempo, dijo Ivón. Por poco que aumente, el bote está en peligro.

Nadie le contestó. Todos contemplaban el horizonte, que se ponía cada vez más sombrío. Pasó otra hora. El mar estaba cobrizo, grandes olas levantaban la Marinette, cuyo maderamen crujía. Las tinieblas se hacían cada vez más espesas y amenazadoras.

El contramaestre dijo de pronto, mirando a sus compañeros:

— Si esta noche no encendiéramos los faroles de posición y no tocáramos la campana, no veríamos a ver a Le Gall... Las corrientes le llevarían a alta mar.

Un largo silencio acogió sus palabras.

— ¿Qué hacemos?, dijo al fin.

Quince voces le contestaron:

— No encendamos los faroles... No toquemos la campana... Perdido en alta mar por el mal tiempo... ¡Peor para él!

— ¿Lo habéis pensado bien? — preguntó el contramaestre. — ¿Estáis conformes?

— ¡Todos!

Hemos dicho que el camino de los Patos empieza al oeste de San Juan; de aquí sigue por el valle de Zonda, corta la sierra de Tontal, entra en las quebradas de las Cortaderas y, después de haber pasado el río de los Patos, continúa hacia la cordillera de los Manantiales, tomando la dirección S. O., hasta llegar a San Felipe, a 25 leguas de Valparaíso.

.....

La invasión a Chile se hizo por una combinación **estratégica** de dos divisiones del ejército que marchaban incomunicables para sus movimientos, pero aseguradas de todo ataque parcial por las montañas mismas que las separaban.

El 8 de febrero entraba por el norte del valle de Aconcagua el grueso del ejército, que había descrito un arco de círculo desde Mendoza por el camino de los Patos, y el general Las Heras, con el batallón y la artillería, por la cuerda que formaba el recto camino de Uspallata; y el 11 daban reunidas todas las fuerzas argentinas, la famosa batalla de Chacabuco, en que los españoles no pudieron formar más de dos mil hombres, avanzados desde Santiago a marchas forzadas, pues que tan sólo ese día y al siguiente llegaron del Sur los batallones Chiloé y Chillán, y los húsares de Barañao, que habrían podido poner en conflicto la victoria, con su oportuna presencia en el campo de batalla.

*Santiago Estrada.*

**Arido** — Sin vegetación, seco.

**Estratégica** — Referente a la ciencia militar.



## 68. A COLON

*Boga, boga, con ánimo valiente  
Empuñando el timón con firme mano,  
Y no te arredre ese murmullo vano  
Del vulgo necio y del motín rugiente.*

*Marcha, marcha, derecho al Occidente:  
Allí, de un nuevo mundo está el arcano,  
Que adivinó tu genio soberano,  
Y que ves con los ojos de la mente.*

*Fíate en Dios cuando los mares sondas,  
Que si no existen mundos ignorados,  
Han de surgir del seno de las ondas.*

*Naturaleza y genio son aliados,  
Y todo cuanto el genio ha prometido  
Naturaleza siempre lo ha cumplido.*

BARTOLOMÉ MITRE

□ □

## 69. PROVINCIA DE SAN JUAN

Visitemos hoy, amados niños, la provincia de San Juan en donde nacieron Narciso Laprida, que presidió el inmortal congreso de Tucumán, en la célebre jornada del 9 de julio de 1816; Fray Justo de Santa María de Oro, obispo de Cuyo y diputado al gran congreso tucumano, y Sarmiento, uno de los genios más vastos de América.

Como la provincia de Mendoza, San Juan es

muy fértil en los valles y dondequiera hay agua para regar las tierras; utilizando las aguas del río San Juan y de los demás de menor importancia se consigue regar unas 200.000 hectáreas.

Entre los cultivos de San Juan merecen citarse la alfalfa, que ocupa gran parte de la región cultivada, y la vid que se desarrolla más y más y da los mejores resultados; después de Mendoza, San Juan es la provincia argentina que produce mayor cantidad de vino.

La ganadería es escasa, pues no abundando la lluvia, faltan igualmente los campos de pastoreo.

El reino mineral será una fuente de riqueza para esa provincia cuando se llegue a explotarlo en grande escala, pues existe oro, plata, cobre, hierro, plomo, cal, yeso, mica y mármoles negros.

En esta provincia suele soplar el Zonda, viento muy cálido del noreste, que hace elevar la temperatura de 20, 25 y hasta 30 grados, de modo que del rudo invierno se pasa sin transición, y en pocas horas, al corazón del verano. Cuando sopla ese viento, es tal la perturbación nerviosa que ocasiona a las gentes, que éstas suspenden sus trabajos y se encierran en sus casas.

No lejos de la ciudad de San Juan, capital de la provincia, y sede del obispado de las provincias de Cuyo (San Juan, San Luis y Mendoza), se hallan las aguas termales denominadas: Baños de Laja cuya temperatura alcanza a 75 grados.

Es digno de mención "El Caucete", hermoso viñedo situado a corta distancia de la capital. Consta de 2.500 plantas o cepas de vid, colocadas de tal modo que forman cuadrados divididos por calles. Este viñedo modelo sirve a 100 gran-

des cubas de fermentación. No menos de 150 obreros tienen trabajo todo el año, y en la época de las vendimias, empléanse unos 600.



## 70. ASTUCIAS DE LA ZORRA

Había en una hacienda una hermosa bandada de pavos que por las noches subían a dormir en unos altos **abetos**. Alguien les debió de echar el ojo, porque el propietario notó que de la noche a la mañana le iban faltando algunos, aunque no podía atinar con el autor del robo.

Mas no pudiendo avenirse a pasar por semejante pérdida y dejar que creciera la osadía del ladrón, armado de su escopeta se puso en acecho, a boca de noche y con ojo avizor, ganoso de prenderle con el hurto en las manos. No tuvo que esperar mucho; a eso de las diez, oyó un ruido de hojarasca, dirigió hacia allá la vista y la puntería de su escopeta, y a la luz de la luna que claramente brillaba, vió salir de los cercanos arbustos una zorra; y **barruntando** que era el ladrón que buscaba, quiso ver cómo se industriaba para lograr su intento, sin dispararle mientras no tratara de salir del alcance de la escopeta.

La zorra levantó primero la vista en busca de su codiciada presa, y luego llegóse al pie de uno de los grandes abetos en cuyas ramas había visto varios pavos dormidos. No intentó subir a aquella gran altura, sino que se puso a escarbar la

tierra y luego a arañar el tronco del árbol, levantando la vista para ver el efecto de su **añagaza**, hasta que logró despertar los pavos. Estos se pusieron a mirar **azorados**, sus cuellos hacia abajo sin apartar los ojos de la zorra, la cual empezó a dar vueltas rápidas al rededor del tronco. Los pavos excitados por el peligro no quieren perder de vista al enemigo y le siguen mirando atentamente en sus vueltas y revueltas, hasta que uno de ellos, seguramente mareado, pierde el equilibrio, se desprende de su rama y cae desplomado al suelo. La zorra que al parecer no esperaba otra cosa hace presa de él y lo mata.

Renueva las vueltas y pronto cae otro y lo remata también; y ya se disponía a llevarse tan buenas piezas a su **guardida**, cuando el propietario satisfecho de haber descubierto al ladrón y sus **artimañas**, le dispara un tiro certero y lo mata.

**Abetos** — Arbol de los Pirineos, semejante al pino.

**Barruntando** — Sospechando.

**Añagaza** — Arte para cazar.

**Azorados** — Asustados.

**Guardida** — Cueva o espesura donde se recogen los animales.

**Artimañas** — Artificios o astucias.



## 71. HACED BUEN USO DEL TIEMPO

Lubbock escribió: "No empleéis el tiempo de manera tal que más adelante hayáis de estar pesarosos de ello. No hay pensamiento más desconsolador que éste: ¡Demasiado tarde!, o ¡Aquello habría debido ser!

"El tiempo es un depósito que se nos ha confiado; tenemos que responder del empleo de cada instante. Sed económicos de sueño, como de alimento; pero, sobre todo, *económicos de tiempo*".

## 72. LA IDEA DE PEDRITO

— De modo, doctor, que si mamá no va a ese sitio que usted dice, ¿no podrá curarse? — preguntó Pedrito lanzando una ansiosa mirada sobre el médico a quien acompañaba hasta la puerta.

El doctor meneó la cabeza.

— No hay remedio para darle. Lo que tu mamá necesita es aire, sol y alegría.

Y se alejó, dejando al muchacho en la mayor consternación.

¿Aire... en aquella pobre habitación estrecha y mezquina? ¿Sol... en aquel país tan húmedo, donde llovía seis días por semana? ¿Alegría... cuando la pobre mujer no conocía más que el trabajo **abrumador** y, con frecuencia, la miseria, desde que murió su esposo a consecuencia de una enfermedad larga y costosa?

Pedrito había oído que a las prescripciones del médico, murmuraba su madre, resignada:

— No puedo hacer, doctor, lo que usted me dice; y, si no fuera por mi pobre hijo, renunciaría a curarme.

Pedrito se asustó. ¿Perdería a su madre quedando solo en el mundo?

Lo malo era que no veía ningún medio para salir del apuro. Su alcancía estaba vacía hacía ya unos meses y no tenía nada que vender.

Permanecía inmóvil en el descansillo de la escalera, entregado a aquellas reflexiones, y al oír las voces de la portera y de una sirvienta que charlaban **a más y mejor**, se acordó de que su madre le había encargado que fuera a comprar

leche y, sin cerrar la puerta, echó a correr escaleras abajo.

Al pasar junto a las dos mujeres disminuyó su velocidad y oyó que decía la portera:

— Envidio a su patrona, que pasa todo el invierno en el Mediodía, donde dicen que hay siempre un clima espléndido.

— Es verdad — contestó la cocinera de la inquilina del primer piso, — pero la pobre siempre está sola. Lo mismo se aburre allá que acá.

— ¡Qué suerte tiene usted!

— No crea... Piense que no llevamos a la mucama y estoy yo sola para hacerlo todo.

Las dos amigas continuaron hablando; pero Pedrito, estaba ya lejos.

Cuando volvió, siempre pensativo, encontró en el descansillo del primer piso un riquísimo llavero con varias llaves niqueladas; supuso que pertenecían a la inquilina de aquel piso, y llamó a la puerta, que fué abierta acto continuo por la mucama, nueva en la casa, la que ya se contentaba con tomar las llaves, pronunciando brevemente las "gracias" e iba a cerrar, cuando de una puerta entreabierta salió una débil voz:

— María, recompensa a ese muchacho que ha traído las llaves... Estaba inquieta... Creí que las había perdido en la calle.

Pedrito adelantó un paso.

— No necesito recompensa por una acción que no tiene nada de particular — dijo el muchacho tomando una resolución — pero desearía que se me permitiese hablar un momento con la señora.

— Yo no sé si... — murmuró la mucama, mirando hacia el fondo del corredor.

La voz la interrumpió.

—Vamos, María, tráigame a ese niño, que le daré caramelos.

Pedrito siguió a la sirvienta, que le introdujo en una hermosa habitación, donde se hallaba una señora de cierta edad, leyendo un libro.

—¿Qué quieres, hijito? — le preguntó, abriendo un cajón para sacar de él una caja de bombones.

Pedrito le detuvo con un ademán.

—No, señora; nada de bombones... aunque me gustan mucho; pero no quiero comer dulces mientras mi mamá está sufriendo arriba.

—Es verdad que eres el niño del quinto piso... ¿De modo que tu madre sigue enferma?

—Sí, señora, muy enferma.

—Me va a pedir un socorro — pensó la buena señora, reprochándose interiormente no haberse ocupado antes de aquellos necesitados, y agregó en voz alta: —¿Entonces deseas para ella algunas comodidades?

—No, señora: no es eso... Deseo mucho más. Pero ante todo ¿me permite usted preguntarle si es verdad que va a marchar a otra población?

—Sí, como todos los inviernos, me voy al Mediodía — contestó sorprendida la buena señora.

—Y siempre se aburre usted, ¿no es cierto?... ¿No lleva usted más que a su cocinera?

—Pareces muy bien enterado de mis asuntos.

—Por casualidad oí que su cocinera le decía eso a la portera.

—Bueno ¿y adónde quieres ir a parar?

—A esto. El médico ha dicho que mamá no ne-

cesita remedios, sino aire, luz, y alegría, y como ella no puede procurarse nada de eso... Yo he pensado que... ya que usted se aburre de estar sola... podría llevarse a mamá. Ella le haría compañía y arreglaría todas sus cosas.

Sorprendida por aquella repentina proposición, la señora concluyó por sonreír. Al fin y al cabo aquel niño hablaba con toda la inocencia de su excelente corazoncito y parecía amar tanto a su madre...

— Piense usted, señora, que mamá se morirá si no puede ir allá...

— Y ¿qué harás tú durante su ausencia?

Pedrito quedó petrificado. No había pensado en ello.

— Pues yo — dijo al fin — me ganaré la vida como pueda. Me colocaré en cualquier casa de comercio...

— Bueno. Déjame reflexionar y mañana te contestaré.

Sin perder tiempo, la buena señora pidió informes de la madre de Pedrito, siendo todos sumamente satisfactorios. Era una buena mujer, muy bien educada, que había soportado valientemente la desgracia. Poseía, además, una instrucción sobrada, para servir de secretaria a la señora del primer piso, cuya vista se iba debilitando. Aquella misma noche entró la alegría en casa de Pedrito mediante una **esquela** de la rica locataria del piso bajo, pues ésta se llevaba a la mamá del pobre niño como dama de compañía para el viaje que se proponía hacer. Además tomaba también al niño, por si servía para algo.

La señora del primer piso no tuvo que arre-



pentirse por haber devuelto la salud y la dicha a la madre de Pedrito, y tanto se aficionó a sus protegidos que ya no pudo pasarse sin ellos.

**Abumador** — Que cansa hasta enfermar.

**A más y mejor** — Con gran intensidad y abundancia.

**Esquela** — Carta breve.

□ □

### 73. LA CONCIENCIA

—Responde: ¿quién eres?

—Yo.

—¿De dónde sales?

—De ti.

—¿Quieres afligirme?

—Sí.

—¿Es que me aborreces?

—No.

—Déjame libre.

—Jamás.

—Nublas mi dicha.

—Lo sé.

—Tu voz me aterra.

—¿Por qué?

—Huiré de ti.

—No podrás.

—¿Siempre me sigues?

—En pos.

—¿Dónde está tu imperio?

—En mí.

—¿En dónde vives?

—En ti.

—¿De dónde vienes?

—De Dios.

*José Selgas.*



## 74. CRISTOBAL COLON

*(12 de octubre)*

Un día abrasador de estío, en que el sol, cayendo a plomo, tostaba llanuras y campos, dos caminantes de a pie, de humildes trazas y muy cansados, llamaban a la portería del convento de San Francisco, en Palos, puertecillo de Andalucía. Era uno de los viajeros hombre formado y maduro; el otro, **mancebillo** de tierna edad.

Pedía el hombre pan y agua para el niño, y en cambio brindaba la dádiva de un mundo, vanamente ofrecido a los soberanos de Europa, que no querían alargar la mano para recogerlo.

Mientras el niño aplacaba su hambre y su sed, acertó a pasar por allí el guardián del convento, fray Juan Pérez de Marchena.

Fijó sin duda su atención en la noble apostura, la vasta frente y los profundos ojos del fatigado viajante; llegóse a él y le preguntó su historia. Satisfizo prontamente a la demanda: era genovés, de familia **hidalga**, pero muy **venida a menos**; su raza era raza de expertos navegantes; él había

estudiado en las aulas de Pavía latinidad, matemáticas, geografía, astronomía; la cosmografía sobre todo le embelesó: fué a Lisboa, ciudad donde **pululaban** a la sazón pilotos, navegantes, marinos consumados, inventores de tierras, que exploraban con audacia y suerte las costas de Africa; respirábase un ambiente embriagador de descubrimientos y proezas, hablábase de países desconocidos, de regiones mágicas, henchidas de oro, pedrerías y especias; leyendas marítimas, que se contaban sobre la **toldilla** las noches de luna, y que inflamaban la mente y hacían palpitar el corazón. El las había bebido con avidez, y allá en su cerebro las enlazaba con unos vagos presentimientos, intuiciones científicas, que le asaltaban al estudiar el mapa de la tierra conocida hasta entonces. No; el mundo no podía ser extendido y llano como una vasta sabana; algún término tendría el mar de Atlante, considerado por los cosmógrafos de la época sin orillas ni límites... Firme ya en su convicción, había solicitado ayuda de monarcas y Estados para armar una flota: en Juan II de Portugal no la halló; en Génova menos y venía a pedirla a los excelsos Reyes de Castilla, en sus empresas tan arriesgados como felices.



Al punto comprendió y acogió el franciscano la atrevida y nueva teoría del cosmógrafo. ¡Cuántos planes maduraron juntos acerca del destino que se podría dar a las riquezas de los fabulosos países indianos! Recobrar el sepulcro



de Cristo; vencer para siempre a Mahoma; dilatar el Evangelio hasta los últimos confines del orbe... Marchena, que había sido confesor de Isabel la Católica, dió a Colón letras para Fray Fernando de Talavera, que desempeñaba a la sazón el mismo cargo. Al pronto Talavera recibió con frialdad al proyectista; no desmayó Marche-

na; volvió a la carga; interesó al cardenal Mendoza y obtuvo por fin Colón la audiencia real.

Isabel y Fernando prestaron atento oído a sus teorías y reunióse para examinarla la famosa asamblea de sabios en Salamanca, y tuvo lugar la escena que la pintura ha reproducido tantas veces:

Colón, puesta la mano sobre la carta geográfica, trató, sin fruto, de comunicar su convencimiento y de vencer las preocupaciones de su siglo... Largo aplazamiento de sus deseos costó a Colón el veredicto del Congreso Salamanquino. Sólo un domínico, Fray Diego de Deza, y el constante Francisco Marchena, le alentaron en los años de desconsuelo que guardó... Volvióse con los religiosos de la Rábida, entre los cuales consiguió lo que reyes y naciones le negaban: atención, oídos que le escuchasen, simpatía tan necesaria a los que acometen empresas nuevas, y eficaces recomendaciones para Isabel.

Concedidos ya los **subsidi**os, armadas las carabelas, pocos días antes de que se hiciese a la mar, tuvo Fray Juan Pérez de Marchena que recorrer el puerto, exhortando y animando a los marinos de Palos, que se negaban a embarcarse temerosos de los ilimitados Océanos y desconocidas regiones a donde se dirigía el genovés.

Bien dice un ilustre escritor español, que en la Rábida halló Colón albergue, alimento en ella, el camino en fin del virreinato de la gloria.

Fray Juan Pérez, el adicto amigo, el alma capaz de asociarse a tan magna empresa, tuvo el júbilo de vestir al Almirante, momentos antes de salir a cruzar el Atlántico, el hábito de terciario, con

que debía enterrarse; bendijo después la chica pero resuelta flota; y añade el escritor ya citado: "Rompiéronse a poco los juncos del **entenal**, y el manso viento de tierra que ondeaba el estandarte de Castilla, llenó las velas, en que se había pintado el signo de la Redención. Lenta y majestuosa, cual si el maderamen participara de la impresión de los hombres que contenía, la proa al horizonte, teñido por los arreboles de la aurora, pasaron unas tras otras ante los espectadores de la orilla la **nao** "Santa María" y las **carabelas** "Pinta" y "Niña".

*Pedro Bazán.*

**Mancebillo** — De mancebo, muy joven, niño.

Familia **hidalga**, **venida a menos** — Familia noble que se había quedado pobre.

**Pululaban** — Abundaban mucho.

**Toldilla** — Cubierta de popa en la nave.

**Subsidios** — Ayuda en dinero.

**Entenal** — Palo horizontal que sostiene una vela en una nave.

**Nao** — Nave.

**Carabela** — Antigua embarcación grande.



## 75. JUNTO AL PILAR

Levantaban sus ojos los del grupo y posaban el ansia de su mirar en la noche palpitante como en un regazo. Jaime era recio, macizo, amplio, de contextura de guerrero. Lo llamaban "hijo del trueno". Precedía a todos y era amable y persuasivo. Torcuato, dulce y silenciosa, hundía la brasa de su oración en lo alto del cielo y era fino y manso como un cordero. Segundo, buscaba en el

**vaho** de plata del río, el simple encanto de su alma de niño, diáfana como el cristal y cálida como el mediodía. Tesifonte, de porte delicado, de líneas áticas, se complacía en el crujido de los guijarros golpeados por un palo de caminante. Cecilio, pensativo, meditaba toda palabra: era hermoso como un capullo en flor. Eufrasio, libaba la miel de su pecho de ascua, en el murmullo de los salmos. Teodoro era fuerte, alto, impetuoso, y era siempre vanguardia del grupo. Atanasio era virginal, esbelto y escogido.

Mediaba la noche; subía del río la tonada del agua metálica, dura, monótona, tendiéndose sobre ella el velo sutil, inmaculado, de las tinieblas. Reía mansamente la **pedriza** y **nimbaba** las cabezas una claridad indecisa. Les besaba dulcemente la noche y sus frentes irradiaron llenas de luna. Sus voces se alzaron con magnífica onda en el silencio de sus hinojos se clavaron en el **herbazal**. Oraban y su oración dejaba una estela gozosa, un reguero de luz blanca, nívea, infinita. Palidecían sus rostros y la fábrica de sus párpados ya cansada, velaba con dulzura el esfuerzo de sus miradas ávidas, rendidas de bogar en la noche empañada de las nieblas, crujiente de la oración **isócrona** de los convertidos. ¡Noche oscura, glacial, llena de enemigos y de sombras!

.....  
¡Media noche! Todo luz. Se rasga la bruma. **Cabrillea** el agua, limpia, bruñida, cristalina: llueven haces de estrellas en la altura y la luna se encumbra, soberana, titánica, sobre el turbante hinchado de una nube veloz, vaporosa. Y una voz, una rapsodia divina perfuma los aires: y un

haz de rayos, agudos como dardos, brotan de la visión de los convertidos en la noche del Pilar.

Jaime, cruza sus manos, se inflaman sus órbitas, extático, cruje su aliento y respira con calor de brasa.

Y la Virgen: *“Santiago, hijo mío, éste es el lugar donde quiero que levantes un templo que lleve mi nombre. Este ha de ser mi templo y casa: mi herencia y posesión”*...

Y toda la noche se teñía de su blancura y se estremecían los astros de la dulce armonía de su voz. Vibraban los ojos de la Virgen como dos luceros y era rica la carga de oro del caudal de sus cabellos.

*“En él se manifestará la virtud del Altísimo por mi intercesión y mis ruegos a favor del que se llegare a mí”*.

Y el dedo de la Virgen señaló una columna de mármol que pugnaban por abrazar tres ángeles hermosos...

*“Mira también este Pilar, él quedará aquí y colocada sobre él mi propia imagen”*.

La Virgen virtió toda su mirada sobre el grupo y en el sublime encanto de su sonrisa les fortaleció: *“En testimonio de esta verdad estará en este lugar con la fe hasta el fin del mundo y nunca faltará en esta ciudad quien adore el nombre de Jesucristo mi Hijo”*.

Y los ángeles la tomaron en sus palmas y la llevaron de nuevo al retiro santo del monte Sión de Jerusalén. Aullaba dulcemente el Ebro ofreciendo un humo de plata, lento, clarísimo, espaciándose en espirales, ascendiendo como una nube. Un rumor de agua de bautismo rompía el



silencio de la noche y entonces la vieja Iberia remozaba, joven, briosa, fecundada por la promesa mariana, alegre y candorosa, tremolando su espíritu idealista y gigante, envolviendo en los pergaminos de su historia el tesoro de la Virgen, añoranza que repetirían las mentes de todas las generaciones al paso de los siglos.

Años después, una aurora de 1492, cuando el sol acariciaba la iglesia antigua de Santa María del Pilar y el cielo tendía su azul sobre la ciudad de los confesores del Cristianismo, una voz áspera, rota, pero fuerte como el crujido de un monte, se lanzó en la sabana azul del océano. Colón desde su nave gritaba: ¡Tierra, Tierra!

Era toda la España, la tierra cristiana, el vergel florecido bajo las plantas de Santa María, la que anunciaba la conquista del nuevo mundo, desarrollando la epopeya que un día sembrara la Madre del Salvador en las orillas del Ebro.

¡El Pilar y la raza, triunfaron en el nuevo mundo!

*José Antonio Oliván.*

**Vaho** — Vapor tenue que se eleva de una cosa.

**Pedrizal** — Pedrezal, sitio pedregoso. Valla o cerca de piedra seca.

**Nimbaba** — Rodeaba con un nimbo o aureola.

**Herbazal** — Sitio poblado de hierbas.

**Isócrona** — De igual duración.

**Cabrillear** — Formarse olas pequeñas y numerosas en el mar.



## 76. SANTIAGO DEL ESTERO

Dirijamos hoy nuestro paseíto hacia Santiago del Estero. Estamos en una gran llanura atravesada por dos ríos importantes: el Salado y el Dulce, que fertilizan toda la región por donde corren y en donde, precisamente, se ha concentrado la mayoría de la población.

Toda la parte norte de Santiago está cubierta de espesos bosques. El árbol que domina en ellos es el quebracho colorado que se explota mucho para durmientes y del cual se extrae el tanino. Ya sabéis que los durmientes son esos tablones largos de 2 metros, anchos de 40 centímetros y espesos de unos 10 centímetros, sobre los cuales descansan las vías de los ferrocarriles; el tanino es el polvo, el aserrín de quebracho colorado que se emplea para curtir las pieles de animales y preparar el cuero.

En la región agrícola, entre los dos ríos y sus inmediaciones, se cultiva especialmente maíz, alfalfa, vid, café, caña de azúcar, algodón, tabaco.

La ganadería comprende la cría de bueyes, ovejas, asnos, mulas y cabras.

En los inmensos bosques del norte y nordeste se hallan muchísimos enjambres de abejas que proveen de miel y cera a los habitantes de la provincia.

De las sierras de Guasayán, situadas al sudoeste, se extraen cal, yeso y mármoles. Las Salinas Grandes, que abarcan una gran extensión al sur de la provincia, son una provisión inagotable de sal.

Otra industria, es la fabricación de ponchos y frazadas por las mujeres santiagueñas, reputadas las más laboriosas de la república.

Quizá dentro de pocos años esta provincia llegue a ser una de las más ricas, por la explotación en grande escala de sus inmensos bosques y por la rectificación y encauzamiento de sus ríos, especialmente del Dulce, cuyos desbordamientos periódicos fertilizarían toda la región como lo hace el Nilo en Egipto.



## 77. EL HOMBRE DE LOS ANDES

Amanecía cuando me puse de pie para presenciar la salida del sol. Los peones ya habían encendido fuego y empezaban a tomar mate.

Me detuve involuntariamente a contemplarlos.

Aquellos seres, no tienen en la montaña, otros compañeros que el cóndor altanero, el inofensivo guanaco, el león de las **escabrosidades** inaccesibles y la sencilla paloma que anida en las primeras ondulaciones de la cadena andina.

El arriero que pasa su vida al borde de los abismos, conduciendo a lomo de mula los productos que cambian los comerciantes chilenos, y el correísta que atraviesa aquellas inmensas soledades, llevando sobre los hombros el fardo de la correspondencia y la nieve que cae sobre su cabeza, son dos tipos de valor y de fuerza que sobrepasan la talla vulgar.

Su vida se desliza entre las privaciones y el trabajo; se alimentan con el pan duro y amargo que llevan en el **zurrón**, y se calientan con la leña que llevan a la **grupa** de sus mulas; duermen en las casuchas miserables, abiertas en la roca o bajo la bóveda del cielo; marchan sobre la nieve, abriendo paso, muchas veces, a las cabalgaduras, vencidas por la fatiga o amedrentadas por el hu-



racán; sus oídos no escuchan otras armonías que las que produce el torrente y el **alud** que rueda estrepitosamente; sus pulmones, oprimidos por la rarefacción del aire, funcionan con dificultad.

El arriero y el correísta aspiran la muerte con el aire, como los monjes de los Alpes.

Cuando las nieves los estrechan, ellos les envían sus caricias con el soplo de los ventisqueros.

Y sin embargo, a despecho del huracán que ruga, de las nieves que caen, de la tormenta que estremece las montañas, ellos las atraviesan can-

tando y pensando en el pobre hogar que les aguarda en el fondo del valle.

Conductores de la vida para el comercio y la felicidad para el que sueña con el amor y la fortuna, son portadores de una dicha de que no disfrutan, de una fortuna de que no gozan, de una historia de que no son autores.

En momentos de prueba para mi país, yo he bendecido al hombre obscuro que me traía la palabra de consuelo dentro de los pliegues de una carta; que comunicaba con una hoja de papel la frontera de dos pueblos, la morada del extranjero con la casa amada de la patria.

El dominador de la montaña, es más grande que el luchador antiguo, cuya vida se extinguía en los inútiles espectáculos del circo romano.

El hombre de los Andes es el **lidiador** heroico que consagra su vida a la sociedad, que no guarda en su corazón ni su nombre ni su recuerdo.

La única huella que él deja sobre la tierra es la que imprime su planta destrozada en la nieve de las alturas.

Pero ¡ay! detrás del correísta viene el nublado; el nublado trae la lluvia para el valle y nueva nieve para las cumbres; nieve que llena los huecos formados para sus pies y borra el rastro sangriento del hombre de los Andes!

*Santiago Estrada.*

**Escabrosidades** inaccesibles — Las alturas peligrosas de la montaña a las cuales no se puede llegar.

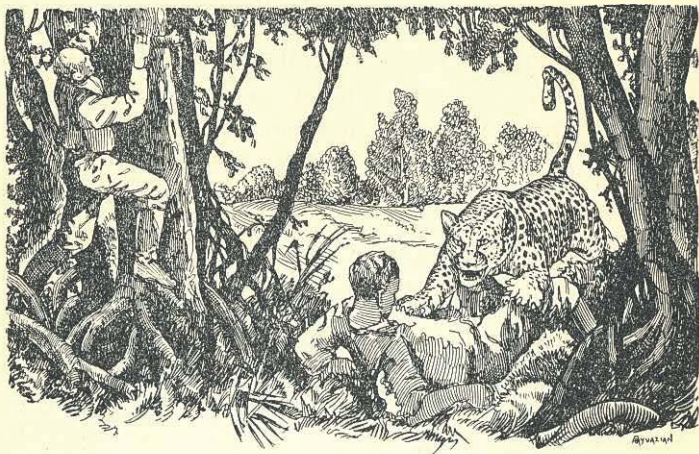
**Zurrón** — Bolsa de pieles.

**Grupa** — Las ancas.

**Alud** — Montón de nieve que baja rodando y aumentando por momentos.

**Lidiador** — Luchador.

## 78. LUCHANDO CON UN TIGRE



He aquí el relato de lo que sucedió a unos peones que trabajaban en la línea férrea del Chaco:

Uno de estos peones trabajaba con otro compañero en el kilómetro 13 de la línea, o sea en el terreno que bien puede llamarse civilizado, por su cercanía a la capital del Chaco y a la orilla del Paraná. En medio de su trabajo viéronse sorprendidos por la presencia de un tigre, que bramando saltó sobre ellos.

El compañero pudo subirse a un árbol; pero la fiera cortó la retirada al pobre peón, y derecha sobre las patas traseras, con la boca abierta enormemente, clavó en él sus zarpas. Instintivamente, o por efecto de una serenidad asombrosa, el hombre hundió en las fauces del animal, todo el brazo derecho, llegando con el puño muy adentro de la garganta. La fiera intentaba morder, pero al mis-

mo tiempo el obstáculo que comprimía su laringe le impedía respirar, ahogándola.

Así lucharon un rato el hombre y el animal, forcejeando confundidos en un solo grupo, hasta que el camarada subido en el árbol recobró la serenidad y descendió de él, clavó varias veces su facón en los costados del tigre, que cayó muerto.

El herido llegó a Corrientes con los pectorales y los biceps deshechos a zarpazos. Tardó mucho en curarse, pero se salvó, persistiendo en él cierto decaimiento de ánimo, producto de esta aventura emocionante, capaz de quebrantar la energía del hombre más valeroso.

Un día de fiesta otro chaqueño salió a cazar palomas en un bosque, lejos de su casa, acompañado de un perrillo faldero. Una de las palomas muertas por él, cayó en una espesura inmediata. El perrillo se introdujo en los matorrales para buscarla, pero de pronto dió un aullido y salió escapando. El cazador no tuvo tiempo de darse cuenta de lo que ocurría. Un tigre estaba ante él, derecho sobre las patas traseras, rugiendo y avanzando las zarpas. Como tenía descargada la escopeta, discurrió el cazador ponerla por delante como un obstáculo, empuñándola a dos manos; pero el tigre, con sólo una zarpada, se la arrancó, enviándola lejos. El hombre sintióse herido en la cara y volteado, cayendo en el suelo con el felino encima. Los agudos dientes de la fiera estaban junto a sus ojos; sentía en el rostro la respiración ardorosa de la bestia carnícora; sus zarpas iban a despedazarle.

Fué uno de esos momentos de suprema angustia que hace encanecer de terror. Pero, con gran

sorpresa suya, el tigre lo soltó de pronto, emprendiendo una carrera furiosa entre los matorrales y los arbustos, rugiendo colérico, con la vista baja como si buscara algo. El hombre aprovechó este inexplicable abandono para salir escapando, sin parar hasta su casa. Mucho después, al ver llegar corriendo al falderillo, se explicó el suceso. Iba el tigre a devorarlo, cuando el faldero, arrepentido de la primera huída y viendo a su amo entre las patas del felino, se acercó a éste por detrás y le mordió donde pudo.

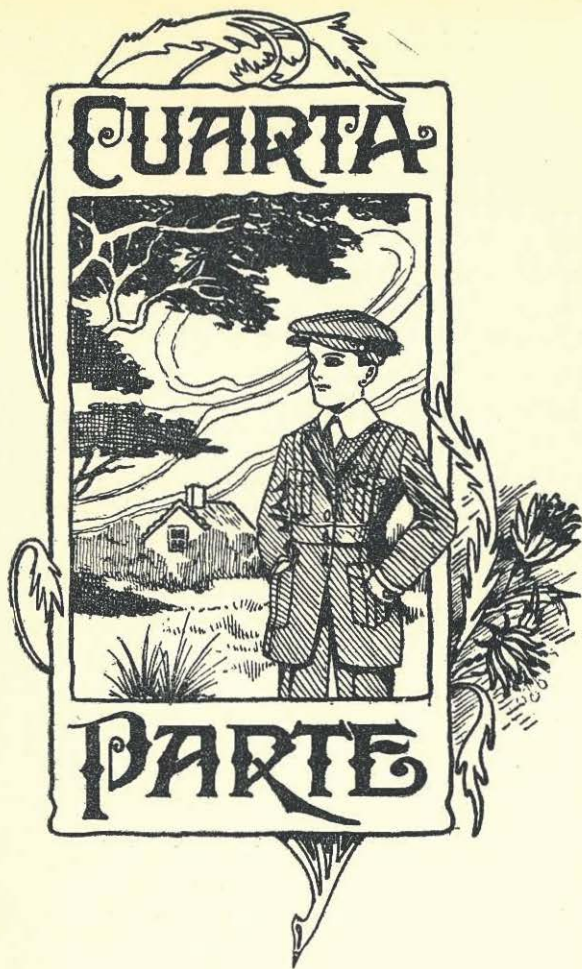
El inesperado mordisco irritó al tigre, que abandonó su presa para perseguir al diminuto animal entre los arbustos, dando tiempo al hombre para que huyese.

Llegó a la casa el faldero sin ninguna herida, pero murió cuatro días después, a consecuencia del susto sufrido. El hombre tenía el labio cortado de un ñaizo, lo mismo que con un bisturí, y ofrecía otras heridas sin importancia. Afirmaba en el hospital de Corrientes, que ese día había perdido para siempre las ganas de cazar palomas en el Chaco. Durante algunas semanas la impresión le hizo tartamudear, pero más tarde volvió a su estado normal, porque el hombre posee, como remedio a las más terribles emociones, la buena condición del olvido.

*V. B. I.*







*—Un joven baragán será un viejo pobre.*

*\*\*\**

*—La cobardía anida en las almas apocadas.*

*\*\*\**

*—El perdón es la venganza de las almas nobles.*





## 79. AMIGOS QUE NO CONVIENEN

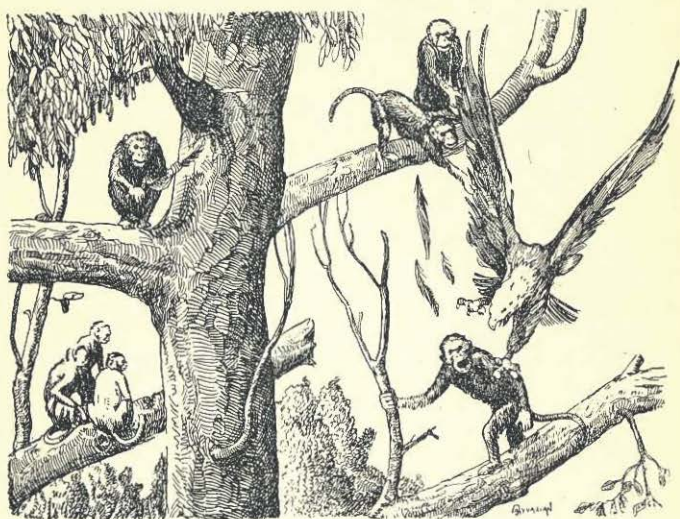
Diez clases de personas que no convienen para amigos de un joven:

1. Los que no tienen sentimientos religiosos.
2. Los que no tienen lenguaje decente y pulcro.
3. Los que tienen malos modales y son muy despreocupados.
4. Los amigos de murmuraciones y de criticar a todo el mundo.
5. Los mundanos y que sólo saben de modas, teatros, bailes, etc.
6. Los muy presumidos y amigos del lujo.
7. Los que no saben hablar más que de tonterías.
8. Los que están siempre manoseando a sus compañeros.
9. Los que mienten más que un periódico liberal.
10. Los que no son buenos con sus padres y hermanos.

Pues todos éstos no pueden ser jamás buenos amigos.

## 80. EL AGUILA Y LOS MONOS

— Veamos, hijos míos, dijo el padre a sus hijos, lo que habrías hecho en lugar de ciertos pequeños monos cuya historia os voy a referir; veamos si hubierais tenido tanto ingenio como estos animalitos.



Los dos niños formaron círculo con sus sillas en torno del papá y la niña vino también, prestando atento oído.

“Ciertos monitos, que estaban jugando, gritaban, iban y venían en un bosque, cuando desde lo alto del cielo lanzóse un águila sobre uno de ellos, le asió con sus garras y medio lo levantó de tierra; por fortuna el monillo se agarró de la rama de un árbol y se mantuvo firme a pesar de las

garras del ave de presa que se hundían en su carne”.

— Supongamos, hijos míos, que viviésemos en el país de las águilas y que lo que sucedió al pobre mono le sucediese a uno de vosotros ¿cómo habríais hecho para salvarle?

— ¡Oh! yo, dijo Martita, la pequeñuela, hubiera llamado con todas mis fuerzas para que auxiliaran a mi hermano y tú, papá, hubieras venido y hubieras matado el águila.

— Sin duda, dijo el padre sonriendo, hubieras hecho muy bien en llamar, pero no siempre estoy yo cerca. Además, hijos míos, es preciso que tengáis en cuenta que en caso de peligro, no hay que contar sino consigo mismo. Hay que adoptar un partido sin perder un minuto, y, si es preciso arriesgar la vida, se debe arriesgar sin vacilación.

— Nosotros, dijeron Ignacio y Jaime, hubiéramos tomado un palo o un arma cualquiera, nos hubiéramos arrojado sobre el águila y la hubiéramos matado.

— ¡Qué de prisa vais, hijos míos! Pero, ante todo, hay que buscar un arma, un palo, y no siempre se tiene a mano.

Vamos, vamos, veo que no sois aun tan ingeniosos como mis monos. Estos, al oír su compañero gritar, se lanzaron con una **algazara** espantosa y empezaron a desplumar al águila como quien despluma un pollo. El ave de rapiña quedó tan sorprendida que no intentó siquiera defenderse y huyó con gran ligereza.

De este modo se salvó el pobrecito mono y ya

sabéis con cuanta efusión hubiera dado las gracias a sus buenos camaradas, si hubiese podido hablar.



Algazara — Gritos de muchos reunidos.



## 81. FACUNDO QUIROGA

*El recuerdo de una madre.*

Quiroga era tan locamente aficionado al juego, que, en cuanto llegaba a una población, lo primero que hacía era armar partida, invitando a jugar a los vecinos más respetables y de mejor situación, a quienes, por buenas o por malas, **desplumaba** lindamente dejándoles el bolsillo vacío.

Sin embargo, sucedióle una vez, que, sin pensarlo, **encontró la horma de su zapato**, en

tres habitantes de San Juan, maestros en el arte, poco airoso, de hacer trampas.

Fueron éstos un señor Bonetti, italiano, que se hacía pasar por médico, don Pedro Celestino Oro y don Juan Antonio Maurín, criollos ambos.

Puestos de acuerdo, Bonetti adquirió en Mendoza un gran lote de naipes que señaló con pintas casi imperceptibles puestas en el canto de las barajas, vendiéndolas después, por segunda mano, a la tertulia.

Usar las barajas y empezar a perder Quiroga fué una misma cosa, y tantas fueron sus pérdidas, que no tardó en entrar en sospechas.

Cierta noche, con gran disimulo se apoderó de varios de estos naipes que, cuidadosamente revisados, le demostraron claramente la existencia de señales marcadas en ellos.

Presa de violenta cólera manda detener a los tres tramposos; pero, sólo logra apoderarse de Bonetti: Oro y Maurín, quizá avisados, huyeron sin dejar huella.

Quiroga, que solía hacerse la justicia por su mano, tuvo esta vez el capricho, en vez de fusilar a Bonetti sin proceso ni formalidad alguna, como



era su costumbre, llevarlo ante el Juez de Paz, acusándole de robo.

— Señor Juez — dijo mostrando la baraja — desde que tomé naipes en las manos, y eso fué siendo muy niño, jamás he visto una baraja mejor y más diestramente compuesta que la que tengo en la mano. Examínela y véala usted.

Y diciendo esto puso en poder del Juez los naipes probatorios del delito; efectivamente, se veían en el canto de algunas de ellas pintitas negras, casi imperceptibles a la vista.

Cuando todos hubieron comprobado el fraude, Quiroga continuó:

— Sin respeto ni miramiento, ese gringo pícaro ha introducido barajas de éstas en la tertulia en que yo juego, con el propósito de robarme mi dinero.

Yo lo hubiera mandado fusilar en el acto, pero no he querido, aunque, como es natural, voy a darle su merecido.

— Vamos — exclamó dirigiéndose a Bonetti — elija, entre quinientos azotes dados en la plaza, o cincuenta en el naranjo de mi casa.

Cualquiera de los términos de la propuesta significaba para Bonetti, además de la vergüenza, la muerte. Desesperado y lleno de angustias, corrió a los pies de Quiroga, y abrazándose a sus rodillas, le dijo:

— ¡Gracia, perdón por Dios! Excelentísimo señor general, yo mandaré decirle misas a la finada su señora madre con toda la plata que Vucencia dice que le he robado. (Cuando pasó esta escena, la madre de Quiroga aún vivía).



Quiroga púsose lívido, y echando fuego por los ojos, rugió, más bien que habló, en esta forma:

— ¡Malvado, pícaro y miserable gringo! ¿Crees que mi madre tiene necesidad de que le manden decir misas con plata robada?

Y rápido como una centella, irritado y nervioso, pasó a una pieza contigua, donde se encerró.

Al rato hizo pasar al Juez de Paz, a quien le dijo conmovido:

— Dígale a ese bribón que usted se ha empeñado en su favor conmigo, y que yo, debido a su mediación, le perdono con tal de que dentro de veinticuatro horas haya salido de la provincia, bajo pena de ser fusilado si así no lo hace.



Mucho antes del término señalado, Bonetti había desaparecido, para no volver nunca a San Juan...

El recuerdo de la madre ausente tuvo el poder de ablandar el corazón harto insensible de Facundo, apellidado con justa razón, el “Tigre de los Llanos”.

**Desplumar** — Sacar a una persona con engaño lo que tiene.

**Encontró la horma de su zapato** — Refrán que significa que tuvo su merecido.



## 82. PASEANDO POR LA PROVINCIA DE SALTA

Visitemos hoy, amados niños, la provincia de Salta, una de las más septentrionales de la República, ya que todo el norte de la misma, limita con Bolivia.

La parte oriental, o del este, de Salta, es una vasta llanura boscosa, continuación de las inmensas selvas de Santiago del Estero, Chaco y Formosa; y la parte occidental o del oeste, montañosa, con valles sumamente fértiles por abundar en ellas las corrientes de agua.

Los principales cultivos de esta provincia son el maíz, el tabaco, el café, la alfalfa y la vid. Son renombrados los vinos de Cafayate.

Los árboles frutales: naranjos, limoneros, chirimoyos, durazneros, ciruelos, manzanos, perales, etc., se desarrollan admirablemente, y en los bosques del este y norte hállanse excelentes maderas de construcción, tales como cedro, roble, tipa, quebracho, lapacho, algarrobo, cebil, guayacán, quina, etc.

En los alrededores de Orán, se encuentra el árbol de la goma, llamado lecherón, que constituye una verdadera riqueza para los habitantes de esas regiones, ya que el kilo de goma se vende hasta 8 pesos y que cada árbol puede producir unos 10 kilos.

El chirimoyo es uno de los árboles frutales que mejor se cría en la provincia. Su fruta, la chirimoya, del tamaño de un meloncito, es deliciosa y muy apreciada.

El ganado constituye la principal riqueza de

Salta: se compone especialmente de vacas, mulas, asnos y cabras; exportándose anualmente a Chile no menos de 25.000 cabezas. Existe además gran variedad de animales salvajes: pumas, tigres, vicuñas, guanacos, llamas.

Como minerales se hallan oro, plata, cobre, plomo, borato, caolín.

En Rosario de la Frontera hay baños termales muy renombrados.

En las inmediaciones de la ciudad de Salta, capital de la provincia, en los campos de Castañares, Belgrano ganó su célebre batalla del 20 de febrero de 1813, una de las más gloriosas de la independencia argentina y sudamericana.

Saludemos, al terminar nuestra excursión de hoy, al valiente Güemes que tanto trabajó, con sus gauchos salteños, para hacer de nuestra Patria una nación libre e independiente, conteniendo las invasiones del norte.



### 83. LOS REYES

— Niños, mañana es la fiesta de los Santos Reyes! Si queréis verles llegar, id temprano a recibirles y traedles alguna cosa.

Así, cuando éramos muchachos, nos hablaban las madres la víspera de Reyes.

Y ¡anda! toda la gente menuda del pueblo, nos íbamos corriendo a esperar a los reyes que venían

hacia Maiano, con sus pajes, sus camellos y todo su cortejo, para adorar al infante Jesús.

— ¿Dónde váis, chiquillos?

— Vamos a ver cómo llegan los Reyes.

Y todos juntos, chicos traviosos y niñas sonrientes con nuestras gorras y nuestros **zuecos**, corríamos con el corazón rebosando alegría, los ojos llenos de visiones. Y llevábamos en la mano, conforme nos lo habían recomendado, tortas para los Reyes, higos secos para los pajes y forraje para los camellos.

Era al comenzar enero, el **cierzo** silbaba de lo lindo; quiero decir que hacía frío. El sol descendía triste. Los ríos estaban helados, y la yerba mustia, a consecuencia del hielo. Desnudas de follaje las ramas de los sauces brillaban con rojizo color. El petirrojo y el reyezuelo saltaban juguetones de un ramito a otro, y no se veía en los campos persona nacida como no fuese alguna pobre vieja que sobre su cabeza cargaba el delantal lleno de **mugrones**, o algún viejo andrajoso que iba a caza de caracoles al pie de las matas.

— ¿Dónde váis tan tarde, chiquillos?

— Vamos a ver si llegan los Reyes.

Y erguida la cabeza y gallardos como unos **miqueletes**, riendo, cantando, corriendo con un solo pie, marchando con la cara vuelta hacia atrás avanzábamos sin parar por la blanquecina senda, sacudidos por el vendaval. El día declinaba. El campanario desaparecía como **esfumado** detrás de los enormes cipreses cuya densa negrura adquiría por momentos mayor intensidad; y ancha y desnuda la comarca se extendía allá lejos. ¡Cuántas veces y con qué interés registraban

nuestros ojos! Nada se distinguía sino era algún montón de **alagas** traídos por el viento dentro del rastrojo. Como el anochecer de un día de invierno todo estaba muy triste.

A veces, no obstante, encontrábamos algún pastor arrebuñado dentro de su capucho, el cual volvía de guardar sus ovejas.

— ¿Pero dónde váis a estas horas, chiquillos?

— Vamos a recibir a los reyes... ¿Qué, podrías decirnos si están muy lejos?

— ¡Ah! ¿los Reyes?... Tenéis razón... Por allá vienen... dentro de poco los veréis.

Y corre que correrás al encuentro de los Reyes con nuestros higos, nuestras tortas y nuestro forraje para los camellos. Por fin espiraba el día. El sol aprisionado dentro de una nube colosal acababa de desvanecerse. Parecíanos que se oía algo como un rumor de pisadas de alguna alma en pena. El viento nos helaba. Los más atrevidos caminaban con harta zozobra y temor.

Un grito de inmenso júbilo salía de todas las bocas... y la magnificencia de la pompa real deslumbraba nuestros ojos; un chorro de llamas, un triunfo de vistosos colores encendía, abrasaba las sierras **ponentinas**. Una media corona derramaba dentro del cielo una gloria de rayos inmensos y casi impedía a los ojos mirar el horizonte.

— ¡Los Reyes! ¡los Reyes! ¡Mirad su corona! ¡ved sus mantos! ¡ved sus banderas! ¡mirad su caballería, y los camellos que traen!

Y quedábamos con la boca abierta... pero pronto aquella iluminación, aquella gloria, última mirada del sol agonizante, huía en rápido des-

censo, al fondo de su lecho de nubes; y desconcertados, con un palmo de narices, nos quedábamos solos y tristes en medio de la campiña pavorosa.

— ¿Por dónde han pasado los Reyes?

— Por allá detrás de las montañas.

El **mochuelo** chucheaba; el miedo cada vez más dueño de nosotros, y por entre la obscuridad nos volvíamos cabizbajos royendo los higos y las tortas que habíamos llevado para los Reyes.

Y cuando por último llegábamos a casa nos decía la madre:

— ¡Y bien! ¿los habéis visto?

— ¡No, madre; han pasado por allá, por la otra parte, detrás de las montañas.

— ¿Pues qué camino habéis seguido?

— El camino de Arlés.

— ¡Ah! hijos de mi corazón, si los Reyes no vienen nunca por este lado; teníais que ir por el otro. ¡Ay niños, y qué bonito era! Si los hubieseis visto, ¡si los hubieseis visto cuando han entrado en Maiano! Los tambores, las trompetas, los pajes, los camellos, ¡oh qué cosa más rica!... Ahora están en el templo haciendo la adoración, después de cenar iréis a verlos.

Cenábamos más que de prisa y corríamos a la iglesia. Estaba atestada de gente; aun no habíamos penetrado dentro cuando el órgano acompañando el canto de todo el pueblo, empezaba “pianísimo” primero y luego fuerte, formidable, el nuevo villancico:

Madrugué  
y por dicha encontré  
los Reyes Santos que iban de viaje;

Madrugué  
y por dicha encontré  
los Reyes Santos por el gran camino.

Nosotros, ebrios de entusiasmo, nos colábamos por entre las mujeres hasta la capilla del Nacimiento; y allí sobre el altar veíamos la preciosa Estrella, ¡veíamos a los tres Reyes de Oriente, con sus mantos encarnado, amarillo y azul haciendo reverencia al Infante Jesús.

El rey Gaspar con su estuche de oro, el rey Melchor con su incensario, y el Baltasar con su pote de **mirra**. Mirábamos **alelados** a los elegantes pajes que sostenían las colas de sus largos mantos, y a los camellos jorobados que levantaban la cabeza por sobre el asno y el buey; a la Virgen Santísima y a San José; alrededor, derramados sobre un montoncito de papel manchado de negro, a los pastores y pastorcillos que traían tortas, cestas de huevos y pañales para el buen Jesús; al molinero que cargaba una bolsa de harina; a la abuela con su **rueca**; al labrador reposando y mirando al cielo; al amolador afilando una gruesa cuchilla; al hostelero, que soñoliento aún, abre la ventana; y todas las figuras y figuritas que hay en el belén. Pero de un modo especial mirábamos al Rey negro...

*Federico Mistral.*

**Zuecos** — Unos zapatos grandes de madera.

**Cierzo** — Viento frío de Europa, que sopla del Norte.

**Mugrones** — Sarmientos para plantar.

**Miqueletes** — Policías de campo en Europa.

**Esfumado** — Desvanecido y perdido entre sombras.

**Alaga** — Trigo de grano largo y amarillento.

**Ponentinas** — Del poniente o lugar donde se pone el sol.

**Mochuelo** — Una especie de lechuza.

**Mirra** — Una esencia muy estimada.

**Alelados** — Atontados.

**Rueca** — Instrumento que sirve para hilar.



## 84. VOCES ONOMATOPEYICAS

Voces onomatopéyicas son las que imitan los sonidos que producen los animales o cosas determinadas. Damos algunos ejemplos.

La **abeja** *susurra, zumba.*

El **asno** *rebuzna.* Cuando, al comer, hace ruido con los dientes, *rozna.*

El **becerro** *berrea.*

El **buey** *muge, sopla o resopla;* llamando, *brama y rebrama;* indignado, *bufa y rebufa.*

El **caballo** *relincha.* Cuando está impaciente, *bufa;* irritado, *rebufa;* receloso, *resopla.* mascando, *rozna;* mordiendo el freno, *tasca.*

El **canario**, el **jilguero**, *gorjea, canta.* Si hace quiebros iguales, *trina;* si son desiguales, *gorgoritea;* si gorjea por lo bajo, *chirla.*

El **cerdo** *gruñe.* Si repite mucho los gruñidos, *regruñe;* estando enojado *verraquea.* El lechón, gorrino o cochinito, *guañe.*

El **elefante** *barrita, ronquea.*

La **gallina** *cacarea.* Cuando está clueca, *cloca* o *cloquea.* Cuando la agarran, *grazna* o *gazna.*

El **gallo** *canta, cacarea.* Cuando anuncia el día o reclama, *cocoroquea* o *quiquiriquea.*

El **gato** *maúlla, maya* o *miaga* cuando dice



miau; *mía* si dice *miu* o *mí*. Cuando se enoja, *sopla*; si se aíra, *bufa*. Cuando prolonga el sonido morro, porque se le acaricia, *morrea*.

La **lechuza** *chirra*.

El **león** *ruge, brama*.

La **liebre** *chilla*.

El **lobo** *aúlla, ulula*.

El **loro** *grita, habla, vocea, parlotea, chilla, silba, llama*.

El **mochuelo** *pía, chucea*.

El **mono** *chilla, hipa, castañetea*.

El **moscón, moscardón y mosquito**, *zumban*.

El **palomo** *arrulla*.

La **paloma** *arrulla, zurea, gime*.

El **pavo común** *glugluta*.

El **pavo real** *vozna, vocea*.

La **perdiz** *cuchichia, cacabea*; cuando huye perseguida, *ajea*; dice *aj, aj, aj*.

El **perro** *ladra*. Cuando da quejidos prolongados, *aúlla*. Cuando amenaza, *gruñe*; y si a la vez enseña los dientes, *arrufa*; si los enseña amenazando sin gruñir, *regaña*. Cuando lo golpean, *gañe* o *regañe*. Cuando sigue el rastro de caza, *late* o *hipa*. Cuando respira con dificultad por el cansancio, *jadea* o *carlea*.

La **rana** *croa, groa, canta*.

El **ratón** *musita, chilla*.

Las **auras** *susurran*.

Los **dientes**, chocando los de una mandíbula con los de otra, *castañetean*; rozando entre sí causan *estridor, rechinan*.

El **eco** *repercute, retumba*.

La **fuentes** *murmura, murmulla*.

El **gozne** *chirria, rechina*.

El **huracán** *ruge*.

El **látigo** *restalla, chasquea*.

La **madera** y los cuerpos que luden unos con otros o se rompen, *crujen*.

La **maquinaria** y cuanto con su movimiento ocasiona estruendo, *traquea, traquetea*.

El **pabilo**, si se le enciende estando húmedo, *chisporrotea*.

El **rayo** *fulgura, estalla*.

La **rueda** al rozar con el eje, *rechina*.

La **tempestad** *ruge*.

La **tierra** *treme, tiembla*.

El **trueno** *estalla, repercute, retumba*.

El **viento** *zumba, silba*.



## 85. VISITA A LA PROVINCIA DE CATAMARCA

En cuanto al aspecto general, esta provincia no se diferencia mucho de las anteriores. Los valles en donde abunda el agua, son muy fértiles; por el contrario, todas las regiones que carecen de este elemento tan indispensable o donde escasea, presentan un aspecto de aridez desoladora.

En los valles fértiles de Catamarca, que son los del este y del oeste, se cultiva con buen resultado el maíz, el trigo, la alfalfa, la vid, el tabaco y el algodón. Hállanse igualmente montes de naranjos, durazneros, manzanos, perales, higueras, nogales y otros árboles de fruta.

Catamarca tiene una gran riqueza forestal, especialmente en maderas duras, como los quebrachos blanco y colorado, los algarrobos blanco

y negro, el guayacán, la retama, etc. En algunas zonas existen selvas de madera de construcción como pino, cebil, aliso, nogal y otras cuya explotación se hace en pequeña escala por las dificultades del transporte.

El ganado es bastante escaso, por el mismo motivo que en La Rioja y demás provincias andinas.

La principal fuente de riqueza de Catamarca es la minería. Tiene oro, plata, hierro, cobre, níquel, plomo, azufre, cal, yeso y sal.

La ciudad de Catamarca, ostenta con justo orgullo su catedral, una de las iglesias más hermosas de la República, en donde se venera la Virgen del Valle.

Terminemos hoy nuestro paseo en ese santuario y pidamos a la Virgen, nuestra madre, que proteja y bendiga a esas poblaciones andinas, laboriosas y sufridas, las cuales podrán vivir en la abundancia el día en que quede resuelto el angustioso problema del regadío y el no menos indispensable de las vías de comunicación.



## 86. MAXIMAS DE SOLON DE ATENAS

1. — Observa la honradez en todo.
2. — Huye de los deleites: son origen de perversidad.
3. — Habla y calla a tiempo.
4. — No seas audaz ni arrogante.
5. — Cultiva el trato de los amigos.
6. — Sé afectuoso y amable con todos.
7. — No mientas.
8. — Sirve a la patria con palabras y con obras.

## 87. ROBUSTIANITO

*¡Anda, anda! ¿Aceitunas y todo? ¡Cómo se conoce que tenemos convidados!*

Los señores de Pelusín padecen de la conocida enfermedad llamada "delirio de grandeza". Sometidos a un pequeño sueldo, tienen que hacer vida modesta, pero su vanidad los obliga a presentarse en el mundo ostentando una posición social de que carecen.

Hay en la vecindad un matrimonio bien acomodado, también vanidoso y amante de la ostentación, a quien la señora de Pelusín aborrece, cifrando todo su afán en la competencia.

— ¡La de Vaselina ha estrenado un sombrero de crespón con lazos de "moirée"? Pues yo otro, — dijo la señora de Pelusín.

— ¡Pero mujer! — advierte el esposo, — tienes que hacerte cargo de que los Vaselina son más ricos que nosotros.

— Esa no es una razón, — replica ella. — No puedo permitir humillaciones.

Los de Vaselina convidaron a comer, días pasados a los de Pelusín, sólo para tener el gusto de deslumbrarlos. ¡Qué lujo en la mesa! ¡Qué comestibles tan caros!

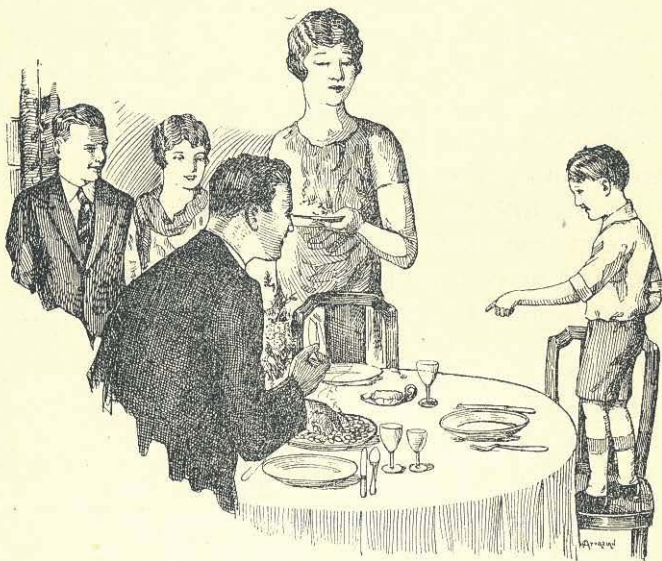
— Tenemos que corresponder a su obsequio, convidándolos también, — dijo la de Pelusín. — Buen chasco se van a llevar si creen que nosotros no sabemos disponer una comida.

— Crispulita, no seas exagerada, — observó el

esposo. — Ya sabes que nosotros no podemos competir con esa familia.

— A mí nadie me pone el pie en el pescuezo.

Fueron inútiles las prudentes objeciones del marido. Doña Crispula se empeñó en que había de convidar a los de Vaselina, y se fué ella misma al mercado con la sirvienta para adquirir los más ricos manjares.



Cuando las vió llegar el esposo, cargadas de comestibles, no pudo menos de llevarse las manos a la cabeza.

— ¡Jesús, Jesús! — exclamó. — ¿Pero quieres labrar nuestra ruina?

— Lo que quiero es demostrar a esos cursis que no saben comer.

Robustianito, el niño, quedó maravillado al ver

los comestibles, y sin poderse contener tomó el cadáver de un pollo por las piernas y comenzó a darle besos, exclamando:

— ¡Pobrecito! Está con los ojos cerraditos. ¡Qué lindo es!

— Pues competiremos. ¡No faltaría más!

La inocente criatura no habría comido pollo más que dos veces en su vida:

— ¿Y vamos a comer todas estas cosas? — preguntó Robustianito.

— Sí; vienen a comer a casa los señores de Vaselina, — dijo la madre. — A ver si estás en la mesa con mucha formalidad y no metes los dedos en la sopa, como acostumbras.

— Sí, hijo mío, — agregó el papá. — No vayan a decir esos señores que no sabemos educarte. Cuando veas el pollo en la mesa no se te ocurra darle besos ni te pongas a lamer el plato, ni te subas en la silla.

— ¿Y me daréis pollo? — dijo el niño.

— Sí.

— ¿Y merluza?

— También, pero no lo pidas a gritos.

Robustianito comenzó a brincar y a relamarse ante la perspectiva de un festín.

En esto llegaron los señores de Vaselina radiantes de lujo...

— ¡Tanto bueno, por aquí! — exclamó la señora de la casa, que se había puesto un traje esplendoroso.

— Venimos a ocasionarles molestias, — dijo la recién llegada.

— ¡Qué disparate! Por Uds. no hemos hecho ningún extraordinario, — contestó aquélla.

—Vamos a comer lo de todos los días— afirmó Pelusín.

—Lo que tenemos por costumbre,— agregó su mujer.

Robustianito hizo un gesto que equivalía a una protesta, pero su mamá le contuvo dándole un pellizco comprimido.

—Muy bien, muy bien,— dijo la de Vaselina, fijándose en la mesa.—Lo de todos los días...

Pero no pudo terminar, pues Robustianito, que se había encaramado en una silla, exclama palmoteando:

—¡Anda, anda! ¡Aceitunas y todo? ¡Cómo se conoce que tenemos convidados!

L. T.



## 88. UNA ASTUCIA DE PERIQUILLO

El señor cura del pueblo de X, era aficionadísimo a la fruta, y sobre todo a los higos.

En la **quima** más alta de una higuera de la huerta, quedaban unas cuantas docenas de higos que no sabía cómo agarrar, y que eran riquísimos, pues reunían las tres condiciones que han de tener los higos buenos, es decir: cuello de ahorcado, ropa de pobre y ojo de viuda, o lo que es lo mismo: el cuello o pezón seco, **pelleja resquebrajada** y ojo llorando almíbar.

—Cosa muy fácil,— le dijo la anciana criada.—Llame Vd. al chico de Mari Juana y verá

qué pronto se planta aquél en la quima más alta y se los recoge todos; que donde aquél no sube, no suben las ardillas.

— Verdad es, contestó el señor cura; pero el tal Periquillo tiene para eso un inconveniente: y es, que, como es tan pillo y tan traga-fruta, me va a comer la mitad de los higos mientras agarra la otra mitad.

La criada del señor cura, que era lista como un **demontre** encontró al instante modo de remediar el inconveniente que hallaba el señor cura, de valerse de Periquillo para agarrar los higos destinados a los pájaros del cielo, como dice Mistral, el poeta de Provenza, de los higos que quedan en la rama más alta.

— ¡Jesús!, dijo. ¡En qué poca agua se ahoga usted, señor! ¿Tiene usted más que imponer al chico la obligación de no dejar de cantar mientras agarra los higos, y así no tendrá tiempo de comer uno siquiera?

— Pues es verdad, exclamó el señor cura.

La criada llamó a Periquillo, y Periquillo, tan despabilado y tan listo como siempre, corrió a ponerse a las órdenes del señor cura.

— Vamos a ver, chiquillo, le dijo éste: ¿te atreves a subir a aquella quima y agarrar todos los higos que tiene?

— ¡Pues no me he de atrever! Sí, señor. ¡Demontre y qué ricos son! — añadió Periquillo, relamiéndose, al ver los higos.

— Pero oye, le dijo el señor cura, — alarmado con la codicia que los higos despertaban en Periquillo —; es indispensable que mientras agarras los higos cantes, sin cesar un momento.



— ¿Y qué quiere usted que cante?

Lo que tú quieras, con tal que sea cosa buena. Canta las Letanías, la Salve, el Credo, en fin lo que te de la gana, con tal que cantes.

— Está bien, señor.



Periquillo se colgó del brazo, una cestita de **asa**, y, en menos que uno lo cuenta, se plantó en lo más alto de la higuera y empezó a agarrar los higos, canta que te canta.

Quería **embaularse** los mejores, pero para comer tenía que dejar de cantar, y así que interrumpía el canto, ya estaba el señor cura gritándole que cantase.

**Cavilaba** Periquillo, a ver si encontraba medio de jugársela de puño al señor cura, y al fin, creyó haberle encontrado. Púsose a cantar un

responso, y, naturalmente, al llegar al “Pater Noster”, guardó silencio.

— ¿Qué es eso? le gritó el señor cura, alarmado.

— Que estoy rezando el Padre Nuestro, contestó Periquillo con la boca llena de higos.

— ¡Rézale cantando, condenado a muerte!

— Ca, no señor, el Padre Nuestro lo reza usted siempre en voz baja.

El señor cura dijo soltando una carcajada:

— Hombre, por lo pillo que eres, se te puede perdonar el que te comas la mitad de los higos.

La mitad de los higos no se comió Periquillo, pero, vamos, que no se dió mal atracón de ellos mientras suponía rezar el Padre nuestro.

*Antonio Trueba.*

**Quima** — Rama de un árbol.

**Pelleja resquebrajada** — Piel arrugada y agrietada, hendida.

**Demontre** — Demonio.

Cestita de **asa** — Canasta con manija.

Quería **embaularse** — Quería comerse.

**Cavilaba** — Pensaba, reflexionaba.



## 89. MANUEL HORNOS

*El Salto de Hornos.*

El comandante don Manuel Hornos, uno de los soldados más bravos del ejército argentino, estaba complicado en una conspiración que tenía por objeto derribar al gobernador de Entre Ríos general Urquiza, a quien se acusaba de seguir en el gobierno las huellas y proceder de Rozas.

Descubierto el complot, fué condenado a muerte y puesto en capilla para ser fusilado.

Hornos, que ni aun en los trances más apurados perdió nunca la serenidad, observó que el centinela que le guardaba, le contemplaba tristemente y con lágrimas en los ojos. Mirándole con atención, reconoció en su guardián a un antiguo soldado que, en diversas épocas, había combatido a sus órdenes.

— ¿Qué le pasa, amigo, que así está llorando?

— Pasarme, a mí, no me pasa nada; pero me aflige pensar que ya fusilaron a su hermano don Román, y que hoy, al amanecer, le fusilarán a usted.

— ¡Paciencia! ¡para morir nacimos! ¡Qué le vamos a hacer!

Desde la carpa que le servía de capilla, alcanzó el preso a divisar un espléndido parejero atado junto a un espeso grupo de árboles; verle y pensar en una posible escapada, fué la misma cosa.

Hizo llamar al sargento de guardia, y, pretextando tener urgencia de llenar una necesidad tan imprescindible como extrema, obtuvo permiso para llegar a los árboles, siempre vigilado por el centinela.

Llegar al lugar anhelado, saltar sobre el parejero y partir como un rayo, fué obra de segundos.

A la voz de: ¡cabo de guardia, se escapa el preso! lanzado por el centinela, varios soldados salieron en persecución del fugitivo, formando un círculo que cada vez se estrechaba y dentro del cual iba **irremisiblemente** a quedar acorralado.

Hornos no vaciló: estaba al borde de una barranca a pique, de regular altura; delante tenía

el río y detrás a sus perseguidores, la elección no fué para él dudosa.

Envolvió la cabeza de su cabalgadura con el poncho; animóle con la voz y saltó, cayendo al río, apareciendo, después de la zambullida, jinete y cabalgadura a regular distancia de la costa.



No terminó la persecución, dos soldados **hercúleos**, dos indiazos poco sufridos, resbaláronse el chiripá, y con el facón entre los dientes, se echaron al agua. Hubieran seguramente dado alcance al prófugo, a no nadar con más rapidez y seguridad que los dos soldados, el caballo a cuyas crines iba prendido aquél.

El **empecinamiento** de uno de los perseguidores logró hacer muy pequeña la distancia que le separaba del perseguido; entonces, Hornos, se dió vuelta, poniendo cara **hosca**, y con voz terrible, le dijo:

— Arrímate no más, guaycurú, hijo del diablo; acércate que te voy a ahogar.

Y como todos sabían que Hornos no prometía en vano, el indio, dominado momentáneamente por la terrible mirada del prestigioso jefe, se detenía hasta que, reponiéndose, volvía a apretar en la persecución.

Pero, llegó un instante en que Hornos se creyó perdido; sintió las angustias del calambre, con tanta fuerza que, casi paralizado, sólo alcanzó a hacer pie en una tosca con la cual providencialmente tropezó. El indio se le venía encima y él no podía moverse; irguióse, y dando cara al soldado, rugió, más que dijo:

— Ya que te empeñas, ven, que abrazados iremos al fondo del río.

Casi se tocaban cuando fué el perseguidor el acalambrado; hundióse en las aguas, dejando libre a Hornos, quien, a los pocos momentos fué recogido por un bote de la escuadra francesa, fondeada en Paysandú, que exploraba el río.

La barranca desde cuyo borde saltó el que tan milagrosamente libróse de morir, se llamó desde entonces El Salto de Hornos.

*J. M. Aubin.*

**Irremisiblemente** — Sin remisión, con toda seguridad.

**Hercúleos** — De gran fuerza y robustez.

**Empecinamiento** — El empeño grande.

**Hosca** — Severa.



## 90. VISITANDO LA PROVINCIA DE JUJUY

Esta provincia, una de las menos extensas, hállase enclavada entre Salta, los Andes y Bolivia, y presenta dos regiones bien diferentes: la del este y centro, bastante fértil y la del oeste, la meseta de la Puna, de unos 3.000 metros de altura, casi enteramente estéril.

La agricultura y la ganadería están poco desarrolladas: en los valles, cultívase caña de azúcar, arroz, maíz, alfalfa, algodón, trigo, cebada. Entre los árboles frutales que crecen admirablemente en el suelo de esta provincia, destácanse los perales y los chirimoyos.

Es digno de notarse que cualquier cosecha levantada en las óptimas tierras de Jujuy, es de primera calidad y en cantidad tal que hace remunerador el trabajo.

La cría de aves, cerdos, conejos, colmenares, dan buenos resultados y su producto alcanza siempre para sostener ampliamente los gastos de la granja.

Entre los animales, figuran mulas, vicuñas, guanacos, llamas, asnos, yagaretés.

La minería constituye la principal riqueza de Jujuy. Tiene oro, plata, sal, carbón, cobre, plomo, hierro, asfalto, ónix, ocres de mil colores, petróleo y aguas termales de condiciones **terapéuticas** insuperables. Es curioso ver en ciertas épocas del año llegar cargados con sal, cuarzo y demás productos de esas regiones donde domina el indio, y volverse luego con maíz, que constituye la base de la alimentación de estas pobres gentes.

Jujuy nos recuerda al general Lavalle, muerto a balazos, en 1841, en la casa del doctor Bedoya en donde se había refugiado, en su fuga precipitada ante los soldados de Rozas.

**Terapéuticas** — Usadas para la salud.



## 91. EL PASTORCITO DICHOSO

Un niño, festivo pastor, en una hermosa mañana de primavera, apacentaba su rebaño en un valle esmaltado de flores y abierto entre dos montañas cubiertas de arboleda. De una alegría extrema, no cesaba de cantar y saltar. El príncipe que gobernaba el país, cazando un día por las cercanías del valle, distinguió al pastorcillo, y llamándole, la habló así:

— Amigo mío, ¿por qué estás tan contento?

El niño que no sabía con quien hablaba, le dijo:

— ¿Y por qué no he de estarlo? Nuestro soberano no es más rico que yo.

— ¿De veras? — exclamó el príncipe. — Pues veamos cuáles son tus riquezas.

El pastorcillo replicó:

— El sol que véis allá arriba en ese hermoso cielo azul, brilla tan alegremente para mí como para nuestro soberano. Las montañas y el valle se visten de follajes y flores lo mismo para él que para mí. Yo no daría mis dos manos por una gran su-

ma de dinero, y para comprar mis dos ojos no serían suficientes todas las riquezas del príncipe.

Por otra parte tengo cuanto ambiciono, porque mis deseos no van más allá que mis necesidades. Como cada día según mi apetito; visto convenientemente y recibo cada año por mi trabajo tanto dinero como necesito. Y ahora; ¿afirmaréis que nuestro soberano es más rico que yo?

Concluyó el feliz pastorcito, dando un salto de contento.

Sonrióse el buen príncipe. Luego dióse a conocer y encantado con las palabras del niño le dijo:

— Tienes razón, amiguito mío, y aun puedes añadir, que tu propio soberano piensa como tú.

Conserva siempre tu feliz jovialidad, tu inocente felicidad.

---

*La alegría supera a la riqueza;  
felicidad de verdadera ley  
que entraña todo cuanto el hombre ansía:  
el pastor por ella es más feliz que el rey.*



## 92. EL CAZADOR DE TIGRES

*Recuerdos porteños de 1844.*

Era niño como de 10 años el que esto escribe y a los azules reflejos de una noche clarísima de luna cabe el hogar campestre de la estancia en que veraneábamos, y sentado a los pies de un anciano de blanca cabellera, viejo soldado que li-



**diado** había en tierra española y en guerra civil sangrienta durante cinco años, — creo de 1834 a 1839 — escuché de sus labios por vez primera la narración del “Cazador de Tigres” hecha a pedido de mis hermanos mayores, para quienes no era nueva la relación apetecida.

“Bueno” — dijo el anciano mientras sonriendo apoyaba el índice sobre su frente como pidiendo auxilio a su memoria para refrescar ideas y tejer de nuevo la trama de su tan sabida narración. — “Allá van mis niños”, — dijo, dando una sonora palmada — “la linda historia”: ¡silencio! ¡eh! y atentos sino...

Era el año 44 de este siglo (el XIX), cuando pasados 4 años desde la terminación de la guerra civil de isabelinos y carlistas allí en mi España, embarquéme en Vigo junto con un amigo de la infancia (tan querido ahora e idolatrado por nosotros). — Aquí, al nombrar a España le traicionó su corazón, y dos lágrimas como perlas, rodaron por sus mejillas, para ir a esconderse en su seno medio abierto por el calor reinante del verano — me embarqué, repito, en Vigo para esta América del Sur; llegando a las playas argentinas después de tres meses de relativa feliz navegación.

Buenos Aires era ya grande y linda con su inmenso río, con su antiguo desembarcadero, puerto, el Fuerte, altas torres, plaza, recova, etcétera, etc. Sólo le faltaba la corona azul y verde de las montañas de mi tierra querida con sus pinares y fuentes, ruiseñores y alondras, **caseríos** y **villorrios** tendidos a las laderas de los montes coronando sus cumbres, para ser hermosamente pintoresca.

Pasando una tarde en busca de la oficina de correo, por la hoy llamada Plaza Mayo, llegué frente al vetusto edificio llamado la Recova, que cortaba por medio a aquélla de norte a sur. De pronto presentóseme a la vista una tienda de sencilla pero curiosísima apariencia, en la que, al parecer, se vendían pieles de llamas, guanacos, pumas, zorros, y hermosos tigres. Deténgome gratamente impresionado por la novedad de objetos para mi desconocidos. Mientras examinaba cuidadosamente las pieles, se me acerca el dueño, un europeo de simpáticas facciones, talle mediano y fornida musculatura; y en acento dulce y pronunciadamente extranjero, dícame bondadoso:

— Señor, ¿desea Ud. algunas pieles?

— No, patrón, — le contesto — estoy encantado mirando estas curiosidades nuevas para mí, pues acabo de desembarcar en este puerto.

Y animado por la bondad y finura exquisitas que sus gestos y rostro reflejaban, atrevíme a interrogarle:

— ¿Y quién se las proporciona para la venta?

Sonrióse bondadoso halagado en su vanidad de semi-héroe, y levantando su desnudo brazo que parecía hecho de hierro, y fijando en él sus ojos, pronuncia emocionado estas frases:

— Pues, éste, señor y amigo, es quien va a buscarlas; por las interminables pampas de esta tierra argentina.

Y conociendo por mi semblante que ardía en ansias de que me aclarase lo que acababa de decir, añadió sin titubear, mientras galanamente me ofrecía una silla criolla de asiento de finas pieles:

— Vea, señor, cómo me las proporciono y busco.

Allí duermen en ese patio contiguo ocho buenos galgos del país, valientes como la heroína que los diera a luz. Mírela, ahí viene.

En efecto, en ese instante se aproxima una fornida perra, guapa y nervuda en extremo y mirándolo cariñosa como pidiéndole permiso para acercarse, se echó silenciosa a sus pies, sin aguardar la respuesta que supuso dada.

Y prosiguió su comenzada narración:

— Con estos buenos compañeros, — dijo — doy comienzo a mis viajes con las provisiones de boca necesarias, dos pares de puñales de templado acero al cinto que hacen buena compañía a dos modernas pistolas por si la ocasión llegara; y andando, andando nos internamos tierra adentro hacia el oeste o sur, en busca de la apetecida caza.

No tardan mis olfateadores amigos en dar con el rastro de perdices que vuelan ante sus acometidas, de algún zorro, mulita, etc., etc. que descuartizan en un abrir y cerrar de ojos, y pumas que acorralados se encaraman en el primer árbol que se les presenta en tan peligroso trance, del que un par de tiros de mis pistolas los hace descender, quieras que no, heridos de muerte, para ser despojados de su piel; y por fin aparece en el horizonte dando terribles saltos, seguido de mis perros, el codiciado tigre, que al divisarme a lo lejos se dirige contra mí, haciendo caso omiso de los galgos que lo hostilizan fiera y denodadamente.

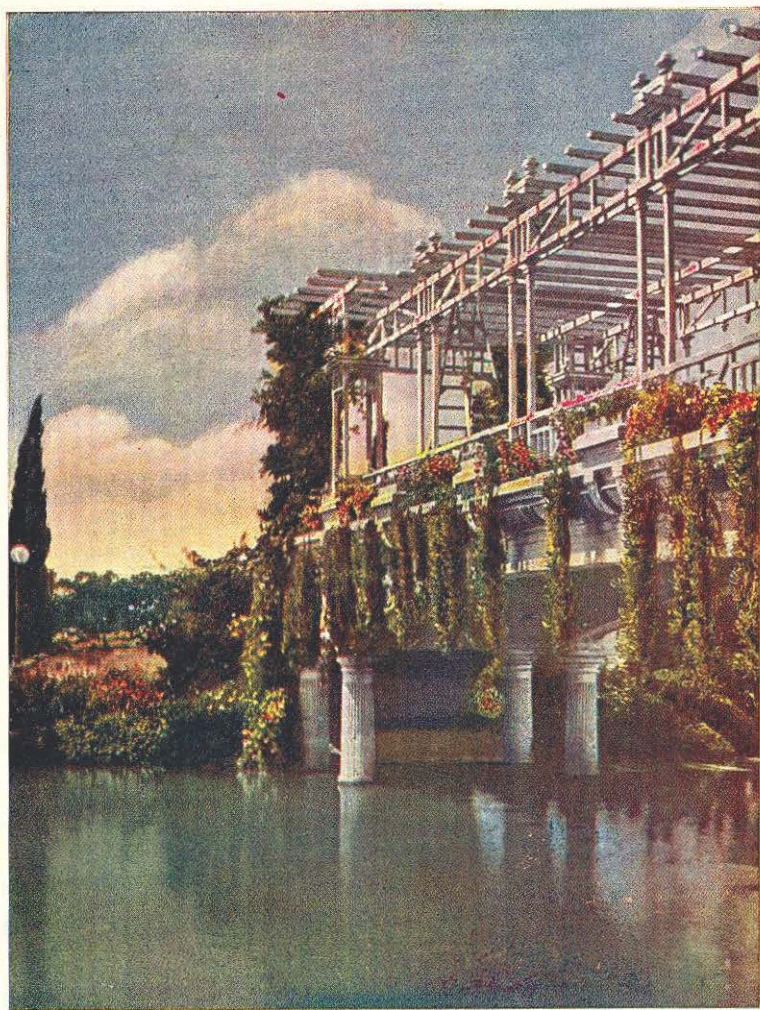
Al verlo ya venir sobre mí, arrollo en el brazo izquierdo un grueso poncho y empuño con la derecha uno de los puñales: la fiera meneando la

cola y rugiendo entre dientes, mientras sacando la lengua, saborea de antemano mi carne y sangre; se agacha, para tomar empuje; y al compás de un estridente rugido que hace estremecer mis huesos y enmudece por un instante a sus caninos perseguidores; vuela en atrevido salto por los aires para caer sobre mí para descuartizarme entre sus garras. Al verlo que se me arroja, clavo una rodilla en tierra y levantando el brazo izquierdo defendido por el poncho sostengo así el formidable choque: y mientras clava en él sus dientes y garras delanteras le hundo el puñal que revuelvo en su corazón con mi derecha completamente libre. Al sentir el roce del acero cortante que desgarras sus entrañas da un horroroso rugido, se estremece primero violentamente, tambalea poco después y soltando mi brazo tumbase a mis pies, para no levantarse más; entre rugidos, sacudimientos y el furioso estertor de su **cruenta** e inesperada agonía.

A mi voz de mando, los galgos le forman cerco aullando y meneando sus colas sin atreverse a tocarlo; pues despedazarían su pintada piel, objeto primordial de mis afanosas cacerías.

Pero, amigo, amigo, una vez entre otras casi se truecan los papeles, pues al manejar el puñal para herirle de muerte, lo dirigí mal, dando contra el hueso del antepecho mi primer golpe, quedando allí clavado; y mientras echaba mano del otro puñal de los de repuesto que llevaba al cinto para darle el segundo, el astuto tigre tuvo tiempo de arrancarme con sus garras el poncho, mi defensa, plantármelas en el brazo y ya se disponía a hundir sus dientes en mi cuello por la

BUENOS AIRES PINTORESCO



EL ROSEDAL



nuca, cuando — mientras mis perros a mi voz de ataque y de angustia arremetían furiosos todos a una, contra él — la acerada punta hizo su oficio atravesando fieramente su corazón.

Al decir esto desnudó su brazo y señalóme, temblando de emoción, las enormes cicatrices de las profundas heridas con que el feroz animal desgarrara en aquel entonces sus carnes, poniéndole a pique de perecer víctima de sus audaces cacerías. . .

— Bueno, niños, — clamó el anciano, — por esta noche basta y a dormir.

Amados lectores, la emocionante relación que oyerá 45 años ha, de labios de ese anciano queridísimo convertido ya en polvo bajo la dura losa de la tumba, quedó tan hondamente grabada en mi imaginación de niño, que al refrescar ideas y aclarar conceptos para trasladarlos al papel y ser publicados, fué para mí facilísima tarea, pues ni los años corridos, ni las múltiples vicisitudes de la niñez, adolescencia y edad viril logrado habían, no digo borrar, pero ni siquiera obscurecer de algún modo la interesante historia del “Cazador de Tigres” del ya lejano 44, de tan nebulosos recuerdos en la historia argentina durante la larga y cruenta actuación del célebre tirano Don Juan Manuel de Rozas de infeliz memoria para nuestro idolatrado terruño.

**Lidiado** — Peleado.

**Cruenta** — Sangrienta.

**Caserío** — Conjunto de casas en el campo.

**Villorrio** — Aldehuela, población pequeña y poco urbanizada.

**Vicisitud** — Alternativa de sucesos prósperos y adversos.

## 93. LA VIRGEN DE LUJAN

### I

Corrían los años de 1630. Cierta portugués de la ciudad de Córdoba del Tucumán quiso levantar en su propiedad una capilla a la Reina de los Angeles honrándola en el misterio de su Pura y Limpia Concepción. Con este fin, escribió a un compatriota suyo, residente en el Brasil, que le remitiese una imagen de la Inmaculada Virgen María. Hízolo así el buen amigo y, en vez de una, le destinó dos estatuas bien acondicionadas en sendos cajoncitos, pues como eran de terracota no quería que sufriesen alguna avería en el peligroso viaje. Eran las dos imágenes, una de Nuestra Señora de la Consolación, venerada hoy en Sumampa (Santiago del Estero), y otra la que se venera hoy en la ciudad de Luján.

### II

Llegó la barca a Buenos Aires y desembarcó sin tardanza. Colocando sus dos amadas prendas en una carreta, se incorporó a una caravana que partía para el Tucumán. Al tercer día del lento viaje llegaba la tropa de carretas al río Luján, vadeándolo por el paso del *Arbol solo*, llamado después *Paso de la Virgen*. Al atardecer toda la caravana hizo alto a orillas de la Cañada de la Cruz, en una estancia cuya única mansión ocupaba el dueño, don Rosendo de Oramas. Todos los expedicionarios, acomodándose en sus carretones pernoctaron en el lugar, distante cin-



co leguas al noroeste de la actual ciudad de Luján.

Despertaron al día siguiente y después de haber adorado al Creador y haber hecho correr el mate a la redonda, trataron los troperos de pro-



seguir el viaje. El capitán de navío dió orden para que unciesen los bueyes de su carreta y se dispuso a seguir la caravana ocupando su correspondiente lugar...

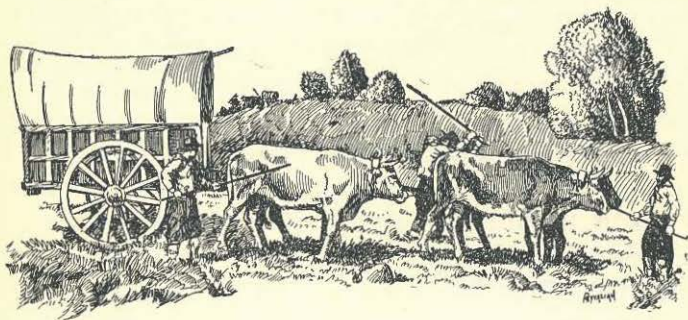
Uncidos los bueyes al pértigo, enarbola el con-

ductor la picana y con ronca voz da la señal de marcha. Bajan el testuz las robustas y pacientes bestias y tratan de arrancar: en vano. Por más esfuerzos que hacen no se mueven las ruedas una pulgada. Dijérase que una causa misteriosa había enclavado en el duro suelo la astrosa carreta. Baja entonces el boyero de su vehículo y, viendo que el camino no ofrece obstáculos, que las ruedas están en buen estado, atribuye a flaqueza de sus bestias el contratiempo. Manda en consecuencia atar otras yuntas que secunden a las del pértigo, y encaramándose en su puesto, comienza a animar a las bestias, ora llamándolas por sus nombres (cosa común en los boyeros) ora apelando al doloroso aguijón. Redoblan sus esfuerzos los mansos y poderosos cuadrúpedos: trabajo perdido. El carretón no se mueve un ápice...

### III

Corrido y confuso el capitán de navío por tan extraño contratiempo, no atina a tomar medidas, y él que había capeado con donaire las tempestades del océano, se ve ahora impotente para mover una triste carreta. Los troperos, por su parte, y los peones de D. Rosendo, intrigados por la detención de una carreta que desconcierta toda la caravana, acuden en grupos alrededor del vehículo y ponéanse de consuno a azuzar a la boyada; unos gritan amenazando con la picana, otros halagan a las bestias, y no falta quien, airado apalea y clava el aguijón a los pacientes animales. Pero el carro no se mueve. Y los bueyes, cansados del esfuerzo, impotentes, vuelven a su inmovilidad de piedra. Enojados los viajeros

al ver que la cosa lleva cariz de eternizarse, aconsejan al conductor baje de la carreta cuanto bulto lleva. Hácese así, y los bueyes arrancan a buen paso. Estupefactos los testigos (pues lo descargado era de muy poco peso) preguntan al capitán “¿qué puede traer en sus bultos que impida de esa manera el viaje?” A lo cual responde: “absolutamente la misma carga que los días anteriores, traída sin estorbos hasta aquí”. Y añade



que entre el corto flete que lleva van dos imágenes de la Sma. Virgen destinadas a las provincias del norte. Cruza entonces como un relámpago por la mente de los testigos y le dicen: “embarque, capitán nuevamente esos dos cajoncitos solos en la carreta”. Obedece el conductor, y el vehículo, sin más carga que las imágenes, vuelve a su inmovilidad primera. En vano agujijonean la boyada: el carretón no es movido un jeme...

#### IV

Uno de los presentes (quizás por inspiración divina) dice entonces al capitán de navío: “Señor, mande sacar uno de los dos bultos y veamos qué sucede”. Cúmplase la orden; pero la carreta,

por más que los bueyes tiran, no se mueve. — “Truéquense los cajones, ordena entonces el testigo, y veamos qué misterio hay en todo esto”. Bájase el cajoncito embarcado y el compañero toma su lugar en el carro. Se da la orden de marcha y los bueyes arrancan sin esfuerzo y el vehículo se mueve rápidamente. . .

Clavan entonces los presentes sus ojos en el cajoncito yacente a sus pies y, cediendo la admiración el puesto a esa emoción que es la más honda e incontenible del ser humano, la emoción religiosa, levantan todos un grito que debió repercutir por modo extraño en el augusto silencio de la soledad inmensa de la pampa: “¡Milagro!... ¡Milagro!” Y junto con el clamor brotaban del corazón, temblaban en los párpados y rodaban por el atezado rostro de aquellos hombres, esas lágrimas de sobrehumana ternura, que sólo la Fe produce y justifica.

Comprenden luego que es voluntad de Dios que quede en esta soledad la imagen de María encerrada en el cajoncito y, pasado el primer momento de estupor, quieren recrear sus ojos en la contemplación de la prenda que el cielo les envía. . . Abrese el arca diminuta y aparece ante sus húmedos ojos la hermosa efigie que se llamará *Pura y Limpia Concepción del río Luján*. Más bella les pareció que el lucero de la mañana, más suave que el alborada, más amable que los levantes de la aurora. Póstranse todos en tierra y, rindiéndole el culto debido a la Madre de Dios, estampan en la orla de su manto y en sus virgíneos pies castos y fervorosos besos.

Capataces, troperos y peones se dan mil para-

bienes por haber sido instrumentos de tanto bien y resuelven llevar la santa imagen a la morada de D. Rosendo de Oramas. Acuden la familia del hacendado, sus peones y todos los viajeros, y se organiza una devota procesión ¡la primera! en la cual si faltó el aparato y la densa muchedumbre, brilló en cambio el fervor y la sencillez, tan gratos a Dios. Llega la pastoril teoría, cuya vista debió alegrar a los ángeles, a la rústica morada de D. Rosendo y, entronizándola en la pieza más decente, todos los concurrentes ríndenle nuevamente los homenajes que sus hijos habían de renovar de siglo en siglo.

De creer es que acamparían los expedicionarios algunos días en este paraje con el fin de satisfacer su devoción agradecida y para esparcir en los contornos la buena nueva. Acuden, en efecto, los devotos hacendados y peones de las estancias y de los pagos circunvecinos a venerar la portentosa imagen y a informarse de labios mismos de los testigos oculares sobre los pormenores del prodigio. Troperos hay que llegan hasta Buenos Aires y pregonan la gracia señalada con que la Madre de Dios ha enriquecido esta región del Plata. Conmuévase la ciudad y buen golpe de vecinos emprende el viaje a la Cañada de la Cruz. Los troperos reanudan su marcha al noroeste en demanda del pago de Sumampa, divulgando la fausta noticia por todos los ámbitos de las gobernaciones de Buenos Aires y de Tucumán.

Pasado algún tiempo comprende D. Rosendo Oramas que la bendita imagen ha menester de una capilla y, a instancias de los peregrinos, levanta una ermita de adobe y paja en la que

Nuestra Señora de Luján recibe las tiernas manifestaciones de fe y amor de sus hijos que acuden de todos los pagos de la provincia con sus plegarias y sus ofrendas. En la humilde choza es venerada la santa Efigie alrededor de cuarenta años (1630-1670).

Diversas capillas albergaron la milagrosa imagen hasta que en 1899, el santo e infatigable Padre Salvaire puso manos a la obra de la gran Básilica que hoy es honra de la República.

“Historia popular de Nuestra Señora de Luján” por *H. A. M.*



## 94. EL NIÑO CONTENTO CON SU SUERTE

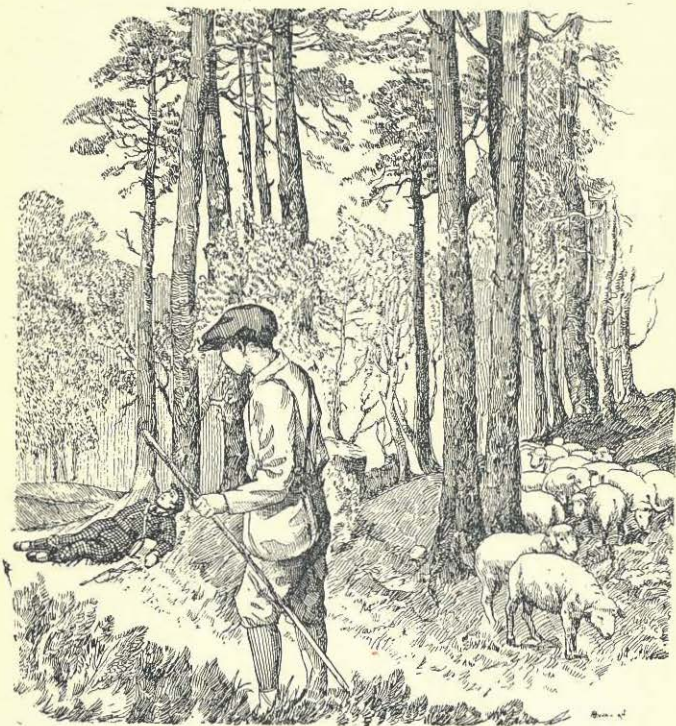
El joven pastorcito Marcelino conducía su rebaño por un monte, y habiéndose internado en las quebradas a buscar una de sus ovejas en un espeso bosque, encontró allí un hombre echado en los matorrales, que parecía agobiado de cansancio y que apenas podía respirar.

— Muchacho, — le dijo el desconocido, — me estoy muriendo de hambre y de sed. Ayer vine a cazar en este monte, me extravié, y he pasado aquí la noche.

Marcelino sacó de sus alforjas pan y queso fresco, y dándoselo, le dijo:

— Coma y venga conmigo; yo le conduciré hasta una vieja encina, en cuyo tronco hay siempre agua.

Comió el cazador; fué después con Marcelino y bebió el agua, que halló excelente; después de lo cual, el pastorcillo le acompañó hasta la salida del monte.



— Eres un buen muchacho, le dijo el cazador, me has salvado la vida, pues si hubieras tardado una hora más, me hubieras encontrado muerto. Ahora deseo mostrarte mi agradecimiento: ven conmigo a la ciudad, soy rico y te trataré como si fueras mi hijo.

— No, señor, — respondió el muchacho, — no voy con usted a la ciudad, porque tengo padre y madre, que son pobres, y los quiero mucho; y ni aun por el rey mismo quisiera yo dejarlos.

— Pero tu casa es una triste choza cubierta de paja, — replicó el cazador — y yo vivo en un palacio de mármol, rodeado de columnas magníficas. Beberás en copas de cristal, y comerás deliciosos manjares en vajilla de plata.

— Nuestra casita, — respondió el niño — no es tan mísera como usted cree; si no está rodeada de columnas, lo está de árboles frutales y de parras. Bebemos un agua muy clara de la fuente que mana al lado; nuestro trabajo nos proporciona el sencillo alimento que necesitamos, y si en nuestra casa no hay dinero, cristal, ni mármoles, abundan las flores.

— Ven conmigo, muchacho, — añadió el cazador, — también hay en la ciudad árboles y flores. Tengo allí un magnífico jardín, con frondosas alamedas rectas y parques llenos de plantas rarísimas; en medio del jardín hay un surtidor, del que brotan brillantes chorros de agua; tú no has visto jamás cosa parecida; el agua salta con fuerza por mil puntos, y cae formando espuma en un estanque de mármol blanco.

— En el monte somos felices, — contestó Marcelino. — La sombra de nuestros bosques es, por lo menos, tan deliciosa como la de esas magníficas alamedas; nuestros verdes prados están esmaltados de mil flores; también alrededor de nuestra casita crecen las rosas, las violetas, las azucenas y los pensamientos. ¿Cree usted que nuestras fuentes son menos bellas que los surtidores de



usted? ¡Si supiera usted cómo me encanta ver salir el agua a borbotones por entre las peñas, o caer de lo alto de las colinas, para correr luego serpenteando por los floridos valles!

— ¡Hijo mío, tú no sabes lo que rehusas! — dijo el cazador. — Hay en la ciudad colegios famosos en donde podrás aprender las ciencias que quieras; hay teatros en donde se recreará tu oído con el armonioso concierto de la música; hay riquísimos salones, en donde asistirás a fiestas espléndidas.

— No; no, señor, — repuso el muchacho, — no iré a la ciudad. En la escuela de la aldea me enseñan todo lo que es útil, y, sobre todo, a amar a Dios, a honrar a mis padres y a imitar sus virtudes. Es todo lo que necesito. ¿Acaso sus músicos cantan mejor que el ruseñor y el jilguero? También nosotros tenemos conciertos y fiestas. ¡Qué felices somos cuando, reunida el domingo toda la familia, nos sentamos a la sombra de los árboles, en la margen de un riachuelo que corre murmurando! Mi hermana canta y yo la acompaño con la flauta: nuestros cánticos resuenan a lo lejos, y el eco los repite; nuestros padres, dichosos al oírnos, nos contemplan con dulce sonrisa. ¡Oh, no! no iré yo a la ciudad.

Viendo el cazador que eran inútiles sus esfuerzos por llevarse al pastorcillo, le dijo:

— ¿Qué te daré, entonces, para mostrarte mi agradecimiento? Toma, pues, esta bolsa llena de oro y plata.

— ¿Y para qué quiero yo el dinero? Somos pobres, es verdad, pero nada nos falta; si lo aceptara, me pagaría usted el servicio que le he pres-

tado. Estaría mal hecho y mi madre me reñiría, pues siempre me ha dicho que debemos socorrer a los necesitados, pero sin interés alguno.

— Pues bien, preciso es que aceptes alguna cosa, porque si no, me causarás gran pena. ¿Qué quieres que te dé?

— Si es así, déme usted ese frasco que lleva a la cintura, porque me parece que hay grabados en él unos perros que persiguen a un venado.

Dióle el frasco el cazador, y el pastorcillo se fué brincando de contento, como los corderos que triscan en la pradera.

*Th. Barrau.*



## 95. PASEANDO POR LA PROVINCIA DE SAN LUIS

Os invito hoy, mis amados niños, a dar una vuelteita por San Luis.

El aspecto de esta provincia es casi el mismo que en Córdoba, pero invertido: aquí las montañas están al este, centro y norte. La parte sur es arenosa e inculta por carecer de agua.

La minería, por el contrario, es muy rica, especialmente en oro, plata, cobre, carbón de piedra; se explota sobre todo el mármol verde, llamado ónix.

Los bosques de San Luis producen en abundancia el algarrobo, el quebracho, el tala y el chañar.

La capital de la provincia es la ciudad de San

Luis, de unos 20.000 habitantes, construída en la punta de la sierra de su nombre, razón por la cual los habitantes de esa provincia se llaman puntanos. Esta ciudad está provista de agua, gracias a los diques que se han construído a propósito para ello.

La ciudad principal y de más porvenir de la provincia es la de Mercedes, de unos 30.000 habitantes; situada a catorce horas de la capital Federal, es un gran centro ferroviario y agrícola.

En San Luis nació el coronel Pringles, uno de los valientes oficiales de San Martín. Hízose célebre durante la campaña del Perú, en 1821, en la playa de Pescadores.

En el pueblo de El Balde, situado al oeste de la ciudad de San Luis, existe un pozo artesiano de 600 metros de profundidad; es, posiblemente, el más hondo de la República. Su perforación costó unos 150.000 pesos.

El desenvolvimiento de la provincia de San Luis, en estos últimos años ha sido muy rápido; los adelantos agrícolas, ganaderos, así como los industriales y comerciales son asombrosos. De siete años a esta parte, el cultivo ha pasado de 30.000 a 80.000 hectáreas; en cuanto a la ganadería, sus novillitos, tipo matadero, tienen una prima por lo excelente de sus carnes; la exportación de minerales de oro, plata, cobre, carbón de piedra y mármoles, especialmente el mármol verde, llamado ónix, está en pleno apogeo y diariamente salen trenes cargados con estos productos.

El suelo de la provincia de San Luis se presta admirablemente para el cultivo de la alfalfa.

Los principales cultivos de esa provincia son

los de trigo, maíz, centeno, avena y alfalfa, cuya semilla tiene mucha aceptación en toda la República.

La fruticultura está representada especialmente por el cultivo del duraznero, del peral y del manzano en las zonas del centro y norte.

La viticultura es una bella promesa en toda la parte comprendida entre las sierras de Córdoba y el río Conlara y es probable que dentro de pocos años esas regiones se vean convertidas en preciosos viñedos y poblados de grandes bodegas.

En los distritos de Luján y Quinos se cultiva con todo éxito el naranjo cuyas frutas son exquisitas y constituirán una fuente considerable de riqueza para la región cuando el ramal ferroviario proyectado se convierta en realidad.

Una buena parte de los cultivos de San Luis se encuentran bajo riego y se están haciendo grandes obras y diques de embalses que pondrán la provincia a la altura de las mejores del país.



## 96. ENTRE REYES

Disputaban una vez dos aves sobre cuál de ellas volaba mejor.

Era la una el águila, reina de los aires, que vive de rapiña, y la otra la humilde ratona que suele esconderse en los matorrales de nuestros jardines y alimentándose de moscas y sabandijas, presta innumerables servicios a la agricultura.

Decía, pues, el águila:

— ¿Tú, medir fuerzas conmigo?... Pero si cualquier moscón vuela más que tú... Mejor que *pájaro* deberías llamarte *rata*, o escarabajo, pues con dar dos o tres vueltas a un rosal, o a un repollo, te ganas el jornal.

— Me gano honradamente la vida, — rectificó la ratona — vivo haciendo bien a todos, y esto basta.

Replicóle el águila:

— Yo, de una volada me remonto hasta las nubes. Anido en las peñas inaccesibles. Miro el sol cara a cara. Para mis opíparas comidas, sólo cazo piezas regias: ayer comí un cervatillo; hoy, dos liebres; mañana comeré...

— La cuestión para un ave es volar — interrumpió una golondrina que por allí cruzaba.

— ¿Volar? — respondió el águila. — Volar es para mi la apuesta más interesante. Yo vuelo a cualquier parte. Apuesto a que llego hasta el sol.

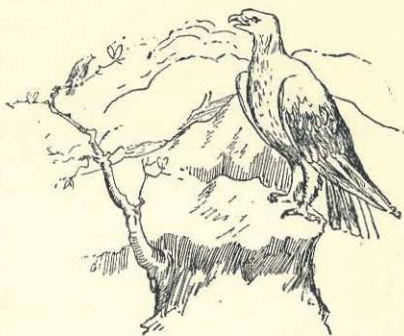
Respondió la ratona:

— Pues yo apuesto a que lo tocaré antes que tú.

— ¿A que no?

— ¿A que sí?

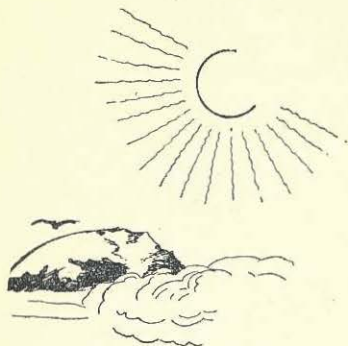
— Nada de disputas, señores — interrumpió la golondrina. — Manos, o mejor dicho, alas a la



obra, y a aquel que llegue primero lo proclamo rey de los aires... ¡A la una!... ¡a las dos!... ¡a las tres...! ¡March!...

Ambas rivales tomaron entonces carrera. El águila parecía un biplano Farman; la ratona una hojita seca arrastrada por el viento.

— ¡Lástima de pajarito! — pensó el águila. — A cada momento pierde el equilibrio. A este paso ni llegará a las nubes... ¿Pero que digo nubes? Si ya no se la ve... Lo probable es que habrá caído al suelo.



Así engreída iba el águila subiendo. Atravesó unas cuantas nubes; pasó a cuatro pasos de la luna. A ma-

no izquierda saludó al planeta Venus, y fué a posarse en un peñasco de Mercurio.

Desde allí, con una mirada tan penetrante y escudriñadora como potente y altanera, que así es la mirada de las águilas, sondeó los espacios recorridos, pero la ratona no aparecía.

— ¿Dónde estará ahora, pobre avecilla?

— ¡Estoy aquí! — respondió a espaldas de la orgullosa preguntante, la voccecita cascada de la preguntada.

Giróse asombrada el águila. Nada vió. Temerosa, lánzase otra vez hacia el astro rey, y, en menos de una hora lo alcanza.

— Ratona ya llegué — dice. — ¿Lo ves?

Nadie respondió. El calor era inaguantable.

Preciso fué emprender la vuelta a la tierra. En un día escaso llegó a la región de la golondrina.

— ¿Dónde estás, chiquilla? — preguntó la orgullosa excursionista.

— Estoy aquí.

Quien respondía así, era la ratona que al mismo tiempo caía como una pelota a dos pasos escasos de su rival y se le plantaba delante entre humilde y arrogante, entre sencilla y burlona. Quien quedó estupefacta fué el águila. Pronto repuesta, sin embargo, de su asombro, preguntó:



— ¿Qué, no conviniémos anteayer en que iríamos a tocar el sol?

— Sí; yo fuí, lo toqué; tú, no.

— ¡Pruebas!... Pruebas te pido, ínfimo colibrí... Dame pruebas y documentos o te degüello al instante.

— Documentos traigo y los tengo escritos en las plumas chamuscadas de las espaldas y en el extremo carbonizado de la cola. Mira si no.

En diciendo esto, la ratona se giró. Era verdad. En cambio todas las plumas del águila estaban intactas.

— ¿Por dónde pasaste que no te vi?

— Por el mismo camino que tú; pero llegué primero.

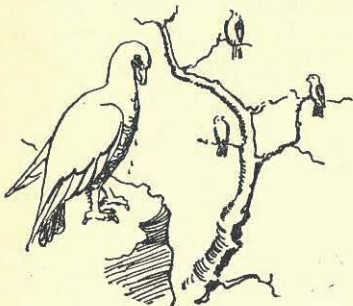
— ¿Cómo pudo ser?

— Procuré acomodarme y esconderme en las plumas de tus espaldas. Esto te explicará cómo tengo chamuscadas las mías.

— ¿Y es esto volar, traidora?

— No pretendí volar, ni hemos apostado a que volaríamos, sino a que tocaría yo el sol antes que tú.

— ... Y ganaste — proclamó solemne la golondrina — pero fué únicamente por la astucia.



Has de confesar que te llevó a la meta la fuerza ajena, no la propia.

El águila lloraba de despecho.

— Confesaré lo que quieras — dijo el pajarito — con tal que reconozcáis vosotros

que más puede maña que fuerza y que Dios se complace no pocas veces en ensalzar a los humildes y confundir a los soberbios.

Aquel día, el diminuto pajarito fué proclamado *reyezuelo*; pero el águila se proclamó a sí misma imperial.



## 97. ¡SE VIRTUOSO!

“No hay virtud sin combate — dijo Rousseau. — La palabra *virtud* viene de *vis*, que vale *fuerza*: la fuerza es la base de toda virtud.

“La virtud es propia de un sér débil por su naturaleza y fuerte por su voluntad: y en esto consiste el mérito del hombre justo.”

“La virtud — añade Bossuet, — por grande que nos parezca, no es digna de llamarse tal hasta que se ha acreditado de capaz para sufrir toda clase de pruebas.”

*¡Sé virtuoso!* En esta palabra está condensada la suma de la perfección.



## 98. EL PEQUEÑO VIGIA LOMBARDO

En 1859, durante la guerra por el rescate de Lombardía, pocos días después de la batalla de Solferino y San Martino, ganada por los franceses y los italianos contra los austriacos, en una hermosa mañana del mes de junio, una sección de caballería de Saluzo iba, a paso lento, por estrecha senda solitaria, hacia el enemigo, explorando el campo atentamente.

Mandaban la sección, un oficial y un sargento, y todos miraban a lo lejos delante de sí, con los ojos fijos, silenciosos, preparándose para ver blanquear a cada momento, entre los árboles, las divisiones de avanzadas enemigas.

Llegaron así a cierta casita rústica, rodeada de fresnos, delante de la cual sólo había un muchacho como de doce años, que descortezaba gruesa rama con un cuchillo, para proporcionarse un bastón; en una de las ventanas de la casa tremolaba al viento la bandera tricolor; dentro no había nadie: los aldeanos, izada su bandera, habían escapado por miedo a los austriacos. Apenas divisó la caballería, el muchacho tiró el bastón y se quitó la gorra.

Era un hermoso niño, de aire despejado, con ojos grandes y azules, los cabellos rubios y largos; estaba en mangas de camisa y enseñaba el pecho desnudo.

— ¿Qué haces aquí? — le preguntó el oficial parando el caballo. — ¿Por qué no has huído con tu familia?

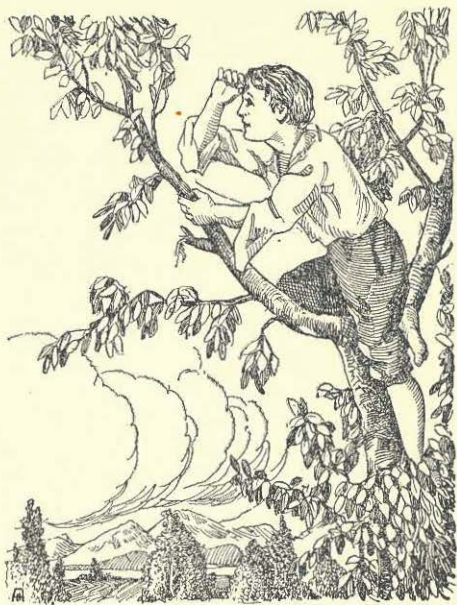
— Yo no tengo familia — respondió el mucha-

cho. — Trabajo algo al servicio de todos. Me he quedado aquí para ver la guerra.

— ¿Has visto pasar a los austriacos?

— No, desde hace tres días.

El oficial se quedó un poco pensativo; después se apeó del caballo y dejando los soldados allí



vueltos hacia el enemigo entró en la casa y subió hasta el tejado: no se veía más que un pedazo de campo.

— Es menester subir sobre los árboles — pensó el oficial — y bajó.

Precisamente delante de la era se alzaba un fresno altísimo y flexible, cuya cumbre casi se mecía en las nubes. El oficial estuvo por momentos

indeciso mirando ya el árbol, ya a los soldados; después, de pronto, preguntó al muchacho.

— ¿Tienes buena vista, chico?

— ¿Yo? — Yo veo un gorrioncillo aunque esté a dos leguas.

— ¿Sabrías tú subir a la cima de aquel árbol?

— ¿A la cima de aquel árbol? ¿Yo? En medio minuto me subo.

— ¿Y sabrás decirme lo que veas desde allí arriba, si son soldados austriacos, nubes de polvo, fusiles que relucen, caballos...?

— De seguro que sabré.

— ¿Qué quieres por prestarme este servicio?

— ¿Qué quiero? — dijo el muchacho sonriendo. — Nada. ¡Vaya una cosa! Y después... si fuera para los austriacos, entonces por ningún precio; pero por los nuestros! ¡Si yo soy lombardo!

— Bien; súbete, pues.

— Espere que me quite los zapatos.

Se quitó el calzado, se apretó el cinturón, echó al suelo la gorra y se abrazó al tronco del fresno.

— Pero, mira... — exclamó el oficial, intentando detenerlo, como sobrecogido por repentino temor.

El muchacho se volvió para mirarlo con sus hermosos ojos azules, en actitud interrogante.

— Nada — dijo el oficial; — sube.

El muchacho se encaramó como un gato.

— Mirad adelante — gritó el oficial a los soldados.

En pocos minutos, el muchacho estuvo en la copa del árbol, abrazado al tronco, con las piernas entre las hojas, pero con el pecho descubierto, y

su rubia cabeza resplandecía como el sol pareciendo de oro. El oficial apenas lo veía: tan pequeño resultaba allí arriba.

— Mira hacia el frente, muy lejos — gritó el oficial. El chico, para ver mejor, sacó la mano derecha, que apoyaba en el árbol, y se la puso sobre los ojos a manera de pantalla.

— ¿Qué ves? — preguntó el oficial.

El muchacho inclinó la cara hacia él y haciendo portavoz de su mano, respondió.

— Dos hombres a caballo en lo blanco del camino.

— ¿A qué distancia de aquí?

— Media legua.

— ¿Se mueven?

— Están parados.

— ¿Qué otra cosa ves? — preguntó el oficial, después de un instante de silencio. — Mira a la derecha.

El chico dijo:

— Cerca del cementerio, entre los árboles, hay algo que brilla; parecen bayonetas.

— ¿Ves gente?

— No; estarán escondidos en los sembrados.

En aquel momento un silbido de bala agudísimo se sintió por el aire y fué a perderse lejos, detrás de la casa.

— ¡Bájate, muchacho! — gritó el oficial. — Te han visto. No quiero saber más. Vénte abajo.

— Yo no tengo miedo, respondió el chico.

— ¡Baja! . . . repitió el oficial. — ¿Qué más ves a la izquierda?

El muchacho volvió la cabeza a la izquierda.

En aquel momento, otro silbido más agudo y

más bajo hendió los aires. El muchacho se ocultó todo lo que pudo.

— ¡Vamos! — exclamó; — la han tomado conmigo! La bala le había pasado muy cerca.



— ¡Abajo! — gritó el oficial, con energía y furioso.

— En seguida bajo — respondió el chico; — pero el árbol me resguarda; no tenga usted cuidado. ¿A la izquierda quiere usted saber?

— A la izquierda — respondió el oficial; — pero baja.

— A la izquierda — gritó el niño, dirigiendo

el cuerpo hacia aquella parte — donde hay una capilla; me parece ver. . .

Un tercer silbido pasó por lo alto y en seguida se vió al muchacho venir abajo, deteniéndose un punto en el tronco y en las ramas, y precipitándose después de cabeza con los brazos abiertos.

— ¡Maldición! — gritó el oficial acudiendo. — El chico cayó a tierra de espaldas, y quedó tendido con los brazos abiertos, boca arriba; un arroyo de sangre le salió del pecho, a la izquierda.

El sargento y dos soldados se apearon de sus caballos, el oficial se agachó y le separó la camisa; la bala le había entrado en el pulmón izquierdo.

— ¡Está muerto! — exclamó el oficial.

— ¡No, vive! — replicó el sargento.

— ¡Ah, pobre niño valiente! — gritó el oficial.  
¡Animo, ánimo!

Pero mientras decía “ánimo” y le oprimía el pañuelo sobre la herida, el muchacho movió los ojos e inclinó la cabeza; había muerto.

El oficial palideció y lo miró fijo un minuto, después le arregló la cabeza sobre la hierba, se levantó y estuvo otro instante mirándolo. También el sargento y los soldados, inmóviles, lo miraban; los demás estaban vueltos hacia el enemigo.

— ¡Pobre muchacho! — repitió tristemente el oficial. — ¡Pobre y valiente niño!

Luego se acercó a la casa, quitó de la ventana la bandera tricolor y la extendió como un paño fúnebre sobre el pobre muerto, dejándole la cara descubierta. El sargento acercó al lado del muerto los zapatos, la gorra, el bastón y el cuchillo.

Permanecieron aún un rato silenciosos; después el oficial se volvió al sargento y le dijo:

—Mandaremos, que lo recoja la ambulancia: ha muerto como soldado, y como soldado debemos enterrarlo.

Dicho esto, dió al muerto un beso en la frente y gritó:

— ¡A caballo!

Todos se aseguraron en las sillas, reunióse la sección y volvió a emprender su marcha.

Pocas horas después, el pobre muerto tuvo los honores de guerra.

Al ponerse el sol, toda la línea de las avanzadas italianas se dirigía hacia el enemigo y por el mismo camino que recorrió por la mañana la sección de caballería caminaba en dos filas un bravo batallón de cazadores, el cual pocos días antes había regado valerosamente con su sangre el collado de San Martino. La noticia de la muerte del muchacho había corrido por entre los soldados antes que dejaran sus campamentos. El camino flanqueado por un arroyuelo, pasaba a pocos pasos de distancia de la casa.

Cuando los primeros oficiales del batallón vieron el pequeño cadáver tendido al pie del fresno y cubierto con la bandera tricolor, lo saludaron con sus sables y uno de ellos se inclinó sobre la orilla del arroyo, que estaba muy florida, arrancó las flores y se las echó. Entonces todos los cazadores conforme iban pasando, cortaban flores y las arrojaban al muerto.

En pocos momentos el muchacho se vió cubierto de flores y los soldados le dirigían todos sus saludos al pasar.

— ¡Bravo, pequeño lombardo! — ¡Adiós, niño!  
— ¡Adiós, rubio! — ¡Viva! — ¡Bendito sea!

— ¡Adiós! — Un oficial le puso su cruz roja, otro le besó en la frente, y las flores continuaban lloviendo sobre sus desnudos pies, sobre el pecho ensangrentado, sobre la rubia cabeza. Y él parecía dormido en la hierba, envuelto en la bandera, con el rostro pálido y casi sonriente, como si oyese aquellos saludos y estuviese contento de haber dado la vida por su patria.

*Edmundo de Amicis.*



## 99. SAN MARTÍN Y UN ARRIERO

Gobernaba la Intendencia de Cuyo el general José de San Martín, comandante en jefe del *Ejército de los Andes*, creado por él en Mendoza a fuerza de grandes sacrificios, con el intento de que la revolución argentina tomase la ofensiva sobre los realistas, posesionados nuevamente de Chile, y luego de vencerlos atacar a los del Perú, por el Pacífico.

No obstante el ingenio fecundo y la presión necesaria del mandatario y del general, y a pesar de los esfuerzos del gobierno central, le tomaron los últimos meses de 1816 sin el completo de los elementos de transporte requeridos para atravesar la cordillera en condiciones de éxito seguro. Mulas eran especialmente las que le fal-



taban, y mulas arrieras perfectamente adiestradas en caminar por laderas angostas y a través de montañas escarpadas; sin ellas, se presentaba poco menos que imposible dar principio a la campaña. Cuatro mil combatientes, el gran parque, la maestranza del ejército y la comisaría, requerían una cantidad excesivamente mayor de la obtenida por compras y donaciones, agotándose recursos y voluntad. ¡La patria antes que todo! — se dijo el guerrero; — y el gobernador-intendente dió un decreto de **expropiación** general, sin reservas, de todas las **mulas arrieras** existentes en el territorio de su jurisdicción.

La medida era extrema por su carácter y por los intereses particulares perjudicados. El comercio de transporte daba vida a Cuyo, siendo su base la mula: de suerte que la expropiación importaba **cegar** la fuente principal de la subsistencia de los habitantes. Pero hubo que recurrir a ella en último trance, porque lo imponía la consolidación de la independencia nacional y libertad de un continente.

Todos protestaron, pero ninguno escapó. Cualquiera excepción habría hecho odioso el recurso, y San Martín no era hombre de otorgarla. Se juntaron las mulas necesarias y aun más.

Durante la recolección, una tarde que San Martín salía solo de Mendoza con rumbo al campamento de *Plumerillo*, divisó a la distancia un paisano que marchaba hacia la ciudad. El general iba de traje civil con su histórico "guarapón" en la cabeza. Picó al caballo y galopó al encuentro del paisano. Este no lo conocía.

— ¿Adónde va, amigo? — le preguntó.

— A la ciudad, señor.

— ¿Qué asunto le lleva?

— Mi asunto es pedir al gobernador que me devuelva unas mulitas que una partida me quitó ayer; las he seguido hasta el campamento y allí me han dicho que es orden del gobernador. No hay ley, señor, para arrebatarme mis animalitos,



dándome un papel por ellos; porque soy un pobre que trabajo de arriero, no tengo vicios, y pereceré de miseria con mi mujer y mis siete hijos.

— Me parece que el gobernador no le atenderá. Ha mandado tomar todas las mulas de Cuyo para el servicio de la patria, y si a usted le restituye las suyas, tendrá que hacer lo mismo con los demás y entonces se perjudicará la patria.

— ¡Qué me importa de eso, cuando yo y toda mi familia vamos a morir de hambre! Yo soy

patriota, señor, y, aunque viejo, puedo todavía ser soldado. Que me haga servir donde quiera el gobernador, pero que deje las mulitas para el sostén de mi familia. No tengo otra fortuna que ellas y es una iniquidad que tan luego eso me quite la patria.

— La patria es primero que todo, y los ciudadanos tienen el deber de sacrificarse por ella.

— Que me sacrifique el gobernador como quiera, pero que no sacrifique a mi mujer y a mis hijos. Entonces, ¿para qué peleamos contra los godos?

— Por más que usted se queje, amigo, el gobernador no hará que le entreguen sus mulas; es un hombre inflexible.

— Pues si es así, a lo menos tendré el gusto de decirle que es tirano, canalla... que nos trata peor que animales.

— No le dirá usted eso, porque el gobernador mandará pegarle cuatro tiros.

— ¡Aunque me fusile! Yo le probaré a ese gobernador que no le tengo miedo, cuando le pido una cosa mía, sea como sea; y si no me hace justicia, lo echaré a... rodar, como echaría a cualquiera otro. ¿Acaso por ser gobernador es más hombre que yo?

— Amigo, usted va a perderse. Si quiere, le daré un papelito para el oficial de la guardia del gobernador, que es mi conocido, a fin de que le ayude y aconseje, porque desconfío que usted solo salga bien. ¿Sabe usted leer?

— No sé leer, señor, y le acepto y le agradezco el papel.

San Martín escribió con lápiz un billetito al oficial de servicio en su casa, recomendándole que retuviera al paisano hasta su regreso, sin instruirle de quién era él; lo entregó al interesado y se separaron.

Lo que menos imaginaba el dueño de las mulas era haber hablado con el gobernador-intendente.

Serían las nueve de la noche cuando San Martín regresó. Cambióse de ropa para vestirse de militar, y mandó introducir al paisano.

Tan luego como éste lo vió reconoció en él a su interlocutor de la tarde; pero no perdió la serenidad. Formuló su pedido en términos humildes, encareciendo cuanto le fué posible su afligente situación.

— Lo que usted solicita es imposible conceder — dijo secamente San Martín. — La patria me ha confiado la defensa de su independencia y de la libertad de nuestros hermanos de América, y para cumplir sus mandatos ha sido de necesidad imponer a los ciudadanos el sacrificio que usted no quiere hacer. Los beneficios serán para la felicidad de todos, y usted está en el deber de soportar resignado las consecuencias de la resolución general que he dado.

El paisano alegó razones, pidió, suplicó; pero todo fué inútil: el gobernador no retrocedió.

Perdida la esperanza, insistió sin embargo. Empero, ya no era la restitución de las mulas la causa que le retenía, sino el deseo de cumplir cuanto le escuchó y le contradijo San Martín en la tarde, de individuo a individuo. Estaba

comprometido a demostrar su carácter y la verdad de su palabra, porque sólo con mengua de su altivez varonil podía verle el gobernador retirarse en silencio, de miedo, y ante sus propios ojos quedaría deshonrado no haciéndolo. Pero ¿cómo hacerlo? Emplear los mismos términos criollos de la tarde era sentenciarse a muerte, y en otros perdía su mérito el atrevido anunciado.

Una feliz inspiración le sacó airoso del conflicto. Callóse y reflexionó así: “el gobernador debe recordar bien todo lo que hablamos; con referirme a nuestra conversación, él me entenderá y quedo cumplido”:

— ¿V. E. me despacha sin consuelo, aunque mi mujer y mis hijos perezcan de hambre?

— Ya he dicho a usted que la patria las necesita.

— Entonces, señor gobernador: *lo dicho, dicho está.*

Giró el paisano sobre los talones y desapareció.

Había cumplido su palabra sin pronunciar un descomedimiento. *Lo dicho* era lo escuchado por San Martín particular, y *lo dicho está* importaba la repetición y confirmación ante el gobernador-intendente.

La viveza compitió con la energía moral que la descubrió. Era un hombre a prueba aquel viejo arriero.

San Martín mandó detenerle; al siguiente día le llamó y le entregó la orden de devolución de las mulas. ¡Hacía justicia al honor salvado!

El paisano, que esperaba otro desenlace, le

pidió un puesto de trabajo para él y las mulas rescatadas; el ofrecimiento fué aceptado; marchó en el parque del ejército y regresó a Mendoza después de Chacabuco.

*M. F. Mantilla*

**Expropiación** — Acción de desposeer a uno de su propiedad, por motivos de utilidad pública.

**Mulas arrieras** — Las que llevan carga de un lugar a otro.

**Cegar** — Cerrar.



## 100. MAXIMAS SOBRE EL AHORRO

El niño que ahorra tendrá, al terminar sus estudios, un capital que le permitirá desenvolverse con provecho y dignidad.

—

El ahorro es el mejor "seguro" del porvenir.

—

La fortuna se forma no con lo que se gana, sino con lo que se ahorra.

—

En la familia, como en el estado, es la economía la mejor fuente de riqueza.

—

El ahorro es hijo de la prudencia, hermano de la templanza y padre de la libertad.

—

La riqueza se obtiene con el trabajo, se conserva con el ahorro y se aumenta con la perseverancia.

—

El ahorro significa el orden y la tranquilidad de una familia.

—

El ahorro es sagrado, necesario, honroso y propio de hombres inteligentes.

—

Con el hábito del ahorro mejoramos nuestra condición social y económica.

## 101. HIMNO DEL NIÑO A SU CRIADOR

*En los labios de mi padre  
Tu nombre, oh Dios, aprendí,  
Nombre dulce para mí  
Cual los besos de mi madre.*

*Por ellos supe, ¡oh mi Dios!,  
Que del cielo las estrellas,  
Las aves y flores bellas  
Formasteis para mí, Vos.*

*De vuestra bondad me hablaron  
Y vuestro amor me dijeron,  
Y os quise cuanto os quisieron  
Y oré a Vos cuando os rogaron.*

*Después os vi, Rey del Cielo,  
Del sol en los resplandores,  
Del clavel en los olores,  
De las aves en el vuelo.*

*Os vi en la brisa que pasa,  
En el mar que el viento riza;  
Y el vapor que se desliza  
Cual nevado chal de gasa.*

*Doquiera os vi yo os amé,  
Que es imposible, Señor,  
Siendo, cual sois, todo amor,  
No amaros teniendo fe.*

JOAQUÍN RUBIÓ Y ORS

## 102. MAXIMAS DE FRANKLIN

*Benevolencia.* Hacedos amar por los sacrificios que hagáis por los demás. Poned siempre en lugar de vuestro prójimo.

*Silencio.* No digáis más de lo que puede servir a los demás o a vosotros mismos; y evitad las conversaciones superfluas.

*Resolución.* Tomad la de hacer lo que debéis, y no dejéis de hacer lo que hayáis resuelto.

*Orden.* Poned en vuestra casa cada cosa en su lugar, y haced las tareas a su tiempo.

*Economía.* No hagáis gastos más que en provecho ajeno o en el vuestro propio, es decir, no malgastéis ni disipéis.

*Trabajo.* No perdáis el tiempo; ocupaos siempre en algo útil y absteneos de toda acción que no sea necesaria.

*Sinceridad.* No andéis nunca con rodeos; pensad con inocencia y justicia, y hablad como pensáis.

*Justicia.* No perjudiquéis nunca a nadie, sea haciéndole daño o evitando hacerle el bien a que estáis obligados.

*Moderación.* Evitad los extremos. Guardaos bien de resentiros por los agravios tan vivamente como parecen merecerlo.

*Limpieza.* No toleréis ningún desaseo en vuestro cuerpo, en vuestros vestidos ni en vuestra casa.



*Tranquilidad.* No os alteréis por bagatelas ni por lances ordinarios o inevitables.

*Castidad.* Que todos vuestros pensamientos sean puros. Huid de lo sensual u obsceno.

*Humildad.* Imitad a Jesús.



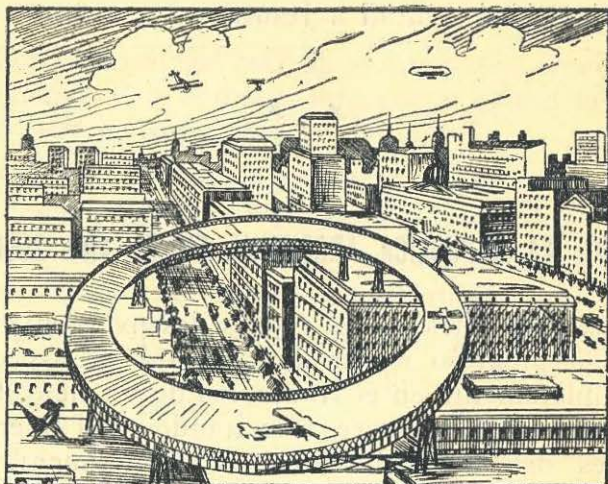
### 103. LA REPUBLICA ARGENTINA EN EL AÑO 2000

La República, en el rápido desenvolvimiento de su progreso material, cambiará de aspecto completamente en el transcurso de un siglo. Un argentino del presente, resucitando en el Buenos Aires del segundo centenario, experimentaría quizá mayor asombro que un patriota de la Independencia viviendo en el Buenos Aires de hoy. La Argentina, así como avanza, acelera la velocidad de sus progresos.

¿Cómo será Buenos Aires cuando tenga cuatro millones de habitantes y esté cubierta de edificios toda su área municipal? ¿Con qué ojos de simpática **conmiseración** mirarán los argentinos de entonces la Avenida de Mayo y el Palacio del Congreso, respetables vejees de un pasado que ha de parecerles pobre y mezquino!

La República poseerá, indudablemente, antes de un siglo, 100.000 kilómetros de vías férreas, que pondrán en comunicación los miles de pueblos nuevos, creados en regiones hoy desiertas.

Centenares y centenares de leguas de tierra, que ahora están dedicadas al pasto natural, recibirán la caricia del riego y el arañazo del arado. El espacio de campo que alimenta a un toro actual-



mente, proporcionará el sustento a una familia humana, con la abundancia del cultivo intensivo. La misma ganadería irá condensando su riqueza **pecuaria** en terrenos más limitados. Donde hoy pastan unas cuantas reses, los campos regados y eternamente verdes mantendrán rebaños enteros. Las aguas irán a volcarse en el Océano, como siempre, por el camino de los grandes ríos; pero luego de haberse esparcido, merced a los canales, sobre tierras ribereñas que ahora las ven pasar con la desesperación de Tántalo; resquebrajadas por la sequedad, y sin poder humedecer sus entrañas.

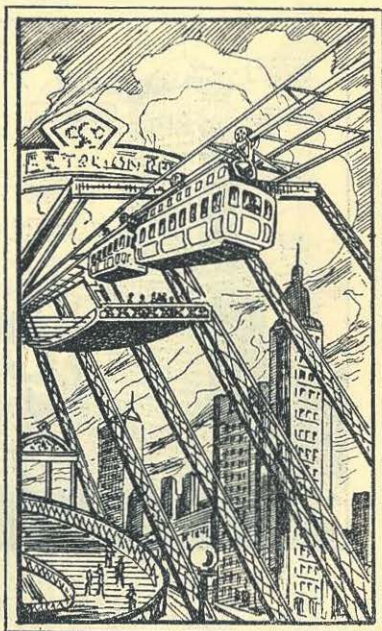
El primer siglo de vida argentina ha sido el siglo de la ganadería y la agricultura por extensión. El hombre vive confiado a la magnanimidad del suelo y la oportunidad de la lluvia. El segundo siglo será el del cultivo intensivo, el del ahorro **hidráulico**, el del riego generosamente propagado.

La industria humana inventará saltos hidráulicos para la creación de fuerza, y se contarán a miles los centros industriales.

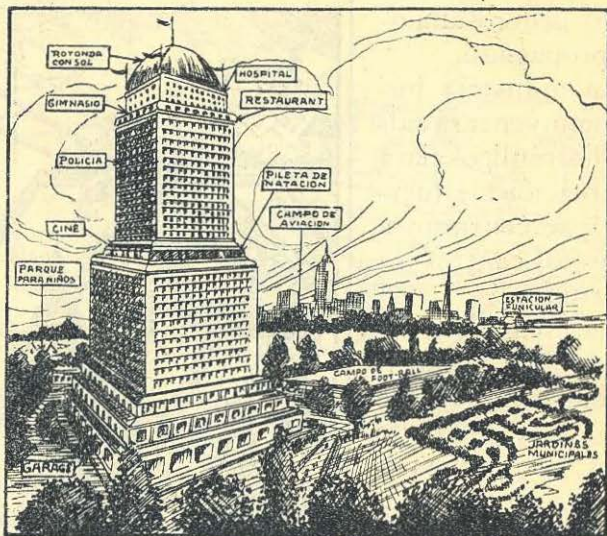
La escasez de población ha permitido hasta el presente vivir a la buena de Dios, ya que con poco que se trabaje, la riqueza natural da con creces para la abundancia y el progreso del país.

Pero la dura ley de la necesidad hará milagros cuando la población se cuadruplicue.

Los caminos acuáticos que la naturaleza ofrece a la Argentina serán limpiados y utilizados. Por los ríos donde hoy navegan goletas y vaporcillos pasarán transatlánticos, encontrando la masa de agua necesaria para su flotación en los lechos profundamente dragados. La vida marítima, que ahora llega a Rosario, se prolongará a las tres

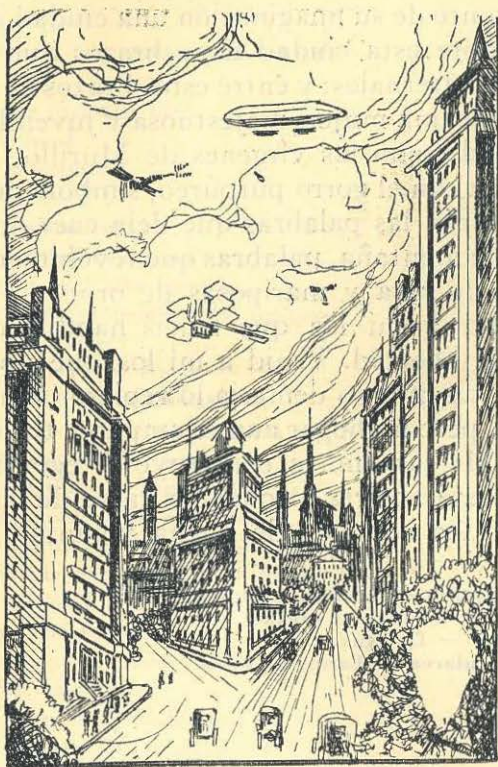


Bocas, y tal vez no se detenga hasta encontrar la barrera insuperable del gran salto del Iguazú. La actividad humana pulverizará los escollos ocultos que impiden la navegación. El canal, removiendo **limos seculares** y vegetaciones pará-



sitas, abrirá paso a la quilla. El Bermejo y el Pilcomayo serán navegables, conduciendo los buques hasta el corazón del continente americano. El río Negro, libre de obstáculos, ofrecerá amplio camino a través de los que ahora son desiertos patagónicos, y dentro de un siglo parecerán hormigueros humanos. El buque, entrando en el Limay, llegará al pie de los Andes. Todos los ríos del Sur serán vías de comunicación con los mares interiores. que agitan su oleaje solitario a la sombra de la Cordillera. La bandera celeste y blanca,

pabellón de trabajo y comercio, ondeando en el mástil de la nave mercante, entrará en el corazón del Brasil, de Bolivia, del Paraguay y alcanzará a las fronteras de Chile sin tener que salir al



Océano, navegando siempre entre tierras argentinas.

¿Quién puede calcular la cifra monstruosa que alcanzará la producción de esta República, cuando su suelo esté poblado y regado, y el hombre

haya vencido a la naturaleza bravía, sobre la que acaba de poner su mano de dueño?...

Los hombres del viejo mundo sentirán entonces, aun más que en el presente, la irresistible atracción de la tierra de la esperanza, verán en el horizonte de su imaginación una ciudad inmensa; y sobre esta ciudad unos brazos que se extienden maternales; y entre estos brazos el tronco esbelto de una mujer, majestuosa y juvenil, blanca y azul como las vírgenes de Murillo, tocada la cabeza con el gorro purpúreo, símbolo de libertad; y oirán las palabras que deja caer desde su altura de montaña, palabras que revolotean como pétalos de rosa y mariposas de oro:

“Venid a mí los que tenéis hambre de pan y sed de libertad. Venid a mí los que llegasteis tarde a un mundo demasiado repleto. Mucho he crecido, pero mi hogar aun es amplio y tiene sitios libres. Mi casa no la construyó el egoísmo. Su puerta está abierta a todas las razas de la tierra, a todos los hombres de buena voluntad”.

**Commisericación** — Lástima, compasión.

**Pecuaría** — Relativa al ganado.

**Hidráulico** — De agua.

**Limos seculares** — Barros de siglos.



# INDICE

---

## PRIMERA PARTE

	<u>Página</u>
1. — Reglas para leer bien .....	7
2. — ¡Excelsior! .....	10
3. — Fe y heroísmo .....	12
4. — ¡Argentinos! .....	14
5. — La respiración .....	15
6. — Una anécdota curiosa .....	17
7. — Plegaria del alba (poesía) .....	18
8. — Arrestos que terminan en ascensos .....	20
9. — Un niño mártir .....	22
10. — El decálogo del escolar .....	25
11. — La virtud del patriotismo .....	26
Dejad que los niños vengan a mí (lámina) .....	29
12. — Luchando con un águila .....	31
13. — La cigarra y la hormiga (poesía) .....	34
14. — Una anécdota de San Martín .....	35
15. — La ovejita de San Francisco de Asís .....	37
16. — Paseando por la provincia de Santa Fe .....	41
17. — La fidelidad .....	42
18. — Vaya una respuesta .....	45
19. — Espejo para el niño .....	46
20. — Serás vencido .....	49
21. — Viaje en busca de libertad .....	50
22. — La exageración .....	53
23. — Las flores a la Virgen de Luján (poesía) .....	54
24. — Consejos de higiene .....	54

## SEGUNDA PARTE

25. — Mirando al crucifijo .....	57
26. — La bandera del batallón de "Cuzco" .....	58
27. — El pajarito de pecho colorado .....	61

	<u>Página</u>
28. — Visitando la provincia de Entre Ríos .....	63
29. — ¿Por qué se encienden los fósforos? .....	64
30. — La tempestad apaciguada .....	66
31. — La Argentina (poesía) .....	70
32. — Presencia de ánimo .....	71
33. — Cómo se hace la pesca en la República Argentina ...	72
34. — El mensajero de San Martín .....	76
35. — Cholíñ el valiente .....	87
36. — Provincia de Corrientes .....	90
37. — Cómo encuentran su camino las hormigas .....	91
38. — Los pájaros .....	92
39. — ¿Qué seré yo? .....	94
¡Qué simpático el chiquitín! (lámina) .....	95
40. — Juramento de la primera bandera .....	98
41. — Hermoso rasgo de audacia .....	99
42. — El último deseo de un valiente .....	102
43. — Una hazaña de Juan el Tuerto .....	103
44. — Provincia de Mendoza .....	109
45. — ¿Beben los peces? .....	111
46. — Un detective improvisado .....	113
47. — Las estaciones del año. — I. — La primavera .....	115
II. — El verano .....	116
III. — El otoño .....	117
IV. — El invierno .....	119
48. — El mercado central de frutos .....	120
49. — El mendigo (poesía) .....	122
50. — Tartarín de Tarascón .....	123
51. — Previsión de Mitre .....	126
52. — Paseando por Tucumán .....	129
53. — Se ignora el precio .....	130

### TERCERA PARTE

54. — Mi bandera .....	133
55. — Patria .....	135
56. — Ciencia amena .....	136
57. — No seas envidioso .....	138
58. — Mi patria .....	140
59. — El mensajero .....	142



	<u>Página</u>
60. — Pbro. Dr. Manuel Alberti .....	146
61. — Paseando por La Rioja .....	147
62. — El mejor fiador .....	149
63. — El Tambor de Tacuarí (poesía) .....	152
64. — Un Niño nos ha nacido .....	154
65. — El perrito de la Recoleta .....	156
66. — Ivón el grumete .....	159
El Rosedal (lámina) .....	161
67. — El Paso de los Patos .....	165
68. — A Colón (poesía) .....	167
69. — Provincia de San Juan .....	167
70. — Astucias de la zorra .....	169
71. — Haced buen uso del tiempo .....	170
72. — La idea de Pedrito .....	171
73. — La conciencia (poesía) .....	175
74. — Cristóbal Colón .....	176
75. — Junto al Pilar .....	180
76. — Santiago del Estero .....	184
77. — El hombre de los Andes .....	185
78. — Luchando con un tigre .....	188

## CUARTA PARTE

79. — Amigos que no convienen .....	193
80. — El águila y los monos .....	194
81. — Facundo Quiroga .....	196
82. — Paseando por la provincia de Salta .....	200
83. — Los Reyes .....	201
84. — Voces onomatopéyicas .....	206
85. — Visita a la provincia de Catamarca .....	208
86. — Máximas de Solón de Atenas .....	209
87. — Robustianito .....	210
88. — Una astucia de Periquillo .....	213
89. — Manuel Hornos .....	216
90. — Visitando la provincia de Jujuy .....	220
91. — El pastorcito dichoso .....	221
92. — El cazador de tigres .....	222
Saludando la llegada de la primavera (lámina) .....	229
93. — La Virgen de Luján .....	230

	<u>Página</u>
94. — El niño contento con su suerte .....	236
95. — Paseando por la provincia de San Luis .....	240
96. — Entre Reyes .....	242
97. — ¡Sé virtuoso! .....	246
98. — El pequeño vigía lombardo .....	247
99. — San Martín y un arriero .....	254
100. — Máximas sobre el ahorro .....	260
101. — Himno del niño al Criador (poesía) .....	261
102. — Máximas de Franklin .....	262
103. — La República Argentina en el año 2.000 .....	263





## COLECCION F. T. D.

### RELIGION

*Misal Cotidiano.*

*Devocionario del Joven Piadoso.*

*Historia Sagrada.* — Libro primero.

»           »           —   »   segundo.

### LENGUAJE

\* *Gramática Castellana* — Libro primero.

\*           »           »           —   »   segundo.

\*           »           »           —   »   tercero.

### IDIOMAS

\* *Lengua Francesa.* — Curso preparatorio.

\*           »           »           — Libro primero.

\*           »           »           —   »   segundo.

\*           »           »           —   »   tercero.





\* *Primeras lecciones de inglés.*

\* *Método de Inglés.* — Libro primero.

\* » » » — » segundo.

\* » » » — » tercero.

\* » » » — » cuarto.

### GEOGRAFIA

*Geografía y Atlas.* — Libro primero.

» » » — » cuarto.

*Atlas Universal.*

### GEOMETRIA

*Geometría práctica.* — Libro primero.

*Geometría y Agrimensura.* — Libro segundo.

### CIENCIAS

*Nociones de Ciencias Físico-Naturales.*

\* *Elementos de Física.*

\* *Elementos de Química.*

**Método de caligrafía:** Consta de 10 cuadernos.



